

# Antología de Spoon River

Edgar Lee Masters



# Edgar Lee Masters

(Kansas, EE.UU., 1868-1950)

Abogado, poeta y dramaturgo. En 1920, abandonó definitivamente la profesión de abogado para dedicarse a la escritura. Su *Antología de Spoon River* (1915) tuvo un gran éxito; no obstante, su siguiente poemario, *The New Spoon River* (1924), no tuvo el deseado reconocimiento. En la *Antología...* traza con lenguaje sencillo una radiografía de la América profunda, atacando sobre todo su aldeanismo, su estrechez de miras y su puritana hipocresía moral.

Traducción:

## Eduardo Gasca

(Caracas, 1939)

Cuentista, poeta y ensayista. Licenciado en Letras de la UCV. Autor de *Relatos del camino largo* (1972), *Ave del paraíso* (1993), *Todos los cuentos* (2004). Traductor de literatura y de obras políticas, entre las cuales destacan *Más allá del capital*, de István Mészáros (2009) y *Engels, una vida revolucionaria*, de John Green (2013).





# Antología de Spoon River

1.ª edición (digital), 2016

© Edgar Lee Masters  
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2014  
Centro Simón Bolívar  
Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela, 1010.  
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

**Correos electrónicos**

comunicacionesperroyrana@gmail.com  
atencionalescritorfepr@gmail.com

**Páginas web**

www.elperroylarana.gob.ve  
www.mincultura.gob.ve

**Redes sociales**

Facebook: Editorial perro rana  
Twitter: @perroyranalibro  
Youtube: Editorial El perro y la rana  
Soundcloud: perroyranalibro  
Google+: Editorial El perro y la rana  
Instagram: editorialperroyrana

**Rediseño de colección:** David Dávila

**Traducción:** Eduardo Gasca

**Edición:** Luis Lacave

**Corrección:** Yesenia Galindo

**Diagramación:** David Dávila

**Hecho el Depósito de Ley**

Depósito legal lfi4022016800690

ISBN 978-980-14-3396-5

*Colección Poesía del Mundo*, de todas las naciones, de todas las lenguas, de todas las épocas, he aquí un proyecto editorial sin precedentes cuya finalidad es dar a nuestro pueblo las muestras máspreciadas de la poesía universal en ediciones populares a un precio asequible. Es aspiración del Ministerio del Poder Popular para la Cultura crear una colección capaz de ofrecer una visión global del proceso poético de la humanidad a lo largo de su historia, de modo que nuestros lectores, poetas, escritores, estudiosos, etc., puedan acceder a un material de primera mano de lo que ha sido su desarrollo, sus hallazgos, descubrimientos y revelaciones, y del aporte invaluable que ha significado para la cultura humana.

Palabra destilada, la poesía nos mejora, nos humaniza y, por eso mismo, nos hermana, haciéndonos reconocer los unos a los otros en el milagro que es toda la vida. Por la solidaridad entre los hombres y mujeres de nuestro planeta, vaya esta contribución de toda la *Poesía del Mundo*.

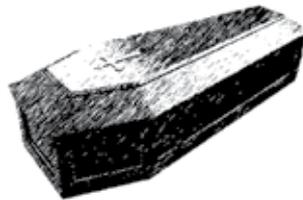


# Antología de Spoon River

Edgar Lee Masters

Traducción: Eduardo Gasca

Presentación: Rafael Antonio Guerra



COLECCIÓN  
Poesía del Mundo  
serie  
*Antologías*



## *Antología de Spoon River:* la rebelión de los muertos

Edgar Lee Masters nació en Garnett, Kansas, un 23 de agosto de 1869. Recién graduado de abogado trabajó para la empresa Edison, una compañía que distribuía electricidad, como cobrador de deudas. Esta actividad le permitió viajar por todo el medio oeste, conocer pueblos y su gente, sobre todo conocer historias, muchas de las cuales seguramente utilizaría en su obra maestra. Según el testimonio de su esposa, alrededor de la mitad de “los muertos de la colina” fueron conocidos de Lee Masters; el resto lo creó directamente su imaginación. Como todo libro que adquiere un éxito literario, y de ventas al mismo tiempo, se creó alrededor del mismo una serie de especulaciones y mitos, algunos de los cuales afirman que Edgar Lee Masters escribió el poema en un estado de trance, al estilo de Yeats. Otros, que el poeta se apropió del manuscrito de un desconocido, probable habitante del mítico Spoon River (¡sic!).

En 1914 la *Antología de Spoon River* fue publicada por entrega en la revista *Poetry*, cuya editora era su amiga Harriet Monroe, la misma que lo había estimulado a escribirla. Al año siguiente se publicará la primera edición del libro en su forma definitiva con el agregado de dos textos: “La Spooniada” y “Epílogo”. Más adelante hablaremos de ellos. La aparición del libro creará un inédito éxito de crítica

y público. Lee Masters fue calificado como “un hijo natural de Walt Whitman”, y el propio Ezra Pound no dudó en aclamarlo con esta frase lapidaria (valga el adjetivo para quedar a la altura del tema): “Finalmente América ha descubierto un poeta”.

Como decíamos, también el público en general respondió de manera masiva y se vendieron miles de copias en pocos días (caso realmente insólito tratándose de un libro de poesía). Se calcula que para 1940 se habían realizado más de setenta ediciones. Este éxito quedó huérfano en la trayectoria literaria de Edgar Lee Masters. Los libros que publicó después (novelas, biografías, poemarios) quedaron sepultados bajo una gruesa capa de indiferencia por parte de la crítica y del público. Inclusive el intento de recuperar ese éxito a través de la escritura de una segunda parte titulada *El nuevo Spoon River* (1924), no pasó de ser un mero dato estadístico. Así que se le considerará siempre como el escritor de un solo libro, definición que claramente nunca agradecería el poeta.

## ¿Cómo fue que un libro de poesía llegó a convertirse en un éxito de ventas?

La respuesta es bastante sencilla. Desde los primeros compases de la obra nos sentimos impactados por la (mala) suerte de los habitantes de “La colina”. Todos, o casi todos, son unos desventurados. En la obertura se nos indican algunas características

de los durmientes: un débil de ánimo, un fuerte de brazo, un payaso, un bebedor, un camorrero... ellos se mueren de fiebre, ardiendo en una mina, en una reyerta, en la cárcel, cayendo de un puente. Estas formas de morir nos llaman enseguida la atención y producen cierta conmoción. Estamos atrapados. A través de los “epitafios” (personalmente no me gusta mucho esta definición de los textos) llegaremos a identificarnos con buena parte de ellos. Sí, porque hay, como en botica, para todos los gustos. Nadie que lea la *Antología de Spoon River* podrá levantar la vista de ella y afirmar “aquí no pasa nada”. Es en ello donde reside la explicación del éxito del libro, vale decir, su multiplicidad. La pluralidad de las voces y la condición (que muchas veces se podía sustituir por miseria) humana que los personajes expresan, son el río donde el lector podrá sacar su pescado favorito y quedarse con él.

La *Antología...* tuvo también otra característica: fue, y quizás lo siga siendo, una fuente de inspiración para otras creaciones artísticas. En 1963 se estrenó una obra de teatro basada en los monólogos de sus “durmientes”, y en 1971 Fabrizio De André, un reconocido cantautor italiano, compuso un disco con nueve canciones que correspondieron a un mismo número de poemas extraídos de la *Antología...* cuyo título pertenecía a un verso de “La colina”: *Non al denaro, non all’amore, né al cielo*. Después de haber leído el poema “El violinista Jones”, Fabrizio De André se quedó tan identificado

con el personaje que decidió componer el álbum citado. A su vez la salida del disco creó un efecto colateral y en Italia aumentaron las ventas del libro. Como vemos, una operación de *marketing* efectiva, aunque no buscada. Después de transcurridos 57 años, la lectura de la *Antología de Spoon River* seguía actual, no había perdido su fuerza. Hoy en día podemos también afirmar lo mismo y esto se debe a que el o los mensajes que contiene mantienen su actualidad. Vivimos en una sociedad consumista, donde la globalización nos bombardea todos los días con su propaganda aséptica y dañina. Quizás nos hemos modernizado, ahora tenemos celulares, computadoras, DVD, MP4, aviones supersónicos, vamos al espacio, etc. Pero el ser humano no ha cambiado y sigue siendo el mismo “pecador”, cometiendo los mismos delitos, viviendo las mismas debilidades, dañando a otro ser humano por ignorancia, por codicia, por celos, etc. Las máscaras siguen existiendo y detrás de ellas se escudan los poderosos.

Uno de los valores de la obra de Lee Masters reside en su autenticidad y su realidad. Él, a través de sus muertos, utiliza las páginas de su libro para denunciar muchas cosas, entre ellas la hipocresía y el oportunismo de ciertos políticos. Sí, porque la *Antología de Spoon River* es también una especie de manifiesto contra una sociedad opresiva e inhumana. En sus páginas encontraremos palabras muy duras fustigando, a través de los testimonios de sus protagonistas, la guerra, el militarismo, la

explotación de la mujer, los accidentes laborales, la corrupción, la codicia, la desigualdad, el capitalismo, entre otros. También ataca la pacatería que existía en la literatura, la política, a los “patriotas” y a los fundamentalistas religiosos; todo esto le valió la acusación de revoltoso. Bien merecido el calificativo. Pero el texto nos habla de otros aspectos de la vida como, por ejemplo, el amor y el desamor. Una vez más se confirma su heterogeneidad y valga la siguiente anécdota: era la época del dominio fascista en Italia (1941) cuando una estudiante de literatura dirige esta pregunta a su profesor: “¿Qué diferencia hay entre la literatura inglesa y la norteamericana?”. Como respuesta el profesor le entrega una copia de *Spoon River Anthology*. La muchacha abre al azar el libro y se consigue con estos dos versos: “... besándola con el alma en los labios, / ella echó a volar” (Francis Turner). Cuenta la protagonista de esta anécdota que se sintió impactada por esas palabras. Comenzó entonces una lectura casi ininterrumpida del libro y sucesivamente se dedicó a traducirlo al italiano. Tiempo después el profesor, quien era nada más y nada menos que Cesare Pavese, se entera de la existencia de esta traducción y se empeña en hacerla publicar. A este efecto convence a Einaudi (importante editor italiano) sobre el valor del trabajo. Pero quedaba un obstáculo que vencer: la censura fascista que no veía con buen ojo cualquier clase de texto proveniente de los EE.UU. La treta para lograr el objetivo fue simple e ingeniosa

al mismo tiempo. Le pusieron este título: *Antología di S. River*. ¡La S. simbolizaba la santidad del tal *River*! Evidentemente contaron también con la flojera del censor que seguramente no pasó de la portada. Para completar el cuento debemos develar el nombre de la muchachita: Fernanda Pivano, quien se dedicará, de ahí en adelante, a traducir con mucho éxito a los grandes escritores norteamericanos. También a la Pivano se le conocerá como una excelente escritora de ensayos y de crítica literaria.

## El texto

Ya desde el título adquirimos información preliminar sobre el texto. Sabemos que se trata de una antología y que, por lo tanto, estamos en presencia de un *antólogo*. Pero en este caso hay otro personaje entre bastidores: *el recopilador*. A través de la lectura percibimos esta presencia y la queremos justificar. La primera señal nos viene de los propios protagonistas: ellos (sus espíritus, almas o como quieran llamárseles) no se encuentran en la colina. Están en otro lado. ¿Dónde? Escuchemos lo que uno de ellos, Lucius Atherton, al final de su intervención, nos dice: “Hay aquí una sombra poderosa que le canta/ a una tal Beatriz, / y ahora veo que la fuerza que lo engrandeció / a mí me arrastró al basurero de la vida”. Así mismo en “Sam Hookey”: “A mi entrada en estas regiones/ me tropecé con una sombra que me maldijo, / y me dijo que lo tenía

bien merecido... / ¡Era Robespierre!”. Pareciera que ellos están en un lugar (¿Hades?) donde se encuentran muertos. Un lugar universal que no tiene nada que ver con el pueblito. Alguien entonces tiene que haber recopilado sus testimonios, ¿quién podría ser este recopilador? En verdad no nos interesa saberlo, ni nadie nos lo dice. Lo importante es intuir que existe y es quien transcribe todos los textos. De ese todo el antólogo hizo sus escogencias. *Pareciera* que ese todo está claro. Resalto el *pareciera*, porque a Mr. Lee Masters le gustaba jugar y enredar los hilos. Veamos el porqué en el poema inicial, “La colina”, el hablante anónimo nos dice que los muertos están *Todos, todos durmiendo en la colina*. Aquí se utiliza por única vez el verbo dormir para describir la condición de los muertos. El dormir es una condición transitoria en espera de un despertar. Pero, como para confirmar el gusto de Lee Masters para el enredo, al final se nos dice:

¿Dónde está Jones el viejo violinista  
que jugó con la vida durante sus noventa años  
afrontando el viento helado a pecho descubierto,  
bebiendo, alborotando, sin pensar en esposa o parentela,  
ni en el oro, ni el amor, ni el cielo?  
¡Aquí está!, chachareando de los pescados fritos de antaño,  
de las carreras de antaño en Clary’s Grove,  
de lo que Abe Lincoln dijo  
una vez en Springfield.

¡Qué buena broma! Ahora resulta que hay uno entre muchos que no duerme, sino ¡que está chachareando! Esta contradicción sigue a lo largo del libro, porque si algunos afirman estar en compañía de muertos ilustres, otros en cambio nos dicen que “yacen” en la colina.

El “Epílogo”, por ejemplo, es digno de atención. Está escrito como si fuera una representación teatral. En el original en inglés (según nos apunta el Prof. Eduardo Gasca)<sup>1</sup> varios parlamentos riman, y en su gran mayoría están constituidos por versos yámbicos de unas 4 o 5 sílabas métricas, lo que contrasta con el manejo del verso libre de toda la obra. Ahora bien, ¿qué nos dice ahí el poeta? Veamos:

El cementerio de Spoon River. Se escuchan dos voces detrás de una pantalla decorada con figuras diabólicas y angélicas en varias alusiones alegóricas. Una luz tenue se muestra vagamente a través de la pantalla, como si esta fuese un tejido de hojas, ramas y sombras.

Después de un partido de ajedrez entre Dios y Belcebú, leemos lo siguiente: “(La pantalla se desvanece y entra Belcebú con una trompeta, que toca a muy bajo volumen. De inmediato Loki y Yogarindra saltan de las sombras nocturnas)”.

.....  
1 La presente traducción está basada en el original inglés: *Spoon River Anthology: An Annotated Edition*. [Edited and with an Introduction and Annotations by John E. Hallwas]. University of Illinois Press. Urbana & Chicago, 1992.

¿Quiénes son estos tres personajes? Belcebú: es curiosa y al mismo tiempo para nada sorprendente la escogencia de este nombre para designar al maligno. ¿Por qué no utilizar la palabra Diablo o Satanás? Porque una vez más Lee Masters enreda y aquí saca a un diablo que pertenece a la tradición cananea: Baal-Zebub (Baal el Príncipe) que para los judíos y cristianos es el príncipe de los demonios. Judíos y cristianos. Sin comentarios. Loki, en la mitología escandinava, el bello gigante que representaba el mal y poseía gran conocimiento y astucia. Judíos, cristianos y ahora un personaje de la mitología escandinava. Y llega Yogarindra. Dice John E. Hallwas en sus “Notas a los poemas” de la edición en inglés:

En una carta que me escribió, Burgess identifica esta oscura figura así: “Yogarindra, generalmente escrito ‘Yoga-nidra’, se dice que fue uno de los aspectos de la diosa Durga, la ilusión/engaño<sup>2</sup> personificado. La mitología hindú dice que Durga tenía como asistentes a unas hechiceras llamadas ‘yogini’. Masters probablemente modificó morfológicamente el nombre por razones de métrica poética”.

.....  
2 La palabra en inglés es *delusion* y no tiene equivalente exacto en castellano. En ese idioma significa algo que es falso o engañosamente propagado: una falsa creencia o un error persistente de la percepción ocasionado por una falsa creencia o trastorno mental; algo que es creído a fe ciega sin que tenga existencia real. Es más fuerte que “ilusión”, pues se trata del autoengaño total. Yogarindra o Yoga-nidra engaña en el sentido de que crea la ilusión de una realidad. Algo así como los “ilusionistas” o “magos” de los espectáculos.

La traducción de esta cita de Hallwas es autoría del Prof. Eduardo Gasca, quien amablemente ha querido colaborar conmigo para develar el “misterio”: ¿dónde están los muertos? Sigamos, no sin antes decir que el personaje de Yogarindra (que engaña y crea ilusiones) se me está pareciendo muchísimo al mismo Masters. Dice el texto más adelante: “(De inmediato se produce un crepitar como de caparazones de cigarras agitadas por el viento; y cientos de muertos, incluidos los que aparecen en la *Antología...* acuden presurosos al sonar de la trompeta)”. Con estos últimos elementos podemos afirmar que los difuntos “están todos” en la colina, menos algunos loquitos con excesivo egocentrismo que afirman tener contacto con personajes de alta alcurnia... ah, y la Contessa Navigato que está en Génova, ¿o no?

Cerrado este paréntesis, regresemos al título. Aparecen las palabras *Spoon River* y todas las ediciones en español las conservan debido a que sería un impropio traducirlas: ¡Río Cuchara! Pero la traducción nos sirve para reafirmar el propósito de la escogencia del nombre; en efecto, la cuchara es un utensilio del cual nos servimos para recoger. ¿Les recuerda algo? ¡Mr. Lee Masters no descuidaba detalles! Una curiosidad, o tal vez una nueva baliza, es que el río que humedece las riberas del pueblito es su homónimo o quizás viceversa.

## Pero, ¿qué es y cómo es Spoon River?

Edgar Lee Masters “inventa” un pueblo que reúne y expresa las características de muchos centros poblados del medio oeste norteamericano. Características geográficas, arquitectónicas, sociales, culturales, económicas, políticas, religiosas, así como la idiosincrasia de sus habitantes. Spoon River es el espejo imaginativo de una realidad muy concreta en la sociedad norteamericana de la época. Lee Masters antecede a renombrados escritores del siglo XX, que varios años más tarde repetirán la misma receta. Valga para todos estos tres ejemplos: William Faulkner con su Yoknapatawpha (*Sartoris*, 1929); Juan Rulfo y su Comala (*Pedro Páramo*, 1955) y finalmente Gabriel García Márquez con Macondo (*Cien años de soledad*, 1967). En el caso de Juan Rulfo hay que agregar que el escritor mexicano también utilizó a los muertos para echar sus cuentos.

Para contestar la segunda parte de la pregunta, recurriremos una vez más a las voces de sus exhabitantes. A través de sus narraciones nos enteramos de que Spoon River consta de todos los servicios básicos (acueducto, electricidad y transporte), de edificios públicos (alcaldía, tribunal, iglesias, escuelas, cárcel, etc.), una fábrica de latas, varios periódicos y hasta un teatro de la ópera, cuyo ambicioso nombre no se corresponde con la realidad: en la instalación del mismo funciona un salón de póker (se pueden imaginar qué tipo de espectáculos

se presentaban). Dato curioso, por sus calles funcionaba una librería ambulante que no duró mucho. Escuchemos a Seth Compton:

Cuando me morí, la librería circulante  
que le construí a Spoon River,  
y dirigí para bien de las mentes despiertas,  
fue vendida en remate en la plaza pública  
como para destruir el último vestigio  
de mi memoria y de mi influencia.

Esta memoria confirma la sentencia de otro de los muertos, que nos dice: “No había cultura en Spoon River, lo sabemos.” (Archibald Higbie).

Como elementos geográficos relevantes tenemos al famoso río Cuchara (por cierto muy turbio y lleno de desperdicios, como nos lo describe Whedon, editor: “Y entonces yacer aquí, junto al río, en el lugar a donde llegan las cloacas del pueblo, y tiran latas vacías y botan la basura y ocultan los abortos”), las colinas que lo rodean (además de la famosa hay otras menos relevantes), los cerros de Miller’s Ford, y cercano se escucha el oleaje del mar. Ya tenemos entonces al escenario donde se moverán los personajes invisibles de esta obra.

## La estructura

El libro se basa en lo que algunos llaman epitafios, pero que yo me atrevo a llamar testimonios. A mi modesto parecer es limitante la definición de epitafio. Veamos lo que nos dice un diccionario enciclopédico:

Epitafio (del latín, *epitaphiŭs*, “escrito sobre una tumba”): breve inscripción funeraria; también composición breve en verso o prosa que canta las alabanzas de una persona fallecida. Las inscripciones más antiguas se encuentran en los sarcófagos egipcios. Indican el nombre del difunto, así como la familia a la que este pertenecía y su condición social, y van acompañadas de una oración dedicada a un dios. Compuestos por lo general en forma de epigramas, los epitafios griegos fueron los primeros en alcanzar valor literario. En las urnas funerarias romanas se indicaban el nombre, la edad y la profesión del difunto, así como el nombre del creador de la urna.

Esta definición nos aclara algo importante: el epitafio canta la alabanza de una persona fallecida. En la *Antología...* son muy pocos los “durmientes” que se autoalaban, más bien hay muchísimos que hablan mal de sí mismos y de los vivos. También descubrimos que fueron los griegos en utilizar por primera vez los epitafios en textos con valor literario. Parece ser que esta fue la fuente de inspiración del poeta; pero en este trabajo no queremos profundizar este aspecto. Rechazamos el uso de la palabra epitafio

y la sustituimos, a nuestro modesto entender, por testimonio. Los muertos dan sus versiones, sus verdades sobre sus propias existencias. Ahora bien, ¿cuántos son estos muertos? Las fuentes consultadas nos indican el no despreciable número de 244. Ya lo dijimos, hay para todos los gustos. Mis cálculos me llevan a afirmar la presencia de 190 hombres y 54 mujeres. ¡Vaya mayoría! Ciertos analistas nos hablan también de 19 historias que se hilvanan a lo largo del libro. Aquí también me permito disentir. Creo que en cuanto a historias hay muchísimas más, lo que los expertos llaman historias son, según mi juicio, contrapunteos, los que nos permiten demostrar otra aseveración: los muertos a veces mienten o simplemente cuentan *su* verdad (hay que creerles *ma non troppo*), y como constatación pueden leerse los poemas “Ollie McGee”, “Fletcher McGee”, “Knowlt Hoheimer” y “Lydia Puckett” .

Completan el libro dos textos: “La Spooniada” y el “Epílogo”. El primero está escrito por el difunto Jonathan Swift Somers, laureado de Spoon River, quien planificó “La Spooniada” para veinticuatro libros, pero desafortunadamente no vivió para completar ni siquiera el primero. El fragmento fue hallado entre sus papeles por William Marion Reedy y se publicó por primera vez en el *Reedy’s Mirror* el 18 de diciembre de 1914. El difunto Somers y su presunto texto son invención de Masters, una vieja treta literaria. Ambos escritos fueron agregados

a la edición definitiva de 1915 (no aparecían en la publicación de la revista *Poetry* de 1914).

## El lenguaje y la forma

Edgar Lee Masters recibió enseguida el reconocimiento de la crítica especializada por el manejo en su obra del verso libre. Nos unimos a este juicio y agregamos que lo más destacado de este manejo está en la variedad de tonos, ritmos, sonoridad y armonía que el poeta logra asignar a cada uno de sus personajes. En este sentido, no hay dudas de que nos encontramos frente a una obra maestra. También percibimos el uso del lenguaje poético como un medio y no como un fin. Quiero decir que es a través de la poesía que el autor logra su propósito principal que no es otro que el de contar. No cuenta para poetizar, poetiza para narrar y afirmar ciertas realidades.

Otro es el caso de los dos textos que culminan la *Antología...*: “La Spooniada” y el “Epílogo”. Nos encontramos frente a una subida repentina. El panorama cambia radicalmente. El lenguaje y la estructura sufren una mutación. ¿Por qué? Es difícil contestar esta interrogante. Pareciera que Lee Masters quiso rematar con un toque de academicismo, de intelectualidad, que a nuestro modesto parecer no agrega nada a la obra en sí. Los dos textos no cuajan con el resto del libro. Es como estar comiendo un plato de *spaghetti a la bolognesa* y encontrarse con la

presencia en el plato de unas cuantas fresas. Ambos productos son buenos, pero, juntos...

En cuanto a la forma, sentimos que podemos comparar la *Antología de Spoon River* a una cantata profana. Una cantata compuesta por las múltiples voces de esos ahora habitantes del más allá. Un director de orquesta, una coral compuesta por 244 cantantes y la musicalidad poética representan el conjunto (cantata) que nos da el resultado de la ecuación. Los “testimonios” se transforman entonces en “cantos”.

## El cementerio

Nos trasladamos hacia la colina, allí donde está ubicado nuestro escenario indiscutido. Es allí donde escucharemos los “cantos” de esos seres que decidieron rebelarse en contra de los falsos epitafios y, en consecuencia, hacernos escuchar sus voces. Y aquí Lee Masters nos reserva una sorpresa: ¡En la colina no descansan todos los muertos del pueblo! Leamos:

CHASE HENRY

En vida fui el borracho del pueblo;  
cuando morí, el cura no me quiso enterrar  
en suelo santificado.  
Eso me deparó buena fortuna,  
porque los protestantes compraron este lote  
y enterraron aquí mi cuerpo,

junto a la tumba de Nicholas el banquero,  
y su esposa Priscilla.  
Tomad nota, almas prudentes y piadosas  
de las vías encontradas de la vida,  
que a quien vivió en deshonra, de muerto le brindan honores.

Es evidente que el *suelo santificado* corresponde al cementerio católico. Aquí encontramos uno de los tantos elementos de polémica religiosa existentes en el libro. Nótese también la ironía con la cual Chase Henry hace su relato. ¿Quiénes son los durmientes? El abanico de profesiones y condiciones es amplio. Hemos contabilizado casi cincuenta, entre las cuales podemos citar: ferretero, bailarina, maestra, jugador, alguacil, inventor, loco, ciego, borracho, lavandera, asesino, suicida, carnicero, periodista, médico, etc. Pero las categorías con más nombramientos son los abogados y sacerdotes. ¿Por qué será? ¿Por qué hablan los muertos? Los “cantos” son una rebelión a los epitafios reales llenos de lugares comunes y falsedades. Como hemos afirmado, los muertos rompen sus cadenas y atacan por todo el medio a una sociedad castradora. Desaparecen los temores y prejuicios, las diferencias sociales se anulan. Ya no tienen nada que perder. Así que sueltan la lengua y ¡cómo! ¿De qué nos hablan? Los temas son múltiples y variados. Conoceremos sus historias de amor y desamor. Sus frustraciones y desilusiones. Sus traiciones. Algunos confesarán sin tapujos sus crímenes o pecados. Otros acusarán a sus victimarios

o insultarán a sus antiguos vecinos. Habrá quien nos dará consejos de vida, o sugerencias filosóficas y religiosas. Ciertos durmientes erigirán su propio púlpito desde donde nos sermonearán dándonos lecciones de moral. También nos encontraremos con sus quejas, acusaciones y protestas en contra de los supervivientes, así como contra Spoon River transformado en sujeto.

RAFAEL ANTONIO GUERRA

**Antología  
de Spoon River**



# La colina

*¿Dónde están Elmer, Herman, Bert, Tom y Charley,  
el débil de ánimo, el fuerte de brazo, el payaso, el bebedor, el peleador?*  
Todos, todos durmiendo en la colina.

*Uno murió de fiebre,  
uno ardió en una mina,  
uno quedó muerto en una reyerta,  
uno pereció en la cárcel,  
uno se cayó del puente bregando por su mujer y los niños—*  
Todos, todos durmiendo, durmiendo, durmiendo en la colina.

*¿Dónde están Ella, Kate, Mag, Lizzie y Edith,  
la de corazón tierno, la de mente simplona, la escandalosa, la orgullosa, la feliz?*  
Todas, todas durmiendo en la colina.

*Una murió de parto deshonroso,  
una de amores contrariados,  
una a manos de una bestia en un burdel,  
una de orgullo roto en pos de un anhelo del corazón,  
una, después de haber vivido en Londres y París lejanas,  
fue devuelta a su pequeño espacio con Ella, Kate y Mag—*  
Todas, todas durmiendo, durmiendo, durmiendo en la colina.

*¿Dónde están tío Isaac y tía Emily,  
y el viejo Towny Kincaid y Sevigne Houghton,  
y el alcalde Walker que había conversado*

*con los notables de la revolución?*

Todos, todos durmiendo en la colina.

*A ellos les trajeron hijos muertos en la guerra*

*e hijas demolidas por la vida,*

*con sus hijos sin padre, que lloraban—*

Todos, todos durmiendo, durmiendo, durmiendo en la colina.

*¿Dónde está Jones el viejo violinista*

*que jugó con la vida durante sus noventa años*

*afrontando el viento helado a pecho descubierto,*

*bebiendo, alborotando, sin pensar en esposa o parentela,*

*ni en el oro, ni el amor, ni el cielo?*

¡Aquí está!, chachareando de los pescados fritos de antaño,

de las carreras de antaño en Clary's Grove,

de lo que Abe Lincoln dijo

una vez en Springfield.

# Hodd Putt

Aquí yazgo, junto a la tumba  
del viejo Bill Piersol,  
que se hizo rico negociando con los indios,  
y luego se valió de la ley de bancarrotas  
para resurgir más rico que nunca.  
Me fui cansando de la brega y la pobreza,  
y viendo al viejo Bill y los demás enriquecerse,  
una noche asalté a un viajero por los lados de Proctor's Grove  
y ahí lo maté sin querer,  
por eso me juzgaron y me ahorcaron.  
Esa fue mi manera de entrar en quiebra.  
Ahora los que nos valimos de la ley de bancarrotas, cada quien a su manera,  
dormimos en paz,  
hombro con hombro.

# Ollie McGee

¿Han visto caminando por el pueblo  
a un hombre de mirada baja y rostro demacrado?  
Ese es mi esposo, quien con crueldad oculta  
que jamás se sabrá, me robó mi juventud y mi belleza;  
hasta que al fin, arrugada y con dientes amarillos,  
y con el orgullo roto y una humildad indecorosa,  
me hundí en la tumba.  
¿Pero qué creen que le remuerde el corazón a mi marido?  
¡El rostro de lo que fui, el rostro de lo que hizo de mí!  
Eso lo va trayendo a donde estoy ahora.  
En la muerte, entonces, soy vengada.

# Fletcher McGee

Ella me fue quitando las fuerzas de minuto en minuto,  
ella me fue quitando la vida de hora en hora,  
ella me fue secando como una luna enfebrecida  
que mina al mundo en rotación.

Los días se iban como sombras,  
los minutos giraban como las estrellas.

Ella me quitó la piedad del corazón,  
y la hizo sonrisas.

Ella era un puñado de arcilla de escultor  
y mis pensamientos secretos eran los dedos:  
aleteaban tras su rostro pensativo  
y lo delineaban a punta de dolor.

Le entiesaron los labios, y le hundieron las mejillas,  
y le entristecieron la mirada.

Mi alma había penetrado en la arcilla  
luchando como mil demonios.

No era ni mía ni suya;  
ella la retenía, pero sus forcejeos  
le moldearon un rostro que ella odiaba,  
que yo temía mirar.

Yo tranquilé las ventanas, eché los cerrojos,  
me escondí en un rincón—

Y entonces se murió y se me aparecía,  
y me anduvo cazando toda la vida.

# Robert Fulton Tanner

Si un hombre pudiese morder la mano de gigante  
que lo atrapa y lo destruye  
como a mí me mordió una rata  
cuando mostraba la trampa que inventé,  
aquel día en mi ferretería.

Pero un hombre jamás puede vengarse  
del ogro monstruoso de la Vida.

Se entra en la habitación, es decir, se nace,  
y entonces hay que vivir —agotar el alma,  
¡ajá! La carnada que te apetece está a la vista:  
una mujer con dinero con la que te quieres casar,  
el prestigio, una posición, o el poder en el mundo.

Pero hay trabajo por hacer y cosas por conquistar—  
¡Ah, sí! el envoltorio de la carnada.

Al fin logras entrar —pero escuchas una pisada:  
el ogro, la Vida, entra en la habitación,  
(estaba a la espera y escuchó el resorte dispararse)  
para verte roer el estupendo queso,  
y contemplarte con ojos fulgurantes,  
y fruncir el entrecejo y reírse, y burlarse, y maldecirte,  
mientras corres jaula arriba y jaula abajo.

Hasta que tu miseria lo aburre.

# Cassius Hueffer

Sobre mi lápida cincelaron las palabras:

“Fue dulce su vida y los elementos se combinaron en él tan bien  
que la naturaleza pudo ponerse de pie y decirle al mundo entero:  
Este fue un hombre”.

Quienes me conocieron se sonríen  
al leer esta retórica vacía.

Mi epitafio debió ser:

“La vida no fue dulce con él,  
y los elementos se le combinaron tan mal  
que le libró combate a la vida  
y en él fue muerto”.

¡En vida no me pude salvar de las lenguas viperinas  
y ahora muerto tengo que soportar el epitafio  
que grabó un imbécil!

# Serepta Mason

La flor de mi vida pudo haber florecido por todos lados  
de no ser por un viento aciago que me atrofió los pétalos  
del lado de mí que ustedes, los del pueblo, podían ver.

Desde el polvo elevo una voz de protesta:

¡Mi lado florecido que ustedes jamás vieron!

Vosotros, los vivientes, vosotros sois ciertamente unos imbéciles,  
que no sabéis de los rumbos del viento  
y las fuerzas invisibles  
que gobiernan los procesos de la vida.

# Amanda Barker

Henry me hizo un hijo  
sabiendo que yo no podría engendrar una vida  
sin perder la mía.

Así que bien joven crucé el portal del polvo.  
Viajero, se cree en el pueblo en que viví  
que Henry me amó con amor de esposo,  
pero yo proclamo desde el polvo  
que me mató para satisfacer su odio.

## Constance Hately

¡Spoon River, tú alabas mi sacrificio  
de criar a Irene y a Mary,  
las huérfanas de mi vieja hermana!  
¡Y censuras a Irene y a Mary  
por despreciarme!  
Pero no alabes mi sacrificio,  
ni censures su desprecio;  
¡Es cierto que las crié y me ocupé de ellas!—  
Pero emponzoñé mi caridad  
recordándoles una y otra vez su dependencia.

# Chase Henry

En vida fui el borracho del pueblo;  
cuando morí, el cura no me quiso enterrar  
en suelo santificado.

Eso me deparó buena fortuna,  
porque los protestantes compraron este lote  
y enterraron aquí mi cuerpo,  
junto a la tumba de Nicholas el banquero,  
y su esposa Priscilla.

Tomad nota, almas prudentes y piadosas,  
de las vías encontradas de la vida,  
que a quien vivió en deshonra, de muerto le brindan honores.

# Harry Carey Goodhue

Estúpidos de Spoon River, ustedes nunca se asombraron  
cuando Chase Henry votó en contra de las cantinas  
en venganza de que le negaron la entrada.

Pero ninguno fue lo bastante listo  
para seguir mis pasos o la pista  
como hermano espiritual de Chase.

¿Recuerdan cuando peleé  
con el banco y la pandilla de los tribunales  
por embolsillarse los intereses de los fondos públicos?  
¿Y cuando peleé con los ciudadanos importantes  
por convertir a los pobres en burritos de carga de los impuestos?

¿Y cuando peleé con el servicio del agua  
por birlarse calles y aumentar las tarifas?

¿Y cuando peleé con los hombres de negocios  
que pelearon contra mí en esas peleas?

¿Recuerdan entonces:  
que salí trastabillando del naufragio de esas derrotas  
y de una carrera arruinada,  
escurrí de mi capa el último ideal,  
oculto hasta entonces a todas las miradas  
como una acariciada quijada de burro,  
y vapuleé al banco y al servicio del agua,  
y a los hombres de negocios con la prohibición  
e hice pagar a Spoon River los costos  
de las peleas que yo había perdido?

# El juez Somers

¿Cómo fue, díganmelo ustedes,  
que yo, el más erudito de los abogados,  
que me sabía a Blackstone y a Coke  
casi de memoria, el que pronunció el más grande discurso  
que haya escuchado jamás la corte, y escribió  
un alegato que se ganó el elogio del magistrado Breese—  
cómo fue, díganmelo ustedes,  
que yazgo aquí sin señal alguna, olvidado,  
mientras Chase Henry, el borracho del pueblo,  
tiene un pedestal de mármol coronado por una vasija  
en la que la naturaleza, por capricho irónico,  
ha sembrado hierba floreciente?

# Kinsey Keene

Su atención, Thomas Rhodes, presidente del banco;  
Coolbaugh Whedon, director del Argos;  
reverendo Peet, pastor de la principal iglesia;  
A. D. Blood, varias veces alcalde de Spoon River;  
y finalmente todos ustedes, miembros de la Sociedad de las Buenas Costumbres—  
Su atención para con las palabras de Cambronne,  
de pie al lado de los heroicos sobrevivientes  
de la guardia de Napoleón en el monte Saint Jean  
en el campo de batalla de Waterloo,  
cuando Maitland, el inglés, los conminó:  
“¡Ríndanse, valientes franceses!”—  
Allí al caer la tarde, con la batalla perdida sin remedio,  
y hordas de hombres que ya no eran ejército  
del gran Napoleón  
huyendo a campo traviesa como jirones  
de nubes preñadas de truenos en la tormenta.  
Bien, lo que Cambronne le dijo a Maitland  
antes de que el fuego inglés rasara la cresta de la colina  
contra la luz declinante del día  
les digo a usted, y a todos ustedes,  
y a ti, oh mundo.  
Y les encargo grabarlo  
sobre mi lápida.

# Benjamin Pantier

Juntos en esta tumba yacen Benjamin Pantier, procurador,  
y Nig, su perro, compañero fiel, consolación y amigo.  
Por el camino gris, amigos, niños, hombres y mujeres,  
se me fueron yendo uno por uno de la vida, y me dejaron solo.  
Con Nig de acompañante, compañero de lecho y camarada en la bebida.  
En la mañana de la vida supe de aspiraciones y vislumbré la gloria.  
Entonces ella, la que me sobrevive, me atrapó el alma  
en una trampa que me desangró a morir,  
hasta que yo, alguna vez de recia voluntad, me postré roto, indiferente,  
a vivir con Nig en el cuarto de atrás de una oficina sórdida.  
Bajo mi barbilla se arrellana la nariz huesuda de Nig—  
Nuestra historia se pierde en el silencio. ¡Desaparece de la vista, mundo loco!

# La señora de Benjamin Pantier

Yo sé que él dijo que le atrapé el alma  
en una trampa que lo desangró a morir.  
Y todos los hombres lo querían  
y muchas mujeres lo compadecieron.  
Pero pongamos que una es realmente una dama, y tiene gustos delicados,  
y odia el olor a whisky y a cebollas,  
y el ritmo de la Oda de Wordsworth le resuena en los oídos,  
mientras él se la pasa día y noche  
repitiendo trozos de aquello tan ordinario:  
“¿Oh, por qué habría de sentirse orgulloso el espíritu del mortal?”  
Y supongamos luego  
que eres una mujer bien dotada,  
y el único hombre con el que la ley y la moralidad  
te permiten una relación marital  
es justo el hombre que te repugna  
cada vez que piensas en eso —y piensas en eso  
cada vez que lo ves.  
Por tal razón lo eché de la casa  
para que se fuera a vivir con su perro  
en un cuartucho sórdido  
detrás de su oficina.

# Reuben Pantier

Bien, Emily Sparks, no se perdieron tus plegarias,  
ni tu amor fue del todo en vano.  
Le debo cuanto fui en la vida  
a tu esperanza que no me dejó solo,  
a tu amor que a pesar de todo me veía como bueno.  
Querida Emily Sparks, déjame echarte el cuento.  
Dejo de lado la influencia de mis padres;  
La hija de la sombrerera me metió en problemas  
y me fui a correr mundo  
y pasar por cuanto peligro puedan traer consigo  
el vino y las mujeres y el goce de la vida.  
Una noche, en un cuarto de la Rue de Rivoli,  
estaba bebiendo vino con una *cocotte* de ojos negros,  
y se me llenaron de lágrimas los ojos.  
Pensó ella que eran lágrimas de amor y sonrió  
creyendo que me había conquistado.  
Pero mi alma andaba a tres mil millas de allí,  
en los días cuando me dabas clases en Spoon River.  
Y ahora no podías amarme,  
ni rezar por mí, ni escribirme cartas,  
tu silencio eterno habló por ti.  
Y la *cocotte* de ojos negros creyó que las lágrimas eran para ella,  
como los besos de engaño que le di.  
De todos modos, a partir de ese momento tengo una visión nueva—  
¡Querida Emily Sparks!

# Emily Sparks

¿Dónde está mi niño, mi niño,  
en qué lugar lejano del mundo?  
¿El niño que más amé de todos los de la escuela?—  
Yo, la maestra, la vieja solterona, la de corazón virgen,  
la que a todos convertí en hijos,  
¿estaba en lo cierto sobre mi niño  
cuando lo creí un espíritu en llamas,  
en movimiento, siempre anhelante?  
Oh, niño, niño, por quien recé y recé  
en tantas horas de insomnio por las noches,  
¿recuerdas la carta que te escribí  
sobre el hermoso amor de Cristo?  
Y te haya o no llegado,  
mi niño, dondequiera que estés,  
esfuérzate en salvar tu alma,  
que todo el barro que eres, toda la impureza que eres  
le cedan el paso al fuego que eres,  
¡hasta que el fuego sea solamente luz!...  
¡Solamente luz!

# Trainor, el farmaceuta

Tan solo el químico, y no siempre el químico, puede decir  
lo que resultará de combinar  
sólidos o líquidos.

¿Y quién puede decir  
cómo actuarán unos sobre otros  
hombres y mujeres,  
o qué hijos saldrán?

Ahí estaban Benjamin Pantier y su esposa,  
buenos cada quien por separado, pero nefastos el uno para el otro;  
oxígeno él, hidrógeno ella,  
su hijo, fuego devastador.

Yo, Trainor, el farmaceuta, mezclador de elementos,  
que me maté haciendo un experimento,  
viví en soltería.

# Daisy Fraser

¿Oyeron decir alguna vez que Whedon, el director,  
le entregara al fisco algo del dinero que recibía  
por apoyar a algún candidato a cargo público?  
¿O por hacerle propaganda a la fábrica de latas  
para que la gente invirtiese en ella?  
¿O por omitir los hechos respecto al banco  
cuando estaba en la mala y al borde de la quiebra?  
¿Oyeron decir alguna vez que el juez del distrito  
ayudara a alguno que no fuese el ferrocarril “Q”,  
o los banqueros? ¿O que el reverendo Peet o el reverendo Sibley  
donasen algo de su salario, ganado por quedarse callados,  
o por hablar en voz alta, según lo quisieran los prominentes,  
para obras públicas o el servicio de agua?  
¡Pero yo, Daisy Fraser, la que siempre transitó por esas calles  
entre hileras de sonrisas y cabezas ladeadas,  
y tosecitas y frases como “allá va esa”,  
jamás comparecí ante el juez Arnett  
sin contribuir con diez dólares y los costos  
para los fondos de la escuela de Spoon River!

# Benjamin Fraser

Sus espíritus me azotaban  
como alas de mil mariposas.

Yo cerraba los ojos y sentía vibrar sus espíritus.

Yo cerraba los ojos y todavía sabía cuando los de ellos  
dejaban caer las pestañas sobre los pómulos,

y cuando volteaban la cabeza,

y cuando sus ropajes se les adherían

o les caían como colgaduras exquisitas.

Sus espíritus miraban mi éxtasis

de un vistazo de etéreo desapego.

Sus espíritus vigilaban mi tortura,

la bebían como el agua de la vida,

las mejillas rojas y los ojos relumbrantes

la llama creciente de mi alma alumbraba sus espíritus

como ala de mariposa que entra de pronto a plena luz.

Y ellos me imploraban vida, vida, vida.

Pero cuando me tomé para mí la vida,

cuando atrapé y estrujé sus almas,

como un niño estruja las uvas para beber

el jugo púrpura de la palma de la mano,

penetré en este vacío sin alas,

donde no se conoce el rojo, ni el dorado, ni el vino,

ni el ritmo de la vida.

# Minerva Jones

Yo soy Minerva, la poetisa del pueblo,  
burla y rechifla de los patanes de la calle  
por el cuerpo macizo, los ojos bizcos y el bamboleo,  
y peor aún cuando “Butch” Weldy  
me atrapó tras brutal cacería.

Él me abandonó a mi suerte con el doctor Meyers,  
y yo me fui sumiendo en la muerte, me fui entumeciendo desde los pies,  
como quien se va hundiendo cada vez más en un río helado.

¿Irá alguien hasta el periódico del pueblo  
para recoger en un libro los versos que escribí?

¡Tenía tanta sed de amor!

¡Tenía tanta hambre de vida!

## “Indignación” Jones

¿Sí me irán a creer  
que provenía de buena cepa galesa?  
¿Que era más puro de sangre que toda esa basura blanca de acá?  
¿Y más recto de linaje que los norteros  
y sureños de Spoon River?  
Ustedes no me creerían que pasé por la escuela  
y me leí algunos libros.  
Me veían nada más como un hombre en la ruina,  
de pelo y barba enmarañados  
y cubierto de harapos.  
A veces a un hombre se le vuelve un cáncer la vida  
de tanto verse magullado y vuelto a magullar  
hasta parar en amasijo sangriento,  
como esos brotes en los tallos del maíz.  
Aquí estaba yo, un carpintero, enfangado en la ciénaga de la vida  
en la que entré pensando que era pradera,  
con una percusia por esposa, y la pobre Minerva, mi hija,  
a la que ustedes atormentaron y llevaron a la muerte.  
Así, me arrastré, me arrastré como un caracol a lo largo de los días  
de mi vida.  
Ya no volverán a escuchar mis pasos en las mañanas  
resonar sobre la acera hueca  
camino a la bodega por un puñado de harina de maíz  
y cinco centavos de tocino.

# El doctor Meyers

Nadie, salvo el doctor Hill,  
hizo más por la gente de este pueblo que yo.  
Y todos los débiles, los incapacitados, los irresponsables,  
y quienes no podían pagar venían a mí.  
Yo tenía buen corazón, el buenazo doctor Meyers.  
Lleno de salud, contento, me iba de lo mejor,  
con la bendición de una esposa que me comprendía, mis hijos ya crecidos,  
todos casados, bien acomodados.  
Y entonces una noche Minerva, la poetisa,  
me trajo su problema, llorando.  
Traté de resolvérselo —ella murió—  
me inculparon, los diarios me difamaron,  
mi mujer murió con el corazón destrozado.  
Y la neumonía acabó conmigo.

# La señora Meyers

Afirmó toda su vida que los diarios mintieron sobre él con villanía,  
que él no fue el culpable de la desgracia de Minerva,  
sino que solo trataba de ayudarla.

Pobre alma hundida en el pecado, no pudo ver  
que aún tratando de ayudarla, como él dijo,  
había roto la ley humana y la divina.

Paseantes, les hago una advertencia antigua:  
si van a transitar los caminos de la bondad,  
y su sendero es el de la paz,  
amen a Dios y observen sus mandamientos.

## “Butch” Weldy

Después de tomar la religión y sentar cabeza  
me dieron trabajo en la fábrica de latas,  
y todas las mañanas debía llenar de gasolina  
el tanque del patio  
que alimentaba los mecheros en los cobertizos  
para calentar el metal de la soldadura.  
Y yo me encaramaba sobre una escalera tembleque  
cargando baldes llenos de combustible.  
Una mañana, subido ahí vertiendo el líquido,  
el aire empezó a aquietarse y después a hincharse,  
y salí disparado cuando explotó el tanque,  
y caí al suelo con las piernas rotas  
y los ojos fritos como un par de huevos,  
porque alguien dejó un mechero encendido  
y algo chupó la llama hacia el tanque.  
El juez del distrito dijo que el que lo hizo  
era un compañero de trabajo mío y, por lo tanto,  
el hijo del viejo Rhodes no tenía que indemnizarme.  
Y yo estaba sentado en el estrado de los testigos tan ciego  
como Jack, el violinista, repitiendo y repitiendo  
“No tengo idea de quién fue”.

# Knowlt Hoheimer

Fui el primer fruto de la batalla de Missionary Ridge.  
Cuando sentí la bala entrar en mi corazón,  
deseé haberme quedado mejor en casa e ir a la cárcel  
por robarme los puercos de Curl Trenary,  
y no salir corriendo a meterme en el ejército.  
Mejor mil veces la cárcel del distrito  
que yacer bajo esta figura de mármol con alas,  
y este pedestal de granito  
que sostiene las palabras *Pro Patria*.  
Por cierto, ¿qué significan?

# Lydia Puckett

Knowlt Hoheimer salió corriendo a la guerra  
el día antes de que Curl Trenary  
le pusiera denuncia ante el juez Arnett  
por robarle los puercos.  
Pero no fue esa su razón para hacerse soldado.  
Descubrió mis amores con Lucius Atherton.  
Peleamos y le dije que jamás  
se volviera a cruzar en mi camino.  
Entonces robó los puercos y se fue a la guerra—  
tras cada soldado hay una mujer.

# Frank Drummer

Venir desde una celda hasta este espacio a oscuras—  
¡terminar a los veinticinco!

Mi lengua no podía expresar lo que dentro de mí se agitaba,  
y el pueblo me creía loco.

Pero al comienzo había una clara visión,  
un propósito elevado y urgente en mi alma  
que me impulsó a aprenderme de memoria  
¡la *Enciclopedia Británica*!

# Hare Drummer

¿Van todavía al negocio de Siever los chicos y las chicas  
a tomar sidra después de clases a fines de septiembre?  
¿O a recoger avellanas entre los matorrales  
de la granja de Aaron Hatfield cuando empieza la helada?  
Tantas veces jugué con los chicos y las chicas que reían  
por la carretera y sobre las colinas,  
cuando el sol estaba bajo y el aire fresco,  
deteniéndonos para golpear a los nogales  
de pie y sin hojas frente al ocaso en llamas.  
Ahora, el olor del humo de otoño  
y las bellotas que caen,  
y los ecos rebotando en los valles  
traen sueños de vida. Giran sobre mí.  
Me interrogan:  
¿dónde están los risueños camaradas?  
¿cuántos están conmigo, cuántos  
en las viejas huertas camino a lo de Siever  
y en las arboledas que dominan  
las aguas mansas?

## Conrad Siever

No en ese jardín abandonado  
donde los cuerpos se vuelven pasto  
que no alimenta rebaños, y siemprevivas  
que no dan fruto—  
allí donde se escucha suspirar en vano  
a lo largo de las veredas sombreadas  
y se sueñan sueños más vanos todavía  
de íntima comunión con almas muertas—  
sino aquí bajo el manzano  
que yo amé y cuidé y podé  
con nudosas manos  
por largos, largos años;  
¡Aquí, bajo las raíces de este manzano de invierno,  
para girar en la transformación química y el círculo de la vida,  
y penetrar en la tierra y en la carne del árbol,  
y en los epitafios vivientes  
de las manzanas más rojas!

# El doctor Hill

Calle arriba y calle abajo iba,  
de aquí para allá noche y día,  
todas las horas de la noche cuidando los enfermos pobres.

¿Saben por qué?

Mi esposa me odiaba, mi hijo se tiró a la ruina  
y yo me volqué hacia la gente, les vertí mi amor.

¡Qué placentero ver la multitud merodear por el prado  
el día de mi funeral

y escucharlos murmurar su amor y su tristeza.

Pero, oh, mi Dios querido, me tembló el alma, capaz a duras penas  
de seguir la vía de la nueva vida,

cuando percibí a Em Stanton detrás del roble  
al lado de la sepultura,

ocultándose, y ocultando su pena!

# Andy, el guardia nocturno

En mi capa española,  
y el viejo sombrero de ala gacha.  
y cubrebotas de fieltro,  
y Tyke, mi perro fiel,  
y mi bastón de nogal nudoso,  
me escurría por esas calles con una linterna de ojo de buey  
de puerta en puerta en cada manzana,  
mientras allá arriba giraban las estrellas  
y la campana de la iglesia murmuraba  
cuando soplaban el viento  
y los pasos cansados del viejo doctor Hill  
resonaban como quien camina dormido,  
y a lo lejos cantaban los gallos.  
Y ahora hay otro haciendo la guardia en Spoon River  
como hubo otros antes de mí.  
Y aquí yacemos el doctor Hill y yo,  
donde nadie se mete a robar  
y no se necesita un ojo que vigile.

# Sara Brown

Maurice, no llores, no estoy bajo este pino.

El viento aromado de la primavera susurra entre la hierba grata,  
brillan las estrellas, canta el aguaitacamino  
¡pero tú estás afligido, mientras mi alma reposa en éxtasis  
en el Nirvana dichoso de la luz eterna!

Anda, ve hasta el bueno de corazón que es el esposo mío,  
que rumia amargamente lo que él llama nuestro amor culpable:—  
dile que mi amor por ti, tanto como mi amor por él,  
urdieron mi destino –que mediante la carne  
gané el espíritu, y mediante el espíritu, la paz.  
En el cielo no existe el matrimonio,  
pero sí el amor.

# Percy Bysshe Shelley

Mi padre, que era dueño del taller de carrocerías  
y se hizo rico herrando caballos,  
me mandó a la Universidad de Montreal.

No aprendí nada y regresé a casa,  
a vagabundear por los campos con Bert Kessler,  
cazando perdices y codornices.

En el lago Thompson el gatillo de mi escopeta  
se enganchó en un costado del bote  
y se me abrió un gran boquete en el corazón.

Sobre mí un padre cariñoso  
erigió este pedestal de mármol  
que remata una figura de mujer  
esculpida por un artista italiano.

Dicen que las cenizas del hombre cuyo nombre llevo  
fueron esparcidas cerca de la pirámide de Cayo Cestio  
en algún lugar vecino a Roma.

## Flossie Cabanis

Del teatro de la ópera que Bindle tenía en el pueblo  
a Broadway hay un gran paso.

Pero yo intenté darlo,  
se me encendió la ambición a los dieciséis,  
viendo la representación de *East Lynne* aquí en el pueblo,  
con Ralph Barrett, el actor romántico de tanto porvenir  
que me hechizó el alma.

Es verdad que me devolví a casa, rota y fracasada,  
cuando Ralph desapareció en Nueva York  
abandonándome en la ciudad—  
pero la vida lo rompió a él también.

En todo este lugar de silencio  
no hay un solo espíritu afín.

Cómo me gustaría que la Duse pudiese abrirse paso  
por entre el patetismo de estos campos callados  
y leyese estas palabras.

# Julia Miller

Esa mañana peleamos,  
porque él era de sesenta y cinco y yo de treinta,  
y estaba nerviosa a la espera del niño  
y con miedo a parirlo.  
Pensaba en la última carta que me escribió  
el joven corazón enajenado  
cuya traición oculté  
casándome con el viejo.  
Entonces tomé la morfina y me senté a leer.  
Por entre la negrura que me vino a los ojos  
veo todavía parpadear la luz de estas palabras:  
“Y Jesús le habló así:  
en verdad te digo  
que hoy estarás conmigo en el paraíso”.

# Johnnie Sayre

Padre, nunca sabrás  
la angustia que abatió mi corazón  
por mi desobediencia, en el momento en que sentí  
al implacable engranaje del motor  
hundirse en la llorante carne de mi pierna.  
Cuando me llevaban a la casa de la viuda Morris,  
pude ver la escuelita en el valle  
de la que me fugaba para ir a colearme a los trenes.  
Rogaba sobrevivir hasta poder pedir tu perdón—  
¡Y luego tus lágrimas, tus dolidas palabras de consuelo!  
La confortación de esa hora me concedió mucha felicidad.  
Tú supiste cincelar para mí:  
“Le fue arrebatado al demonio”.

# Charlie French

¿Por fin descubrieron  
cuál de los chicos O'Brien  
me reventó la pistola de juguete en la mano?  
Allá, cuando las banderolas ondeaban rojiblancas  
en la brisa y "Bucky" Estil disparaba el cañón  
que trajo el capitán Harris a Spoon River  
desde Vicksburg;  
y los puestos de limonada vendían a todo dar  
y tocaba la banda,  
mira que venir a arruinarlo todo  
por un trozo de metal bajo la piel de la mano,  
y todos los muchachos arremolinados gritando:  
"¡Te vas a morir de tétanos, Charlie, seguro que sí!"  
¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios!  
¿Cuál de mis compinches habrá sido?

# Zenas Witt

Tenía dieciséis y me daban las pesadillas más horribles,  
y veía manchitas delante de los ojos, y sufría de los nervios.  
Y no podía recordar los libros que leía,  
como Frank Drummer, que memorizaba página tras página.  
Y era débil de espaldas, y me preocupaba y me preocupaba,  
y me daba mucha vergüenza, y tartamudeaba al decir mis lecciones,  
y cuando me levantaba a contestar, se me olvidaba  
todo lo que había estudiado.  
Bueno, vi el anuncio del doctor Weese,  
y ahí estaba escrito todo  
tal como si me hubiese conocido en persona,  
y hasta los sueños que yo no podía remediar aparecían.  
Supe entonces que estaba marcado para morir muy joven  
y me preocupé tanto que me vino una tos,  
y ya no siguieron los sueños.  
Entonces dormí el sueño que no tiene sueños,  
aquí en la colina junto al río.

## El poeta Teodoro

De niño, Teodoro, te sentabas durante horas  
a orillas del turbio Spoon,  
la vista puesta en el hueco del cangrejo,  
esperando la aparición, la salida sigilosa,  
primero las antenas ondulantes, como pajas de heno,  
el cuerpo luego, del color del jaboncillo  
y el adorno de los ojos de azabache.  
Y en un raptó de reflexión te preguntabas  
lo que sabía, lo que deseaba, por cuál razón vivía, a fin de cuentas.  
Pero entonces la visión se te iba hacia los seres  
ocultos en los escondrijos del destino de las grandes ciudades,  
a la espera de la salida de sus almas  
y poder ver  
cómo y por cuál razón vivían,  
y por qué se arrastraban con tanto afán  
por la arenosa senda donde falta el agua  
y el verano mengua.

# El alguacil del pueblo

Los prohibicionistas me hicieron alguacil del pueblo  
cuando aprobaron el cierre de las cantinas,  
porque cuando fui un bebedor,  
antes de ingresar en la iglesia, maté a un sueco  
en el aserradero de Maple Grove.  
Y ellos querían alguien que metiera miedo,  
rígido, probo, fuerte, corajudo  
que odiara a las cantinas y a los bebedores  
para guardar la ley y el orden en el pueblo.  
Y me entregaron un bastón cargado—  
con él golpeé a Jack McGuire  
antes de que sacara el arma con la que me mató.  
Los prohibicionistas gastaron su dinero en vano para colgarlo,  
porque en un sueño  
me le aparecí a uno de los del jurado  
y le conté toda la historia secreta.  
Catorce años bastaron para pagar mi muerte.

# Jack McGuire

Me hubiesen linchado  
si no me pasan de prisa y en secreto  
a la cárcel de Peoria.  
Pero es que yo iba en paz, camino a casa,  
con mi damajuana, algo tomado,  
cuando Logan, el alguacil, me dio el alto,  
me llamó borracho sucio y me sacudió,  
y cuando lo maldije por eso, me golpeó  
con aquel bastón cargado de la prohibición—  
todo eso antes de dispararle.

Me hubiesen colgado de no ser por lo siguiente:  
mi abogado, Kinsey Keene, ayudaba a que atraparan  
al viejo Thomas Rhodes por arruinar al banco,  
y el juez era amigo de Rhodes  
y quería que se salvara,  
y Kinsey le ofreció dejar tranquilo a Rhodes  
si me daba a mí catorce años.  
Y se hizo el trato. Cumplí mi condena  
y aprendí a leer y escribir.

# Dorcas Gustine

La gente del pueblo no me quería  
y todo por decir lo que pensaba  
y enfrentar a quienes se me propasaban  
ripostando sin tapujos, sin esconder y engordar  
inquinas ni reconcomios secretos.  
Tanto que se elogia lo que hizo aquel niño en Esparta,  
el que escondió al lobo bajo su manto  
y se dejó devorar sin una queja.  
Más valiente es, pienso yo, echar afuera al lobo  
y combatirlo abiertamente en la calle,  
entre el polvo que se levanta y los aullidos de dolor.  
Puede que la lengua sea un miembro atrabiliario,  
pero el silencio envenena el alma.  
Que me reproche el que quiera— yo estoy contento.

# Nicholas Bindle

¿No les dio vergüenza, conciudadanos,  
cuando validaron mi testamento y ustedes se enteraron  
de la escasa fortuna que dejé?—  
¡Ustedes que me acosaron en vida  
para que les diera, y les diera, y les diera, a las iglesias, a los pobres,  
al pueblo! —yo que ya había dado demasiado.  
Y no creerán que no me enteré  
de que el órgano de tubos que le doné a la iglesia  
acompañó sus cánticos cristianos  
cuando Rhodes, el diácono,  
que quebró el banco y casi me arruina,  
elevó sus plegarias luego de su absolución.

# Jacob Goodpasture

Cuando cayó el fuerte Sumter y llegó la guerra  
me lamenté con el alma amargada:

“¡Ay, gloriosa República, has dejado de serlo!”

Cuando enterraron a mi hijo soldado  
con toque de trompetas y redoble de tambor,  
el peso de los ochenta años

abatió mi corazón, y me lamenté:

“¡Ay, hijo mío, has muerto por una causa injusta,  
en la contienda que asesina la libertad!”

Y me arrastré aquí, bajo la hierba.

Y ahora, desde las almenas de la victoria, véanlo ustedes:

tres veces treinta millones de almas unidas

en el amor de una verdad muy grande,

arrobadas a la espera de que nazca

una nueva Belleza.

Hija de la Hermandad y la Sabiduría.

Con los ojos del espíritu veo la Transformación  
antes que los demás.

Pero ustedes, casta infinita de águilas doradas

que anidan cada vez más alto,

y vuelan en círculos siempre más elevados

hasta remontarse a las cumbres del Pensamiento,

olvidan la ceguera del difunto búho.

# Harold Arnett

Me recosté de la chimenea, mareado, mareado,  
pensando en mi fracaso, mirando al abismo,  
debilitado por el calor del mediodía.

La campana de una iglesia doblando a lo lejos con tristeza,  
y escuché llorar un niño  
y la tos de John Yarnell, abatido en cama, ardiendo en fiebre, muriéndose,  
y entonces la voz de mi mujer:

“¡Ten cuidado, se están quemando las papas!”

Las olí... allí vino la ira irreprimible.

Tiré del gatillo... negrura... luz...

remordimiento indecible... retornar al mundo a tientas.

¡Demasiado tarde! Luego llegué aquí,

con pulmones para respirar... donde no se puede respirar con pulmones,

pero hay que respirar... ¿de qué nos vale

librarnos del mundo,

si no hay alma que escape jamás del eterno destino de la vida?

# Margaret Fuller Slack

Pude haber sido grande como George Eliot  
de no ser por un destino adverso.

Porque miren esta foto que me tomó Penniwit,  
la barbilla sobre una mano, los ojos de mirada profunda—  
grises además, viendo a lontananza.

Pero estaba el viejo, viejo, problema:  
¿soltería, matrimonio o libertinaje?

Entonces John Slack, el farmaceuta rico, me cortejó,  
tentándome con la promesa del tiempo libre para mi novela,  
y me casé con él, y le parí ocho niños  
y no me quedó tiempo para escribir.

De todos modos ya no tenía porvenir  
cuando me enterré la aguja en una mano  
lavando los pañales del pequeño  
y me morí de tétanos, una muerte irónica.

¡Escúchenme, almas ambiciosas,  
el sexo es la maldición de la vida!

# George Trimble

¿Me recuerdan parado sobre las escalinatas  
de los tribunales, hablando de las acuñaciones sin plata  
y el impuesto único de Henry George?

¿Me recuerdan hablando de la prohibición  
cuando el Líder Supremo perdió la primera batalla,  
convertido en activista de la religión?

Pues todo fue porque mi esposa  
me auguró la destrucción  
si no le probaba a la gente que yo tenía moral.

Bueno, ella me arruinó:  
los radicales sospecharon de mí  
y los conservadores tampoco confiaron en mí—  
y aquí yazgo, sin que ninguno me llore.

# El doctor Siegfried Iseman

¡Dije cuando me entregaron mi diploma,  
me lo dije a mí mismo, que yo iba a ser bueno,  
y sabio y valiente y siempre al servicio del prójimo;  
dije que llevaría el credo cristiano  
a la práctica de la medicina!  
Pero el mundo y los demás doctores  
de algún modo ya saben lo que hay en tu corazón  
cuando tomas una resolución tan digna de un alma elevada.  
Y entonces te ponen a morirte de hambre.  
Y a tu puerta no tocan sino los pobres.  
Y descubres demasiado tarde que ser médico  
no es más que un modo de ganarse la vida.  
¡Y cuando eres pobre y tienes que cargar  
con el credo cristiano y una mujer con hijos,  
todo junto sobre tus espaldas, resulta demasiado!  
¡Por eso fabriqué el Elixir de la Juventud  
que me aterrizó en la cárcel de Peoria  
con la etiqueta de timador y ladrón  
colocada por el muy honesto juez federal!

## “El As” Shaw

Nunca vi la diferencia  
entre jugar cartas por dinero  
y vender bienes raíces,  
practicar el derecho, ser banquero, o cualquiera de esas cosas.  
Porque todas dependen de la suerte.  
En cambio,  
¿han conocido a alguno que sea bueno para los negocios?  
¡Ese estará por delante de los reyes!

# Lois Spears

Aquí yace el cuerpo de Lois Spears,  
nacida Lois Fluke, hija de Willard Fluke,  
esposa de Cyrus Spears,  
madre de Myrtle y Virgil Spears,  
niños de ojos claros y miembros sanos  
(yo nací ciega).  
Fui la más feliz de todas las mujeres  
como esposa, madre y ama de casa,  
y cuidé a mis seres queridos  
y convertí a mi hogar  
en un lugar de orden y hospitalidad generosa:  
porque recorría las habitaciones  
y el jardín  
con un instinto tan seguro como la vista,  
como con ojos en la punta de los dedos—  
Gloria a Dios en las alturas.

# El juez Arnett

Es verdad, conciudadanos,  
que aquel viejo archivo mío estuvo allí por años  
en un estante sobre mi cabeza y por arriba  
del asiento de la justicia. Manifiesto que es verdad  
que el archivo tenía un borde de acero  
que me acuchilló la calva al caer—  
(creo que de alguna manera lo aflojó  
el golpe de aire que se expandió por el pueblo  
cuando estalló el tanque de gasolina de la fábrica de latas  
y quemó a Butch Weldy)—  
Pero consideremos los puntos en orden  
y razonemos el caso con el debido cuidado:  
en primer término admito que recibí un corte en la cabeza,  
pero en segundo término lo terrible fue lo siguiente:  
las fichas del archivo saltaron y se desparramaron  
a mi alrededor como un mazo de cartas  
en las diestras manos de un prestidigitador,  
y llegado el final veía todavía esas fichas,  
hasta que por último dije, “Esas no son fichas nada más,  
¿qué, no pueden ver que son los días y días  
y los días y días de setenta años?  
¿Y por qué me torturan ustedes con esas fichas  
y las pequeñas anotaciones que hice sobre ellas?”

# Willard Fluke

Mi esposa perdió la salud  
y fue menguando hasta pesar apenas los cuarenta kilos.  
Entonces apareció esa mujer,  
a quien los hombres llamaban Cleopatra.  
Y nosotros— nosotros los casados,  
quebramos nuestros votos, yo con todos los demás.  
Pasaron los años y uno a uno a los otros  
la muerte los reclamó de alguna forma atroz,  
y a mí me arrastraron los sueños  
de que Dios me concedía una gracia especial,  
y comencé a escribir, escribir, escribir resma sobre resma  
acerca de la segunda venida de Cristo.  
Entonces Cristo vino a mí y me dijo:  
“Ve a la iglesia, preséntate a la congregación  
y confiesa tu pecado”.  
¡Pero cuando estuve ahí y comenzaba a hablar  
vi a mi niña sentada en la primera fila—  
mi niña que nació ciega!  
¡Después de eso todo ha sido tinieblas!

# Aner Clute

Una y otra vez solían preguntarme,  
cuando pagaban el vino o la cerveza,  
primero en Peoria y más tarde en Chicago,  
Denver, Frisco, Nueva York, donde quiera que viví,  
por qué llevaba la vida que llevaba  
y cómo había comenzado.

Bueno, les conté que con un vestido de seda  
y la promesa de matrimonio de un rico—  
(fue Lucius Atherton).

Pero no era muy cierto.

Pongamos que un muchacho se roba una manzana  
del cajón de la frutería  
y todos empiezan a tildarlo de ladrón,  
el director del diario, el pastor, el juez y el pueblo entero—  
“Ladrón”, “ladrón”, “ladrón”, por donde vaya.

Y no puede conseguir trabajo, y no puede conseguir el pan  
sin robarlo, pues el muchacho tendrá que robar.

Es la forma como la gente mira el robo de la manzana  
lo que hace al muchacho ser lo que es.

# Lucius Atherton

Cuando se me rizaba el bigote  
y tenía el pelo negro,  
y usaba pantalones apretados,  
y lucía en el cuello un botón de diamante,  
era yo una magnífica sota de corazones  
que se conocía todos los trucos.  
Pero cuando se me puso el cabello gris,  
¡vean, pues!, las chicas de la nueva generación  
se reían de mí, ya no me temían  
y se terminaron las aventuras excitantes,  
las de salvarse por un pelo de recibir un tiro  
por ser un demonio redomado,  
ahora apenas unos lances de segunda, lances recalentados  
de otros días y otros hombres del pasado.  
Y me llegó la hora de vivir en la fonda de Mayer,  
comiendo los platos de la carta, un Don Juan rural  
gris, desaliñado, desdentado, descartado...  
Hay aquí una sombra poderosa que le canta  
a una tal Beatriz,  
y ahora veo que la fuerza que lo engrandeció  
a mí me arrastró al basurero de la vida.

# Homer Clapp

Muchas veces me negó Aner Clute  
el beso de despedida en la puerta,  
diciendo que antes debíamos comprometernos,  
y con nada más un apretón de manos frío  
me daba las buenas noches cuando la llevaba a casa  
después de patinar o la película.

No acababan de apagarse mis pasos alejándome  
cuando Lucius Atherton  
(como supe cuando Aner se marchó a Peoria)  
se colaba por su ventana, o se la llevaba de paseo  
por el campo en su veloz yunta de bayos.

El sacudón me hizo sentar los pies sobre la tierra  
y metí todo el dinero que le saqué a mi patrimonio  
en la fábrica de latas, a ver si me daban el puesto  
de primer contador, y lo perdí todo.

Y entonces supe que yo era uno de esos tontos que abundan en la Vida,  
a quienes solo la muerte trata como iguales  
a los demás hombres, y ella me hizo sentir hombre.

# El diácono Taylor

Yo le pertenecía a la iglesia  
y al partido de la prohibición;  
y los del pueblo creyeron que había muerto de comer patilla.  
En verdad sufría de cirrosis del hígado  
porque cada mediodía durante treinta años  
me metí por debajo del precinto de la prohibición  
en la farmacia de Trainor  
y me serví un trago generoso  
de la botella rotulada  
*“Spiritus frumenti”*.

# Sam Hookey

Me fui de mi casa con el circo  
porque me enamoré de Mademoiselle Estralada,  
la domadora de leones.

Una vez, habiendo puesto a los leones  
a pasar hambre por más de un día,  
entré en la jaula y empecé a pegarle a Brutus,  
y a Leo, y a Gipsy.

Entonces Brutus me brincó encima,  
y me mató.

A mi entrada en estas regiones  
me tropecé con una sombra que me maldijo,  
y me dijo que lo tenía bien merecido...  
¡Era Robespierre!

# Cooney Potter

De mi padre heredé cuarenta acres,  
y con el trabajo de mi esposa, los dos hijos y dos hijas  
del amanecer al oscurecer, adquirí  
cien acres. Pero no contento con eso,  
pues quería llegar a los doscientos acres,  
bregué por años con el hacha y el arado,  
afanándome, olvidado de mí y olvidando a mi esposa y a los hijos.  
El juez de paz Higbee se equivoca conmigo cuando dice  
que morí de tanto fumar Red Eagle.  
Fue de comer pastel caliente y engullir café  
a las horas achicharradoras del tiempo de la cosecha  
lo que me trajo aquí, donde llevo ya seis años.

# El violinista Jones

La tierra mantiene viva una cierta vibración  
ahí en tu corazón, y eso eres tú.

Y si la gente descubre que tocas el violín,  
pues tendrás que tocar el violín, toda tu vida.

¿Qué miras, un campo de tréboles?

¿O un prado que atravesar para ir al río?

El viento en el maizal. Sobas las mazorcas  
casi listas para llevar al mercado.

O a lo mejor escuchas un susurro como de faldas  
de muchachas danzando en Little Grove.

Para Cooney Potter una columna de polvo que se levanta  
o un remolino de hojas significaban ruinoso sequía,  
a mí se me parecían a Sammy el Pelirrojo  
sacando el “Toor-a-Loor”.

¿Cómo iba yo a arar cuarenta acres, por no hablar de tener más,  
con ese torbellino de cornos y fagotes y flautas  
que cualquier cuervo, o gorrión, o chirriar de molino de viento—  
eso bastaba— me desataban en la cabeza?

Y jamás en la vida logré empezar a arar  
sin que alguno me detuviera en el camino  
para llevarme a un baile o a un picnic.

Terminé con mis cuarenta acres,  
terminé con un violín roto—

y una risa rota, y con mil recuerdos  
y ni un solo remordimiento.

# Nellie Clark

Tenía apenas ocho años  
y antes de crecer y saber lo que significaba  
ni tenía palabra para eso, solo  
que me dio miedo y se lo conté a mi madre,  
y que mi padre agarró una pistola  
y hubiera matado a Charlie, que era un muchachón  
de quince, excepto para su madre.  
Sin embargo el cuento siempre me persiguió.  
Pero el hombre que se casó conmigo, un viudo de treinta y cinco,  
era un forastero y no se enteró sino dos años después del matrimonio.  
Entonces se sintió engañado  
y el pueblo estuvo de acuerdo en que yo no era realmente virgen.  
Bueno, él me abandonó, y yo morí  
al invierno siguiente.

## Louise Smith

Herbert rompió nuestro compromiso de ocho años  
cuando Annabelle volvió al pueblo  
del colegio, ¡ay de mí!  
Si yo hubiese dejado tranquilo mi amor por él,  
se habría convertido en hermoso pesar—  
¿quién sabe?— y llenado mi vida de sanadora fragancia.  
Pero yo lo atormenté, y lo envenené,  
y le cegué los ojos, y se me volvió odio—  
hiedra ponzoñosa y no clemátide.  
Y se me cayó la planta del alma de su soporte,  
los zarcillos enmarañados de deterioro.  
No dejes que el afán juegue a ser jardinero de tu alma,  
a menos que estés convencida  
de que es más sabio que la naturaleza del alma tuya.

# Herbert Marshall

Todo ese pesar tuyo, Louise, y tu odio hacia mí,  
nacieron de la creencia de que fue mi crueldad  
de espíritu y el menosprecio de los derechos de tu alma  
lo que me hizo quedarme con Annabelle y dejarte a ti.  
De verdad maduraste para odiarme porque me querías,  
porque yo era la felicidad de tu alma,  
formado y forjado  
para resolver tu vida, pero no era así.  
Mas tú eras mi desdicha. ¿Acaso si tú hubieses sido mi felicidad  
no me hubiese aferrado a ti?  
Es esa la pena de la vida:  
que uno pueda ser feliz tan solo si ambos lo son;  
y que nuestros corazones sean atraídos por astros  
que no nos quieren.

# George Gray

He estudiado mucho  
el mármol que me esculpieron—  
una barca con la vela enrollada fondeada en puerto.

En verdad no describe mi destino  
sino mi vida.

Porque se me ofreció el amor, y me retraje por miedo a la desilusión,  
el pesar tocó mi puerta, y yo sentí temor,  
me llamó la ambición, pero le tuve miedo a los albures.

Y siempre anhelando un sentido en mi vida.

Y ahora sé que debemos izar la vela  
y tomar los vientos del destino  
hacia donde ellos quieran llevar la barca.

Darle sentido a la vida puede parar en locura,  
pero la vida sin sentido es el tormento  
del desasosiego y el deseo incierto—  
es una barca que añora el mar y, sin embargo, teme.

## El honorable Henry Bennett

Nunca se me ocurrió,  
sino ya presto para morir  
que Jenny me amaba para matarme,  
con malicia en el corazón,  
porque tenía treinta y cinco y yo setenta y cinco.  
Y me desgasté hasta reducirme a sombra tratando de cumplirle  
a Jenny, la sonrosada Jenny, llena de ardor de vida.  
Pero con toda mi sabiduría y mi mente despierta  
no le daba placer, es la pura verdad,  
y a cada momento hablaba de la fuerza enorme  
de Willard Shafer, y su increíble proeza  
de sacar el tractor de la zanja levantándolo  
aquella vez en lo de Georgie Kirby.  
Así que Jenny heredó mi fortuna y se casó con Willard—  
¡Esa montaña de músculos! ¡Esa alma de bufón!

# Griffy, el tonelero

Un tonelero debía conocer de barriles.

Pero yo aprendí también acerca de la vida,  
y usted, que holgazanea por entre estas tumbas,  
cree conocer la vida.

Usted cree que su mirada cubre un horizonte vasto,  
quizá en verdad no hace más que mirar  
el interior de su barril.

No se puede empujar hasta el borde  
y ver el mundo de las cosas allá afuera  
y a la vez contemplarse a sí mismo.

Está sumergido en el barril de usted mismo,  
y los tabúes y las reglas y las apariencias  
son las duelas de su barril.

¡Rómpalas y deshaga el hechizo  
de creer que su barril es la vida!  
¡Y el de creer que conoce la vida!

# Sexsmith, el dentista

¿Creen ustedes que fueron los sermones y las odas  
y el tañer de las campanas de la iglesia  
y la sangre de los ancianos y los jóvenes  
martirizados por la verdad que contemplaron  
con ojos iluminados por la fe en su Dios  
los que consumaron las grandes reformas del mundo?  
¿Creen ustedes que el Himno de Batalla de la República  
sería escuchado si la venta de esclavos  
se hubiese encaramado sobre el dólar dominante,  
a pesar de la desmotadora de Whitney  
y el vapor y la laminadora y el hierro  
y el telégrafo y el trabajador independiente blanco?  
¿Creen ustedes que a Daisy Fraser  
la hubiesen sacado y después expulsado  
si la fábrica de latas no necesitaba  
de su casita y de su terrenito?  
¿O piensan ustedes que al salón de póker  
de Johnnie Taylor y al bar de Burchard  
los hubiesen cerrado si al cerrarlos  
el dinero perdido y el gastado en cerveza  
no hubiesen ido a parar a manos de Thomas Rhodes  
para aumentar las ventas de calzado y frazadas  
y capitas para niños y cunas de roble?  
Pues sí, la verdad moral es una caries en un diente  
que hay que rellenar de oro.

## A. D. Blood

Si ustedes los del pueblo piensan que cumplí bien mi tarea  
de cerrar las cantinas y acabar con los juegos de cartas,  
y detener a la vieja Daisy Fraser para llevársela al juez Arnett,  
y tantas cruzadas para expurgar al pueblo del pecado,  
¿por qué entonces permiten que Dora, la de la sombrerera,  
y el inútil del hijo de Benjamin Pantier  
por las noches hagan de mi tumba su lecho de impudicia?

# Robert Southey Burke

Me gasté mi dinero para que lo eligieran alcalde,  
A. D. Blood.

Vertí en usted mi admiración.

Usted era en mi mente el hombre casi perfecto.

Se devoró mi personalidad,

y el idealismo de mi juventud

y la fuerza de una lealtad hecha nobleza

y todas mis esperanzas en el mundo

y todo lo que creía sobre la Verdad

fueron fundidas

al calor deslumbrante de mi devoción

y moldeadas a su imagen y semejanza.

Y entonces descubrí lo que usted era:

que su alma era pequeña

y falsas sus palabras

como sus dientes de porcelana azulada

y sus puños de camisa de celuloide.

Odié al amor que le tenía,

me odié a mí mismo, lo odié a usted

por mi alma malgastada,

y por mi juventud malgastada

y ahora les digo a todos, cuídense de los ideales,

cuídense de entregar su amor

a nadie que esté vivo.

# Dora Williams

Cuando Reuben Pantier huyó y me dejó tirada,  
me fui a Springfield. Allí conocí a un botarate  
que acababa de heredar una fortuna.  
Se casó conmigo en una borrachera. Se desgració mi vida.  
Al año lo encontraron muerto.  
Eso me volvió rica. Me mudé a Chicago.  
Con el tiempo me encontré a Tyler Rountree, un rufián.  
Me mudé a Nueva York. Un magnate de cabello gris  
enloqueció por mí. Otra fortuna.  
Murió una noche entre mis brazos, ustedes saben  
(por años seguí viendo aquella cara amoratada).  
Casi hubo un escándalo. Me mudé  
esta vez a París. Ahora ya era toda una mujer,  
insidiosa, artera, conoedora del mundo y rica.  
Mi lindo apartamento cerca de los Campos Elíseos  
era centro de toda clase de gente,  
músicos, poetas, dandis, artistas, nobles,  
y se hablaba francés y alemán, italiano, inglés.  
Me casé con el conde Navigato, natural de Génova.  
Nos fuimos a Roma. Pienso que él me envenenó.  
Ahora en el camposanto que mira al mar  
donde el joven Colón soñaba mundos nuevos  
vean ustedes lo que cincelaron: "*Contessa Navigato  
implora eterna quiete*".

# La señora Williams

Yo era la sombrerera  
de la que hablaron, de la que mintieron,  
la mamá de Dora,  
cuya extraña desaparición  
la achacaron a su crianza.  
Tenía yo buen ojo para la belleza,  
y veía mucho más allá de las cintas,  
y las hebillas y las plumas  
y la paja de Italia y los fieltros  
para resaltar las caras lindas  
y el cabello oscuro y el dorado.  
Les diré una cosa  
y otra les preguntaré:  
las robamaridos  
usan polvo y joyas de imitación  
y sombreros de moda.  
Úsenlos ustedes, señoras esposas.  
Los sombreros pueden provocar divorcios—  
también los previenen.  
Bien, ahora la pregunta:  
si a todos los niños nacidos en el pueblo  
los criara el distrito en una granja,  
y a los padres y las madres les diesen libertad  
para vivir y para gozar, y cambiar de pareja si les place,  
¿piensan ustedes que Spoon River  
hubiese sido mucho peor?

## William y Emily

¡Algo hay en la muerte  
que vale igual para el amor!  
Conoces la pasión con alguien  
y el fulgor del amor de juventud.  
Luego de años de vida juntos  
sientes que el fuego se apaga  
y así juntos ambos se extinguen,  
gradualmente, quedamente, sutilmente,  
en los brazos del otro,  
desvaneciéndose del cuarto compartido—  
¡Esa fuerza de fusión de las almas  
también la posee el amor!

# El juez del distrito

Tomen nota, paseantes, de la marcas de erosión  
que el viento y la lluvia moldean en mi lápida—  
pareciera que algún Némesis intangible o el odio  
se apuntasen tantos en mi contra,  
y para acabar con mi recuerdo, no para preservarlo.  
En vida fui juez del distrito, un verdadero marcador de tantos.  
Decidía los casos según los puntos que se anotasen los abogados,  
no según la legalidad del asunto.  
¡Ay, lluvia y viento, dejen en paz mi tumba!  
Porque peor que la ira de los mal juzgados,  
y la maldición de los pobres,  
es yacer sin habla, pero con la vista clara,  
viendo como hasta Hod Putt, el asesino  
colgado por sentencia mía,  
es un alma inocente comparado conmigo.

# Jack, el ciego

Pasé el día tocando el violín en la fiesta del distrito.  
Pero de vuelta a casa en el carro “Butch” Weldy y Jack McGuire,  
con una curda de los mil demonios,  
me hicieron tocar y volver a tocar la música de *Susie Skinner*,  
mientras azotaban a los caballos  
hasta que se desbocaron.  
Ciego como era, traté de salirme  
cuando el carro se cayó en la zanja  
y las ruedas me atraparon y me tritizaron.  
Aquí hay un ciego  
de frente grande y blanca como una nube.  
Y todos los violinistas,  
desde el más importante al menos valioso,  
los que escriben música y los contadores de historias,  
nos sentamos a sus pies  
y le escuchamos cantar la caída de Troya.

# John Horace Burleson

Me gané el primer premio de ensayo escolar  
aquí en el pueblo,  
y antes de los veinticinco publiqué una novela.  
Me fui a la ciudad a buscar temas y enriquecer mi arte;  
allá me casé con la hija del banquero,  
y más tarde llegué a presidente del banco—  
siempre a la espera de algún tiempo libre  
para mi novela épica sobre la guerra.  
Entre tanto, amigo de los grandes y amante de las letras,  
conocí a Matthew Arnold y a Ralph Waldo Emerson.  
Fui orador de sobremesa y escritor de ensayos  
para clubes locales. Al final me trajeron acá—  
mi hogar de la infancia, como ya saben—  
sin siquiera una plaquita en Chicago  
para preservar vivo mi nombre.  
¡Qué grande haber escrito este único verso:  
“Avanza en oleadas, océano azul, hondo y oscuro, avanza”!

# Nancy Knapp

Bueno, ¿no ven acaso que fue así como pasó?  
Compramos la granja con lo que él heredó,  
y hermanos y hermanas lo acusaron  
de haberle envenenado la mente a su padre  
en contra de ellos.  
Y nunca tuvimos algo de paz con nuestro tesoro.  
La peste se llevó el ganado y las cosechas jamás se dieron.  
Y el rayo cayó sobre el granero.  
Hipotecamos la granja para seguir adelante  
y ahora él hizo su vida preocupado y silencioso.  
Varios de los vecinos dejaron de hablarnos  
y se pusieron de parte de sus hermanos y hermanas.  
Y yo no sabía para dónde coger, ya no era como antes,  
que uno podía decirse “No importa,  
fulano de tal es amigo mío”, o “Me puedo zafar de esta  
con un viajecito a Decatur”.  
Entonces los hedores más espantosos impregnaron los cuartos.  
Les pegué candela a las camas y la vieja casa embrujada  
fue una sola llama rugiente  
y yo danzaba en el patio agitando los brazos  
mientras él lloraba como un novillo que se muere de frío.

# Barry Holden

El mismo año en que Nancy Knapp, mi hermana,  
le pegó candela a la casa,  
juzgaron al doctor Duval  
por el asesinato de Zora Clemens,  
y yo fui a sentarme en la corte durante dos semanas  
para poder oír a todos los testigos.

Estaba claro que él le había puesto una barriga,  
y lo de dejar nacer al muchacho,  
ni modo.

¿Y bueno, qué tal yo con mis ocho muchachos  
y uno en camino y la granja  
hipotecada a Thomas Rhodes?

¡Y cuando llego a casa esa noche  
(después de escuchar la historia del paseo en coche  
y el hallazgo de Zora en la cuneta),  
lo primero que veo, ahí mismo a un lado de la escalera,  
donde los muchachos cavaron buscando lombrices,  
es el hacha!

Y nada más al entrar, ahí estaba mi esposa,  
parada frente a mí, voluminosa por el bebé.  
Empezó a hablar de la granja hipotecada  
y la maté.

# El procurador del Estado, Fallas

Yo, el del látigo en mano, el derribador de la balanza  
el castigador con azote y con espada;  
yo, el odiador de los infractores de la ley;  
yo, el legalista, inexorable y estricto,  
que induje al juzgado a colgar al loco Barry Holden,  
quedé como muerto por una luz  
demasiado brillante para la vista,  
y desperté para encarar a la Verdad en su rostro sangriento:  
fórceps de acero en manos de un doctor chapucero  
apretando el cráneo de mi muchacho cuando vino a la vida  
lo hicieron idiota.  
Acudí a los libros de ciencia  
para cuidar de él.  
Entonces el mundo de las mentes enfermas  
se volvió mi ocupación en la vida, y mi mundo entero.  
¡Pobre muchacho destruido! A fin de cuentas fuiste el alfarero  
y yo y todos mis actos de caridad  
las vasijas que tus manos hicieron.

# Wendell P. Bloyd

Me acusaron primero de alterar el orden público,  
pues no había legislación sobre la blasfemia.  
Luego me encerraron por insania  
y un guardián católico me mató de una golphiza.  
Este fue mi delito:  
decir que Dios le mintió a Adán y lo condenó  
a una vida de idiota,  
ignorante de que en el mundo igual que hay bien, hay mal.  
Y cuando Adán burló a Dios comiéndose la manzana  
y logró ver por entre la mentira,  
Dios lo echó del Edén para que no tomara  
la fruta de la inmortalidad.  
Por amor a Cristo, ustedes, que son gente sensata,  
vean lo que Dios mismo dice en el libro del Génesis:  
“Y Dios Nuestro Señor dijo: ‘He aquí al hombre,  
ya es como uno de nosotros’ (un poquito celoso, como se ve),  
‘para distinguir entre el bien y el mal’  
(la mentira del todo-es-bueno al descubierto)  
‘no vaya a ser ahora que alargue la mano y tome también  
del árbol de la vida y coma, y viva para siempre’:  
por eso Dios Nuestro Señor lo echó fuera del jardín del Edén”  
(creo que la razón por la que Dios crucificó a Su Propio Hijo  
para salir del lastimoso enredo fue porque tal cosa  
era muy propia de Él).

# Francis Turner

Cuando niño  
no podía correr ni jugar.  
Ya de adulto, no podía beberme la taza,  
sorberla nada más.  
Porque la escarlatina me enfermó el corazón.  
Pero aquí yazgo  
sosegado por un secreto que solo Mary sabe:  
hay un jardín de acacias,  
con catalpas y árboles que adornan las enredaderas  
—allí, en aquella tarde de junio,  
yo al lado de Mary—  
besándola con el alma en los labios,  
ella echó a volar.

# Franklin Jones

Si hubiese logrado vivir otro año,  
habría terminado mi máquina voladora,  
y sería rico y famoso.

Así es que acertó el operario  
que trató de cincelarme una paloma  
y le salió más bien una gallina.

¿Y acaso no se trata todo  
sino tan solo de romper el cascarón  
y correr alrededor del patio  
hasta llegado el día del degüello?

¡A no ser que sea un hombre con la mente de ángel  
que divise el hacha desde un comienzo!

# John M. Church

Fui el abogado de la “Q”  
y de la compañía de indemnizaciones que aseguraba  
a los propietarios de la mina.  
Yo tiraba de los hilos del juez y del jurado  
y de las cortes de apelaciones, y derrotaba las demandas  
de los lisiados, las viudas y los huérfanos,  
y amasé una fortuna con eso.  
La asociación de abogados entonó mis alabanzas  
en una nota rimbombante,  
y fueron muchas las ofrendas florales—  
pero las ratas me devoraron el corazón,  
y una serpiente anidó en mi cráneo.

## Sonia la Rusa

Yo, nacida en Weimar  
de madre francesa y padre alemán,  
un profesor cultísimo,  
fui huérfana a los catorce,  
me hice bailarina, Sonia la Rusa me llamaban,  
subí y bajé por los bulevares de París,  
amante ocasional de un muestrario de duques y de condes,  
y luego de artistas y poetas pobres.  
A los cuarenta, *passée*, intenté Nueva York  
y conocí al viejo Patrick Hummer en el barco,  
rubicundo y vigoroso, aunque pasaba los sesenta,  
de regreso de vender un cargamento  
de ganado en esa ciudad de Alemania, Hamburgo.  
Él me trajo a Spoon River y aquí vivimos  
por veinte años —¡creían ellos que estábamos casados!  
Ese roble a mi lado es el lugar que los azulejos prefieren  
para chacharear y chacharear todo el día.  
¿Y por qué no? Si mi propio polvo se ríe  
al pensar en esa cosa del humor llamada vida.

# Isa Nutter

El doctor Meyer dijo que tenía satiriasis,  
y el doctor Hill la llamó leucemia—  
mas yo sé bien lo que me trajo aquí:  
era de sesenta y cuatro, pero fuerte como uno  
de treinta y cinco o cuarenta.  
Y no fue por escribir una carta al día,  
y no fue por trasnocharme siete noches por semana,  
y no fue por el dolor de estar pensando en Minnie,  
y no fue por el miedo o pánico de los celos,  
o la incumplible tarea de sondear  
su mente prodigiosa, o por simpatía  
con la vida miserable que llevó  
con el primer marido y el segundo—  
nada de eso me llevó a la fosa—  
sino el griterío de las hijas y las amenazas de los hijos,  
y los desplantes y las maldiciones de todos mis parientes,  
hasta el día en que me escabullí a Peoria  
y me casé con Minnie a pesar de ellos—  
¿Y por qué se extrañan de que hiciera mi testamento  
a favor de la más pura de todas las mujeres?

# Barney Hainsfeather

Si el tren del paseo a Peoria  
nada más se descarrila, seguramente  
habría escapado con vida—  
y me habría salvado de estar aquí.  
Pero además se quemó, y me tomaron por John Allen,  
al que mandaron al cementerio judío  
de Chicago,  
y a John por mí, así que aquí llegué.  
Ya era bastante malo manejar una tienda de ropa en este pueblo,  
para encima de eso estar enterrado acá... *jach!*

## Petit, el poeta

Semillas en una vaina seca, tic, tic, tic,  
tic, tic, tic, como una pelea de insectos—  
yambos delicados que la brisa pura despierta—  
y con ellos el pino compone una sinfonía.  
Tercetos, villanelas, rondeles y rondós,  
baladas a granel con la misma vieja idea:  
las nieves y las rosas del ayer se han ido  
¿y qué es el amor sino una rosa que se marchita?  
La vida en torno mío aquí en el pueblo:  
tragedia, comedia, valentía y verdad,  
coraje, constancia, heroísmo y fracaso—  
todo en el telar ¡y con qué colores!  
Bosques, prados, arroyos y ríos—  
ciego para ellos fui toda la vida.  
¿Tercetos, villanelas, rondelas y rondós  
semillas en una vaina seca, tic, tic, tic,  
qué yambos tan pequeños  
mientras Homero y Whitman rugían en los pinos?

# Pauline Barrett

¡Casi una cáscara de mujer tras el cuchillo del cirujano!  
y casi un año arrastrándome para recuperar fuerzas  
hasta que el amanecer de nuestro décimo aniversario  
me encontró de nuevo parecida a mí misma.  
Caminamos juntos por la arboleda,  
por un sendero de musgo y césped silencioso,  
pero no te podía mirar a los ojos  
y tú no podías mirarte en los míos,  
por esa tristeza nuestra—  
ya asomaban tus canas  
y yo no era más que una cáscara de mí.  
¿Y de qué hablamos? —del cielo y del agua,  
de todo, casi, para ocultar lo que pensábamos.  
Y entonces tu regalo de rosas silvestres,  
puesto sobre la mesa para adornar nuestro almuerzo.  
¡Pobre amor mío, qué enorme esfuerzo hiciste  
para imaginar y vivir una pasión recordada!  
Luego mi ánimo decayó cuando vino la noche  
y me dejaste sola en el cuarto por un rato  
como cuando era tu novia, pobre amor mío.  
Y me miré en el espejo y algo me dijo:  
“Una debería estar muerta del todo cuando ya está muerta a medias—  
y no remedar la vida, y no copiar el amor”.  
Y aquí lo hice, mirándome al espejo—  
¿Querido, lo has entendido al fin?

# La esposa de Charles Bliss

El reverendo Wiley me aconsejó no divorciarme  
por el bien de los niños,  
y el juez Somers me dio el mismo consejo.  
Así que seguimos juntos hasta el fin del camino.  
Pero dos de los muchachos le daban la razón,  
y dos de los muchachos me daban la razón.  
Y los dos de su lado me echaban la culpa  
y los dos de mi lado le echaban la culpa.  
Y cada pareja se afligía por su preferido,  
desgarrados todos de tanto enjuiciamiento,  
y el alma triturada de no podernos amar  
a los dos.

Pues bien, los jardineros saben que la planta que nace en un sótano,  
o bajo las piedras, crece torcida, amarillenta y débil.  
Y una madre no debe dar de mamar  
leche enferma.

Pero los predicadores y los jueces aconsejan que se críen almas  
donde no les da el sol, sino solo media luz,  
ni el calor, sino solo frío y humedad—  
¡Los predicadores y los jueces!

# La señora de George Reece

A los de esta generación les diría:  
memoricen un trocito de poesía de la verdad o de la belleza.  
Podría serles útil en algún momento de la vida.  
Mi esposo nada tuvo que ver  
con la caída del banco —era un simple cajero.  
El culpable de la ruina fue el presidente, Thomas Rhodes.  
Y también su hijo, inútil e inescrupuloso.  
Pero a mi esposo lo mandaron a la cárcel,  
y yo me quedé sola con los niños,  
a alimentarlos y vestirlos y educarlos.  
Y lo hice, y los solté al mundo  
bien limpios y fuertes.  
Todo siguiendo la máxima del poeta Pope:  
“Cumple bien tu papel, allí radica todo el honor”.

# El reverendo Lemuel Wiley

Prediqué cuatrocientos sermones,  
conduje cuarenta asambleas  
y bauticé a muchísimos conversos.  
Pero no hubo hecho mío  
que brillase con más fuerza en la memoria del mundo,  
ni que yo atesore más, que este:  
ver como salvé a los Bliss del divorcio,  
y así libré a sus niños de semejante desgracia,  
para desarrollarse como hombres y mujeres de bien,  
felices con ellos mismos, un orgullo para todo el pueblo.

## Thomas Ross, hijo

Esto lo vi con mis propios ojos:  
una venceja  
hizo nido en un agujero del talud arcilloso  
por los lados de Miller's Ford.  
Pero en cuanto los pichones rompieron el cascarón  
una serpiente subió reptando al nido  
para devorar su cría.  
Entonces la venceja  
atacó a la serpiente en veloz revoloteo  
entre fuertes chillidos  
y la cegó batiéndole las alas  
hasta que cayó talud abajo  
retorciéndose y retrayendo la cabeza,  
en el mero río Spoon, y ahí se ahogó.  
No había transcurrido ni una hora  
cuando vino un alcaudón  
y empaló a la venceja en una espina.  
En lo que a mí respecta, superé mis bajos instintos,  
pero me destruyó la ambición de mi hermano.

# El reverendo Abner Peet

No hubiese puesto ninguna objeción  
a la subasta de los enseres de mi hogar  
en la plaza del pueblo.  
Le daba la oportunidad a mi querida grey  
de tener como recuerdo algo que yo había poseído.  
¡Pero aquel baúl que se llevó  
Burchard, el bodeguero!  
¿No sabían que en él guardaba los manuscritos  
de toda una vida de sermones?  
Y él los quemó como papel inútil.

# Jefferson Howard

¡Mi valeroso combate! Valeroso lo llamo  
con las creencias de mi padre, virginiano viejo:  
odio a la esclavitud, pero igual a la guerra.  
Yo, pleno de ánimo, de audacia, de coraje,  
lanzado a la vida aquí en Spoon River  
y su poder dominante de Nueva Inglaterra,  
republicanos, calvinistas, comerciantes, banqueros,  
todos odiándome, pero a la vez temiendo mi brazo.  
Con la pesada carga de una mujer y niños—  
los frutos de mis disfrutes de la vida.  
Hurtador de placeres que me costaron prestigio  
y cosechador de demonios que nunca sembré;  
enemigo de la iglesia con su moho de tumba,  
amigo de la calidez humana de la taberna;  
enredado en destinos que me eran ajenos,  
abandonado de manos que creí como mías.  
Y ahora siento que mi fuerza de gigante  
pierde el aliento, pues veo la vidas de mis hijos  
crecer retorcidas en jardines de extraños—  
¡Y yo plantado en pie, solitario, solitario como al inicio!  
¡Mi vida valerosa! Morí sobre mis pies,  
enfrentado al silencio— enfrentado al acaso  
de que nadie se entere del combate que di.

# El juez Selah Lively

Supóngase que usted no pasaba del metro y medio,  
y se abrió camino como empleado de abasto,  
estudiando derecho a la luz de una vela,  
hasta llegar a abogado.

Y luego suponga que gracias a su diligencia  
y asistir regularmente a la iglesia  
llegó a ser abogado de Thomas Rhodes,  
el cobrador de los pagarés y las hipotecas  
y representante de todas las viudas  
ante el tribunal sucesorio. Y todo ese tiempo  
la gente burlándose de su estatura, y riéndose de su ropa  
y sus botas pulidas. Y suponga entonces  
que llegó a juez del distrito.

Y Jefferson Howard y Kinsey Keene  
y Harmon Whitney y todos los gigantes  
que te menospreciaban se ven obligados a estar de pie  
ante la barra y llamarte “Su Señoría”—  
Bueno, ¿no le parece natural  
que les haya puesto difíciles las cosas?

# Albert Schirding

Jonas Keene pensaba que tenía mala pata  
porque todos sus hijos le salieron fracasados.  
Pero yo conozco peor suerte que esa:  
ser un fracasado cuando todos tus hijos triunfan.  
Pues yo crié una nidada de águilas  
que al final alzaron vuelo y me dejaron  
como cuervo en rama abandonada.  
Entonces, con la ambición de agregarle un “Honorable”  
a mi apellido  
y así ganar la admiración de los muchachos,  
me postulé para superintendente de escuelas del distrito,  
y me gasté mis ahorros en ganar— pero perdí.  
Ese otoño mi hija recibió en París el primer premio  
por su cuadro *El molino viejo*—  
(era el molino de agua que luego Henry Wilkin hizo de vapor).  
El sentimiento de no ser digno de ella acabó conmigo.

# Jonas Keene

¿Por qué se mató Albert Schirding,  
que aspiraba a superintendente de escuelas del distrito,  
bendecido como estaba por la buena posición económica  
y unos hijos maravillosos, que lo honraron  
antes de llegar a los sesenta?

Si siquiera uno de los míos hubiese servido para un quiosco de periódicos  
o una de las mías se hubiese casado con un hombre decente,  
yo no habría salido a caminar bajo la lluvia  
para meterme en cama con la ropa empapada  
y rechazar que me atendiera el médico.

# Eugenia Todd

¿Alguno de ustedes, transeúntes,  
ha padecido un dolor inacabable en una muela vieja?  
¿O un dolor de costado que no termina nunca de dejarte?  
¿O un tumor maligno que crece con el tiempo?  
¿De manera que hasta en el sueño más profundo  
está ahí la brumosa conciencia  
o el fantasma del recuerdo  
de la muela, el costado, el tumor?  
¡De igual modo un amor contrariado, o una ambición frustrada,  
o un tropezón en la vida que te la haya embrollado  
sin remedio, hasta lo último,  
flotará, como una muela o un dolor de costado,  
entre tus sueños en el sueño final,  
hasta que ya liberada de la esfera del mundo  
venga a ti como al que despierta  
curado y alegre en la mañana!

# Yee Bow

Me pusieron en la escuela dominical  
en Spoon River  
y trataron de cambiarme a Confucio por Jesús.  
No me habría ido peor  
si yo hubiera tratado de cambiarles  
a Jesús por Confucio.  
Porque sin ninguna advertencia,  
como quien hace travesura,  
a hurtadillas tras de mí, Harry Wiley,  
el hijo del pastor, me enterró las costillas en los pulmones  
de un solo puñetazo.  
Ahora no dormiré con mis antepasados en Pekín,  
y no habrá hijo que rece ante mi tumba.

# Washington McNeely

Rico, honrado por mis conciudadanos,  
padre de muchos hijos nacidos de madre noble,  
todos criados allá,  
en la gran mansión en las afueras,  
¡vean ese cedro en el prado!  
Envié a los muchachos a Ann Arbor, a las chicas a Rockford,  
y seguí viviendo para la riqueza y los honores—  
descansando al atardecer bajo mi cedro.  
Pasaron los años.  
Envié a las muchachas para Europa;  
les di su dote cuando se casaron.  
A los muchachos les di también dinero para abrir negocios.  
Eran chicos fuertes, prometedores  
como manzanas con la piel intacta.  
Pero John huyó de la comarca, arruinado.  
Jenny murió dando a luz—  
me senté bajo mi cedro.  
Harry se mató después de pervertirse,  
Susan se divorció—  
me senté bajo mi cedro.  
Paul se malogró de tanto estudio,  
Mary se recluyó en casa por el amor de un hombre—  
me senté bajo mi cedro.  
Se me fueron todos con las alas rotas o los tragó la vida—  
me senté bajo mi cedro.  
Mi compañera, la madre de mis hijos, me fue llevada—

me senté bajo mi cedro,  
hasta que repicaron mis noventa.  
¡Oh, madre tierra, que arrullas la hoja caída hasta que duerme!

# Paul McNeely

¡Querida Jane! ¡Jane querida y bella!  
¿Cómo te colaste en el cuarto (donde yacía tan enfermo)  
con toca de enfermera y puños de lino,  
y me tomaste de la mano para decirme sonriendo:  
“No estás tan enfermo, pronto estarás bien”?  
¿Y cómo el húmedo cuidado de tus ojos  
entró en los míos como el rocío que resbala  
hasta el corazón de la flor?  
¡Querida Jane! ¡Ni la fortuna entera de los McNeely  
podía haber comprado tus cuidados,  
día y noche, noche y día;  
ni pagado tu sonrisa, ni el calor de tu alma,  
en tus manos pequeñas sobre mi frente.  
Jane, hasta que se apagó la llama de la vida  
en la tiniebla sobre el disco de la noche  
anhelé y esperé sanar de nuevo  
para posar la cabeza en tus senos pequeños,  
y abrazarte muy fuerte con todo mi amor—  
¿Te tomó en cuenta mi padre cuando murió,  
Jane, querida Jane?

# Mary McNeely

Transeúnte,  
amar es hallar tu propia alma,  
gracias al alma del ser amado.  
Cuando el amado se retrae de tu alma  
entonces tú has perdido la tuya.  
Está escrito: “Tengo un amigo,  
mas mi pesar no tiene amigos”.  
De ahí mis largos años de soledad en casa de mi padre,  
intentando recobrar  
y convertir mi pesadumbre en altura del espíritu.  
Pero estaba mi padre con los pesares suyos  
sentado bajo su cedro,  
un cuadro que al final caló en mi corazón  
y me trajo un reposo infinito.  
¡Oh, almas que se han hecho una vida  
fragante y blanca como los nardos  
nacidos de la tierra negra,  
tengan ustedes eterna paz!

# Daniel M'Cumber

Cuando me fui a la ciudad, Mary McNeely,  
pensaba volver a ti, claro que sí.  
Pero Laura, la hija de la casera,  
pudo meterse en mi vida, y me atrapó.  
Pasa el tiempo, ¿y a quién conozco? A Georgina Miner,  
de Niles, ese brote de amor libre en los jardines  
furieristas florecidos antes de la guerra por todo Ohio.  
Su amante picaflor se había hartado de ella  
y recurrió a mí por mi fuerza y mi consuelo.  
Ella era de esa especie de criaturas que lloran  
y uno alza en brazos y te empapan la cara,  
la nariz goteándoles,  
y vacían sobre ti toda su esencia;  
después muerden tu mano y echan a correr.  
¡Y ahí te quedas, sangrando y husmeando al cielo!  
Pues sí, Mary McNeely, yo no merecía  
ni besar el ruedo de tu vestido.

# Georgine Sand Miner

Una madrastra me corrió de casa, y me amargó.  
Un picaflor, sinvergüenza y diletante, me desfloró.  
Fui por años su querida— sin que nadie supiera.  
Aprendí de él la astucia del parásito  
que aprovecha a los demás a escondidas, como la pulga al perro.  
Y todo el tiempo nada más que “amiga íntima”  
de diferentes hombres.  
Entonces Daniel, el radical, me tomó durante años.  
Su hermana me llamó su querida,  
y Daniel me escribió: “¡Palabra vergonzosa, que infama nuestro amor hermoso!”  
Pero mi rabia se enroscó y alistó sus colmillos.  
Mi amiga lesbiana entró en juego entonces,  
ella odiaba a la hermana de Daniel.  
Y Daniel despreciaba a su marido diminuto.  
Y ella vio la oportunidad de una estocada con veneno:  
¡que me quejara con la esposa del acoso de Daniel!  
Pero antes le rogué que voláramos a Londres.  
“¿Y por qué no quedarnos aquí, como hasta ahora?”, preguntó.  
Ahí me sumergí para vengar su rechazo  
en brazos de mi amigo el diletante. Y volví a la superficie,  
con la carta que Daniel me escribió en la mano,  
para probar mi honor intacto, y la mostré a su esposa,  
a mi amiga lesbiana y a todo el universo.  
¡Si Daniel me hubiese dado el tiro de muerte, nada más,  
sin dejarme desnuda de mentiras,  
como ramera en cuerpo y alma!

# Thomas Rhodes

Muy bien, ustedes liberales  
y navegantes de los predios del intelecto,  
marineros de las alturas de la imaginación,  
que los vientos erráticos dispersan y hacen caer en baches de aire,  
ustedes, las Margaret Fuller Slack, los Petit  
y los Tennessee Claflin Shope—  
al final supieron, con todo y su tan cacareada sabiduría,  
lo difícil que es  
evitar que el alma se fragmente en átomos celulares,  
mientras nosotros, los buscadores de tesoros terrenales,  
atesoradores de montones de oro,  
permanecemos enteros, compactos, en armonía  
incluso en el final.

# Ida Chicken

Tras asistir a tantas conferencias  
en nuestro Chautauqua, y estudiar francés  
por treinta años, y conocerme la gramática  
casi de memoria,  
pensé en dar un viaje a París  
y terminarme de pulir.

Así que fui a Peoria a sacar el pasaporte—  
(Thomas Rhodes iba en el tren esa mañana).

Y allí el oficial de la corte del distrito  
me hizo jurar que apoyaría y defendería  
la Constitución— ¡sí, me hizo jurar,  
a mí, que no podría defenderla o apoyarla para nada!  
¿Y qué creen ustedes? ¡Esa misma mañana  
el juez federal, en la sala vecina a la de mi juramento,  
decidía que la Constitución  
eximía a Thomas Rhodes del pago de impuestos  
por el servicio de aguas de Spoon River.

# Penniwit, el artista

Perdí mi clientela en Spoon River  
tratando de enfocar con la mente  
y captar el alma de los retratados.  
La mejor foto que logré tomar  
fue la del juez Somers, procurador judicial.  
Se sentó todo tieso y me hizo aguardar  
hasta que enderezó su ojo bizco.  
Y cuando estuvo listo me dijo: “¡Ahora sí!”  
Ahí grité yo “¡denegada!” y el ojo se le volteó.  
Y lo capté igualito como solía mirar  
cuando decía “yo objeto”.

# Jim Brown

Cuando regentaba el Dom Pedro  
averigüé lo que divide la raza de los nacidos  
para cantar *Pavo entre la paja* o *Hay una fuente llena de sangre*  
(como la cantaba Rile Potter allá en la Concord);<sup>3</sup>  
para jugar a las cartas o asistir  
a la charla sobre la tierra santa del reverendo Peet;  
para mover el esqueleto o pasar el cepillo en la misa;  
para la *Pinafore*<sup>4</sup> o los himnos en la escuela dominical;  
para la humanidad o para el dinero,  
para el pueblo o en su contra.

Y era esto:

El reverendo Peet y la Sociedad de las Buenas Costumbres,  
con la esposa de Ben Pantier a la cabeza,  
acudieron a los notables del pueblo  
y exigieron que me obligaran a mudar el Dom Pedro  
del granero de Wash McNeely, en el límite del pueblo,  
a una granja fuera de la jurisdicción,  
con el argumento de que corrompía la moral pública.  
Bien, Ben Pantier y el violinista Jones salvaron el día—  
opinaron que era como espantar a los potros del corral.<sup>5</sup>

.....

3 La iglesia Concord Church, al norte de Petersburg.

4 *H.S.M. Pinafore*, ópera cómica de Gilbert y Sullivan.

5 Esto era una crítica excesiva a los caballos jóvenes, tocando una cuerda muy sensible en una cultura centrada en torno al caballo.

# Robert Davidson

Engordé espiritualmente alimentándome del alma de los hombres.

Al ver un alma fuerte

le hería el orgullo y devoraba su fuerza.

Los refugios de la amistad supieron de mi astucia,

pues donde pude robar a un amigo lo hice.

Y cuanta vez pude agrandar mi poder

minando una ambición, lo hice,

para satisfacer la mía.

Y para mí era un placer

triunfar sobre otras almas

solo por afirmar y probar mi fuerza superior,

para mi disfrute,

por el puro regocijo de la gimnasia del alma.

Habría vivido para siempre devorando almas.

Pero sus restos indigestos me ocasionaron

una nefritis mortal;

con miedo, inquietud, derrumbe del espíritu,

el odio, la sospecha, la visión nublada.

Por último me desplomé con un alarido.

Recuerden que tigre no come tigre.

## Elsa Wertman

Yo era una campesina alemana  
de ojos azules, tez sonrosada, feliz y fuerte.  
Trabajé primero en casa de los Greene,  
y un día de verano, estando ella ausente,  
Thomas se metió en la cocina y me tomó  
entre sus brazos y me besó en el cuello cuando volteé.  
Después ninguno de los dos  
parecía entender lo que había pasado.  
Yo lloraba por lo que iba a ser de mí.  
Y lloré y lloré cuando mi secreto comenzó a asomar.  
Un día la señora Green dijo que comprendía  
y que no formaría ningún lío por mí  
(él le dio una granja para suavizarla).  
Y ella se escondió en la casa y sembró rumores,  
como si lo que venía le vendría a ella.  
Y todo marchó bien y el niño nació— Ellos  
fueron muy buenos conmigo.  
Luego me casé con Gus Wertman y los años pasaron.  
Pero en los mítines de la campaña, cuando los presentes pensaban que lloraba  
por la elocuencia de Hamilton Greene,  
no era por eso.  
¡No! Yo quería decirles:  
¡Ese es mi hijo! ¡Ese es mi hijo!

# Hamilton Greene

Yo fui el único hijo de Frances Harris, de Virginia,  
y Thomas Greene, de Kentucky.  
De sangre valiente y honorable ambos.  
A ellos les debo todo cuanto fui,  
juez, miembro del Congreso, directivo del Gobierno.  
Heredé de mi madre la vivacidad,  
la imaginación, la habilidad para hablar;  
de mi padre,  
la fuerza de voluntad, el buen juicio, la lógica.  
¡Para ellos sea todo el honor  
por lo útil que haya podido serle al pueblo!

# Ernest Hyde

Mi mente era un espejo:  
veía lo que él veía, sabía lo que él sabía.  
De joven mi mente no era más que un espejo  
en un auto a toda velocidad  
que atrapa y deja escapar fragmentos del paisaje.  
Con el tiempo  
al espejo se le hicieron rayones  
que dejaban entrar al mundo de afuera.  
Y es que así nace el alma que pena,  
con ganancias y pérdidas.  
La mente ve al mundo como cosa aparte,  
pero el alma se fusiona con el mundo.  
Un espejo rayado no refleja imagen—  
ese es el silencio de la sabiduría.

# Roger Heston

Ah, cuántas veces discutí con Ernest Hyde  
sobre el libre albedrío.

Mi metáfora favorita era la vaca de Prickett:  
atada para pastar, el largo de su libertad  
igual al de la cuerda.

Un día lo discutimos, mirando a la vaca  
tirar de la cuerda para salir del círculo sin pasto  
que ya había pacido.

Se soltó la estaca. Sacudiendo la testa,  
la vaca se lanzó a la carrera tras nosotros.

“¿Y eso qué es, libertad de albedrío?”, gritó Ernest, corriendo.  
Me caí justo cuando tiró la cornada, y me mató.

# Amos Sibley

Nunca tuve carácter, ni fortaleza ni paciencia,  
aunque el pueblo creyese lo contrario  
por soportar a mi esposa mientras predicaba,  
haciendo el trabajo que Dios me asignó.  
La detestaba por desfachatada, por impúdica.  
Supe de todos sus tantos adulterios.  
Pero aun así, si me divorciaba  
tendría que olvidar mi sacerdocio.  
¡Y para cumplir la tarea de Dios y recoger su cosecha  
cargué con ella!  
¡Cómo me mentí a mí mismo!  
¡Cómo le mentí a Spoon River!  
Probé a ser conferencista, me postulé para la legislatura,  
tragué libros, con una sola idea en mente:  
si así hago dinero, me divorcio de ella.

# La señora Sibley

El secreto de las estrellas: la gravitación.  
El secreto de la tierra: los estratos de rocas.  
El secreto del suelo: recibir la semilla.  
El secreto de la semilla: la germinación.  
El secreto del hombre: la siembra.  
El secreto de la mujer: el suelo.  
Mi secreto: bajo un montículo que jamás hallarás.

# Adam Weirauch

Entre Altgeld y Armour me trituraron.

Perdí muchos amigos, mucho tiempo y dinero  
peleando por Altgeld, al que Whedon, el director del diario,  
denunció como candidato de los apostadores y los anarquistas.

Entonces Armour empezó a despachar carne en conserva en Spoon River  
y me forzó a cerrar mi matadero,  
y mi carnicería se vino abajo.

Las nuevas fuerzas de Altgeld y de Armour me atraparon  
a la vez.

Pensé que para recobrar el dinero perdido  
y reemplazar los amigos que me abandonaron  
bastaría que el gobernador me nombrara comisionado del transporte.

Pero nombró a Whedon, el del *Argos* de Spoon River.

Así que competí para la legislatura y me eligieron.

Mandé al demonio los principios y le vendí mi voto  
a la franquicia del tranvía de Charles T. Yerkes.

Por supuesto, fui uno de los tipos que atraparon.

¿Quién fue entonces el que me arruinó,

Armour, Altgeld o yo mismo?

# Ezra Bartlett

Capellán del ejército,  
capellán de prisiones,  
predicador en Spoon River,  
ebrio de divinidad, Spoon River—  
y con todo llevé a la deshonra a la pobre Eliza Johnson,  
y a mí a la desdicha y al escarnio.  
¿Acaso ustedes no verán nunca que el amor a las mujeres,  
y hasta el amor al vino,  
estimulan al alma hambrienta de divinidad para llegar  
a la visión extasiada y contemplar  
las avanzadas del cielo?  
Solo después de muchas pruebas de fuerza,  
solo después del fracaso de todos los estimulantes  
puede el alma que anhela,  
con su propia fuerza diáfana,  
hallar lo divino  
apoyada en sí misma.

# Amelia Garrick

Sí, yazgo aquí, cerca de un rosal atrofiado  
en un lugar que nadie recuerda, no lejos de la cerca  
sobre la que la maleza del bosque de Siever  
ha crecido expandiéndose.

Y tú, tú eres una gran dama en Nueva York,  
la esposa de un famoso millonario,  
un nombre de las páginas sociales,  
bella, admirada, quizás magnificada  
por el espejismo de la lejanía.

Tú tuviste éxito, yo fracasé  
a los ojos del mundo.

Tú estás viva, yo estoy muerta.

Pero sé que mi espíritu venció al tuyo;  
y que al yacer aquí, lejos de ti,  
sin que me escuchen tus grandes amigos  
del mundo brillante en que te mueves,  
soy el poder indoblegable sobre tu vida  
que te despoja del triunfo total.

# John Hancock Otis

En lo tocante a democracia, conciudadanos,  
ustedes no están preparados para admitir  
que yo, que heredé riquezas y fui rico de cuna,  
no era segundo de nadie en Spoon River  
en devoción a la causa de la Libertad,  
mientras Anthony Finlay, contemporáneo mío,  
nacido en una choza y que se inició en la vida  
como cargador de agua para los obreros,  
y al crecer llegó a obrero él mismo,  
y después a capataz de cuadrilla, hasta elevarse  
a la superintendencia del ferrocarril  
y vivir en Chicago,  
era un auténtico negrero,  
opresor de los trabajadores  
y enemigo acérrimo de la democracia.  
Y te lo digo a ti, Spoon River,  
y a ti, la República,  
cuídense del hombre que asciende hasta el poder  
viniendo de abajo.

# Anthony Findlay

Así para el país como para el hombre,  
e igual para un país y un solo hombre,  
mejor es ser temido que amado.  
Y si para este país mejor sería  
romper con la amistad de todas las naciones  
que entregarles las riquezas,  
yo digo también que para un hombre  
peor sería perder el dinero que los amigos.  
Y rasgo la cortina que cubre el alma  
de una vieja aspiración:  
cuando el pueblo clama por su libertad  
lo que busca en verdad es dominar al poderoso.  
Yo, Anthony Findlay, que me elevé hasta la grandeza  
desde humilde cargador de agua,  
hasta poder ordenarle a miles “Vengan”  
y ordenarle a miles “Váyanse”,  
afirmo que ninguna nación será buena jamás,  
ni le irá bien  
si no son los fuertes y los sabios quienes tengan la vara  
para usarla con los tontos y los débiles.

# John Cabanis

Ni la inquina, conciudadanos,  
ni las omisiones de la ineptitud,  
ni la anarquía y el derroche  
bajo el gobierno de la democracia en Spoon River  
pudieron lograr que abandonara el bando de la ley y el orden  
y comandara el bando liberal.  
¡Conciudadanos! Veo, como dotado del poder de la visión,  
que cada uno de los millones de hombres  
que se entregan a la Libertad  
y fracasan donde la Libertad fracasa  
tolerando el derroche y la anarquía,  
y el gobierno de los débiles y los ciegos,  
morirán a la espera de construir,  
como hace el animal de los corales,  
el asiento sobre el que finalmente erigirán el templo.  
¡Y yo juro que la Libertad libraré hasta el final  
la guerra que hará a todas las almas  
sabias y fuertes y tan aptas para gobernar  
como los excelsos guardianes de Platón  
en una república del mundo puesta en cintura.

# El desconocido

Ustedes, los que tienen ambiciones,  
oigan la historia del desconocido  
que aquí yace sin lápida que señale el sitio.

De muchacho atolondrado y travieso,  
merodeando arma en mano por el bosque,  
cerca de la mansión de Aaron Hatfield,  
le tiré a un gavián posado en la copa  
de un árbol seco.

Dio un grito ronco y cayó a mis pies,  
con el ala rota.

Entonces lo puse en una jaula  
donde vivió por muchos días, graznándome con rabia  
cuando le ofrecía comida.

Recorro a diario los predios del Hades  
en busca del alma del gavián,  
para ofrecerle la amistad  
de alguien a quien la vida hirió y enjauló.

# Alexander Throckmorton

Cuando joven tenía las alas fuertes e incansables,  
pero no conocía las montañas.

De viejo conozco las montañas

pero mis alas cansadas ya no pueden acompañarme la visión—

El genio es sabiduría y juventud.

## Jonathan Swift Somers<sup>6</sup>

Después de que has enriquecido tu alma  
al punto máximo,  
con los libros, el pensamiento, el sufrimiento,  
la comprensión de las múltiples personalidades,  
el poder de interpretación de las miradas, los silencios,  
las pausas en las transformaciones trascendentales,  
el don de la adivinación y la profecía,  
hasta sentirte a veces capaz de tener al mundo  
en la palma de la mano;  
entonces, si por la acumulación de tantos poderes  
en el ámbito de tu alma,  
tu alma se enciende,  
y en la conflagración de tu alma  
la maldad del mundo se ilumina y queda en claro—  
agradece que en esa hora de visión suprema  
la vida no esté para juegos.

.....

6 Autor de “La Spooniada” (ver el poema más adelante).

# La viuda McFarlane

Yo era la viuda McFarlane,  
la que le tejía las alfombras a todo el pueblo.  
Te compadezco, a ti que aún estás en el telar de la vida,  
y cantas al compás de la lanzadera  
y contemplas amorosa la obra de tus manos,  
si alguna vez te llega el día el odio, de la Verdad terrible.  
Porque la tela de la vida es tejida, como sabes,  
según el diseño oculto bajo el telar—  
¡un diseño que nunca verás!  
Y tú tejes animosa, cantando, cantando,  
y reservas los hilos del amor y la amistad  
para nobles dibujos en dorado y púrpura.  
Y mucho después de que otros ojos puedan ver  
que tejiste una cinta de tela del color de la luna,  
te ríes de tu fuerza, porque la Esperanza la decora  
con figuras de amor y de belleza.  
¡De repente se detiene el telar! ¡Desaparece el diseño!  
¡Estás sola en la habitación! ¡Has tejido un sudario!  
¡Y lo odias, pero en él yaces!

# Carl Hamblin

Destrozaron la imprenta del *Clarín* de Spoon River  
y me cubrieron de plumas y brea  
por publicar esto el día que colgaron a los anarquistas en  
Chicago:

“Vi una bella mujer con los ojos vendados  
de pie en la escalinata de un templo de mármol.  
Grandes multitudes pasaban ante ella,  
los ojos levantados, implorantes.  
En la mano izquierda sostenía una espada,  
ella blandía la espada,  
y aquí hería a un muchacho, allá a un obrero,  
luego a una mujer en fuga, después a un lunático.  
En la mano derecha sostenía una balanza,  
en la balanza estaban las monedas de oro  
que depositan los que esquivan los tajos de la espada.  
Un hombre de capucha negra leía un manuscrito:  
‘Ella no considera a las personas’.  
Entonces un joven de capucha roja  
saltó a su lado y le arrancó la venda.  
Y se vieron los párpados supurantes  
con las pestañas comidas;  
los globos de los ojos con un moho lechoso;  
el delirio del agonizante  
escrito en su rostro—  
y la multitud supo por qué llevaba la venda”.

## Whedon, editor

Poder ver todos los lados de cualquier asunto;  
estar en todos lados, ser cualquier cosa, no ser nada que dure;  
pervertir la verdad, manejarla con intención,  
utilizar los sentimientos y las pasiones nobles de la especie humana  
para bajos propósitos, para fines arteros.

Llevar una máscara como los actores griegos—  
la de tu diario de ocho páginas— tu parapeto,  
para vocear con un megáfono de los grandes:  
“Este soy yo, el gigante”.

Y con eso vives también la vida de un ladrón furtivo,  
envenenado con las palabras anónimas  
de tu alma clandestina,  
escarbar la tierra que cubría el escándalo por dinero,  
y regarlo a los cuatro vientos por venganza,  
o vender documentos  
y triturar reputaciones, o vidas, si hace falta,  
para vencer a cualquier costo, excepto el de tu vida.  
Sentir la gloria en el poder del demonio,  
sepultando la civilización,  
como el muchacho paranoico que pone un tronco sobre la vía  
y descarrila el tren.

Para ser editor, como yo lo era.

Y entonces yacer aquí, junto al río,  
en el lugar a donde llegan las cloacas del pueblo,  
y tiran latas vacías y botan la basura  
y ocultan los abortos.

# Eugene Carman

¡Esclavo de Rhodes! Vender zapatos y zaraza,  
harina y tocino, overoles, ropa todo el día,  
a razón de catorce horas al día por trescientos trece días  
durante más de veinte años,  
diciendo “sí, mi doña” y “sí, señor” y “gracias”  
mil veces al día, y todo por cincuenta dólares al mes.  
Viviendo en un cuartucho appestoso del “Comercial”, esa ratonera.  
Y obligado a asistir a la escuela dominical, y escuchar  
al reverendo Abner Peet ciento veinte veces al año,  
por más de una hora cada vez,  
porque Thomas Rhodes manejaba la iglesia  
y también la tienda y también el banco.  
Y esa mañana, mientras me hacía el nudo de la corbata  
me miré de pronto en el espejo:  
tenía el cabello gris, y la cara como una torta cruda.  
Así que maldije y maldije: ¡Pedazo de viejo!  
¡Perro cobarde! ¡Pobre miserable!  
¡Esclavo de Rhodes! Hasta que Roger Baughman  
pensó que peleaba contra otra persona,  
y se asomó a la puerta justo a tiempo  
para verme caer sobre el piso como un fardo  
con una vena rota en la cabeza.

# Clarence Fawcett

La muerte repentina de Eugene Carman  
me puso de turno para un ascenso con cincuenta al mes,  
y se lo dije a la mujer y los niños esa misma noche.  
Pero no se dio, y entonces pensé:  
“El viejo Rhodes sospecha que me estoy robando  
las mantas que me llevo para venderlas por mi cuenta  
y poderle pagar al médico las consultas de la niña”.  
Entonces el viejo Rhodes me acusó, como un rayo que cae,  
pero me prometió ser clemente por consideración a mi familia  
si confesaba, y por eso confesé,  
y le rogué que no lo denunciara en la prensa,  
y se lo pedí a los editores también.  
Esa noche, en casa, me agarró el policía  
y todos los diarios, menos el *Clarín*,  
me tildaron de ladrón,  
porque el viejo Rhodes era un anunciante  
y él quería convertirme en ejemplo.  
¡En fin! Ustedes ya saben cómo lloraron los niños,  
y cómo mi esposa me compadeció, y me odió  
y cómo vine yo a yacer aquí.

## W. Lloyd Garrison Standard

Vegetariano, desobediente pasivo, librepensador, cristiano en ética;  
hábil orador al ritmo engañoso de Ingersoll,  
carnívoro, vengador, creyente y pagano,  
casto y promiscuo, cambiabile, traicionero, vano,  
orgullosa, con ese orgullo que convierte a la lucha en cosa de risa;  
con el corazón perforado por el gusano del desaliento teatral;  
puesta la chaqueta de la indiferencia para ocultar la vergüenza de la derrota;  
yo, hijo del idealismo abolicionista—  
especie de Brand, de nacimiento en dos mitades.  
¿Y qué otra cosa podía ocurrir cuando defendí  
a los bribones patriotas que quemaron el edificio de los tribunales,  
por lo que Spoon River necesitó uno nuevo,  
sino que los declararan culpables? Cuando Kinsey Keene perforó  
la máscara de cartón de mi vida de un lanzazo de luz,  
qué más iba a hacer sino escurrirme, como la propia bestia de mí  
que crié desde cachorro, hasta un rincón y gruñir.  
La pirámide de mi vida no era más que un montículo,  
yermo y amorfo, al que por último abatió la tormenta.

# El profesor Newcomer

Todos se rieron del coronel Prichard  
por comprar un motor tan potente  
que se destrozó él mismo, y destrozó el molino  
que marchaba con él.

Pero aquí les va un chiste de tamaño descomunal:  
el impulso de la naturaleza que hizo al hombre  
desarrollar de su cerebro una vida espiritual—  
¡Oh, milagro del mundo!—

el mismísimo cerebro con que el mono y el lobo  
obtienen comida y refugio y procreación.

La naturaleza ha puesto al hombre en ese desarrollo  
en un mundo en el que, después de todo,  
ella no le da otra cosa que hacer —(aunque la fuerza de su alma  
dé vueltas y más vueltas malgastando potencia  
para engranarse al molino de los dioses)—  
¡que obtener comida y refugio y procrear!

# Ralph Rhodes

Todo lo que dicen es verdad:

quebré el banco de mi padre con mis préstamos  
para amortizar con trigo, pero esto también lo es:  
a la vez compraba trigo para él,  
que no podía hacer el negocio a nombre suyo  
por su relación con la iglesia.

Y mientras George Reece pagaba su condena,  
yo perseguía el fuego fatuo de las mujeres,  
y el vino de imitación en Nueva York.

Es mortal enfermarse de vino y de mujeres  
cuando no nos queda más que eso en la vida.

Pero suponte que tienes la cabeza gris inclinada  
sobre una mesa cubierta de colillas de cigarrillos acres  
y vasos vacíos,

y oyes que golpean a la puerta, y sabes que es el golpe  
tanto tiempo ahogado por el saltar de los corchos

y los chillidos de pavo real de las mujerzuelas—

y levantas la cabeza, y ahí está tu Ladrona,

que aguardó hasta que el cabello se te pusiera gris

y que tu corazón comenzara a regatear sus latidos, para decirte:

“Se acabó el juego. He venido por ti,

sal a Broadway y hazte atropellar,

te enviarán de vuelta a Spoon River”.

# Mickey M'Grew

Fue como todas las cosas en mi vida:  
algo por fuera de mí me echó abajo,  
mis propias fuerzas jamás me fallaron.  
Pues sí, hubo un tiempo en que ganaba dinero  
como para ir a la escuela,  
y de repente mi padre necesitó ayuda  
y debí dárselo todo.  
Así marcharon las cosas hasta que terminé  
como el hacelotodo de Spoon River.  
Entonces me tocó lavar el depósito de agua,  
y me alzarón hasta esos veinte metros.  
Al llegar allá arriba me desaté la muñeca,  
largué la risa y lancé mis brazos de gigante  
sobre los lisos bordes de acero del tope del depósito—  
pero resbalaron en el limo traicionero,  
y me zambullí abajo, abajo, abajo,  
en la tiniebla atronadora.

# Rosie Roberts

Estaba enferma, pero más que eso, furiosa  
con la policía bribona, y con el bribón juego de la vida.

Así que le escribí al jefe de policía en Peoria:

“Estoy aquí en el hogar de mi niñez en Spoon River,  
marchitándome día a día.

Pero venga y lléveme presa, yo maté al hijo  
del príncipe de los mercaderes, en lo de Madam Lou,  
y los diarios que dijeron que se suicidó  
en su casa limpiando una escopeta—

mintieron como el demonio para acallar el escándalo,  
por la coima de la publicidad.

Yo le disparé en mi cuarto, en lo de Madam Lou,  
porque me derribó de un golpe cuando le dije  
que a pesar de todo su dinero  
había visto a mi amante esa noche.

# Oscar Hummel

Yo iba a tientas en lo oscuro,  
muchas nubes en el cielo y pocas estrellas  
por las que me guiaba lo mejor posible.  
Eran las nueve. Trataba de llegar a casa.  
Pero de algún modo me había perdido.  
Entonces pasé haciendo esos frente a una puerta y entré al jardín,  
y llamé con toda mi voz:  
“¡Epa, violinista! ¡Epa, señor Jones!”  
(pensé que era su casa y él me indicaría el camino a la mía).  
Pero resultó que quien salió fue A. D. Blood,  
en camisón de dormir, garrote en mano,  
y rugiendo contra las malditas cantinas  
y los criminales que las tenían.  
“Estás borracho, Oscar Hummel” me dijo,  
a mí, de pie como una mecedora  
recibiendo los golpes de su garrote  
hasta caer muerto a sus pies.

# Roscoe Purkapile

Ella me amaba. ¡Oh, cuánto me amaba!  
Desde el primer día que me vio  
ya no pude escapar.  
Pero creí que después de casados  
demostraría ser mortal dejándome ir  
o divorciándose.  
Pero pocas mueren, y ninguna renuncia.  
Entonces me largué y estuve afuera un año de parranda.  
Pero nunca reclamó. Y volví.  
Le dije que remando en un bote  
me habían capturado los piratas en el lago Michigan  
cerca de Van Buren,  
y me tuvieron encadenado, por lo que no pude escribirle.  
¡Ella lloró, y me besó, y dijo que había sido una crueldad  
brutal, inhumana!  
Me di cuenta entonces de que nuestro matrimonio  
era un designio divino  
y no podía ser disuelto.  
Excepto por la muerte.  
Tenía razón.

# La señora Purkapile

Se largó y estuvo afuera un año.  
Cuando volvió a casa me contó la tonta historia  
de unos piratas que lo secuestraron en el lago Michigan  
y lo tuvieron encadenado, por lo que no pudo escribirme.  
Hice como si le creía, aunque sabía muy bien  
lo que estuvo haciendo, y que se encontraba  
de vez en cuando con la sombrerera, la señora Williams,  
cuando ella iba a la ciudad a comprar mercancía, según decía.  
Pero promesa es promesa  
y matrimonio es matrimonio;  
y por respeto a mi persona  
me negué a verme metida en un divorcio  
por la treta de un esposo que nada más se había ido cansando  
de sus votos y deberes maritales.

# Josiah Tompkins

Yo era bien conocido y muy amado  
por ser rico, como se estima a las fortunas  
en Spoon River, donde viví y trabajé.  
Ese fue mi hogar,  
aunque todos mis muchachos emprendieron vuelo—  
que es la ley de la naturaleza— menos uno.  
El muchacho, mi niño, se quedó en casa,  
para ayudarme en mis días ya menguantes  
y solaz de su madre.  
Pero me fui poniendo débil, y él fuerte,  
y peleó conmigo por los negocios.  
Y su esposa dijo que yo era una rémora;  
y él puso a su madre de su lado  
hasta que me arrancaron de raíz para trasplantarme  
con ella a la casa de su infancia en Missouri.  
Y así toda mi fortuna se disipó al final.  
Aunque yo hice mi testamento como él me lo indicó,  
le sacó poco provecho.

## La señora Kessler

Como ustedes saben el señor Kessler estuvo en el ejército  
y tenía una pensión de seis dólares al mes,  
y se la pasaba en la esquina hablando de política,  
o en casa leyendo las memorias de Grant,  
y yo mantenía a la familia lavando ropa,  
y le conocía los secretos a todo el mundo  
por las cortinas, los cubrecamas, las camisas y las faldas,  
porque hay cosas que fueron nuevas y se pusieron viejas  
y la gente las cambia por mejores o por ninguna:  
todo depende de si prosperan o les va mal.  
Y los remiendos y los parches se ponen tan grandes con el tiempo  
que hilo y aguja ya no pueden frenarle el paso al deterioro,  
y hay manchas que se burlan del jabón,  
y colores que destiñen por más que uno no quiera,  
y entonces te reclaman que arruinaste algún vestido.  
Los pañuelos y los manteles tienen sus secretos—  
la lavandera —la Vida— los conoce todos.  
Y yo, que asistí a todos los entierros  
en Spoon River, juro que nunca  
vi una cara de muerto sin pensar que parecía  
una pieza de ropa lavada y planchada.

# Harmon Whitney

Fuera de las luces y el fragor de las ciudades,  
como una brasa a la deriva en Spoon River  
fundido por el fuego de la bebida, y roto,  
amante de una que tomé para despreciarme a mí mismo,  
pero también para ocultar el orgullo herido.  
Para que me juzgara y me odiara un pueblo de mentecatos—  
a mí, que tenía don de lenguas y sabiduría,  
hundido aquí en el polvo de un tribunal,  
recogedor de harapos en el basurero de las inquinas y las falsedades,  
¡yo, a quien le sonreía la fortuna! En un pueblo,  
declamándoles páginas de poesía a patanes boquiabiertos,  
hechas del saber de los años dorados,  
o provocando la risa con destellos de un ingenio obscuro  
cuando pagaban tragos para encender mi mente moribunda.  
Que me vengan a juzgar ustedes,  
a mí que les oculto mi alma  
con su herida gangrenada  
por el amor a la esposa que causó la herida,  
con su seno blanco frío, traicionero, puro y firme,  
implacable hasta el final, cuando el simple toque de su mano,  
en cualquier instante, me hubiese sanado del tifus  
que cogí en la selva de la vida donde tantos se extravían.  
Y solo pensar que mi alma no pudo reaccionar,  
como la de Byron, en el canto, en algo noble,  
sino se enroscó como una serpiente atormentada—  
¡Júzgame así, oh mundo!

# Bert Kessler

Le tiré al ala de mi ave  
aunque volaba hacia el poniente;  
pero en el instante en que sonó el disparo, remontó  
cada vez más alto entre las astillas de una luz dorada,  
hasta que viró desde allá arriba, las plumas encrespadas,  
con motas de flojel flotando alrededor  
y cayó como un plomo entre la hierba.  
Di vueltas en su busca, apartando la maleza,  
hasta ver un manchón de sangre sobre el tocón de un árbol,  
y la codorniz tirada sobre una raíz podrida.  
Estiré una mano sin mirar a la zarza,  
y algo se disparó y me picó y me aturdió.  
Y entonces, en cosa de segundos, divisé a la cascabel—  
los ojos amarillos con cortinas corridas,  
la cabeza arqueada, retraída entre las roscas,  
un círculo de inmundicia de color ceniza  
o de hojas de roble desteñidas bajo capas de hojas.  
Me quedé como de piedra y ella retrocedió y se desmontó  
y echó a reptar bajo el tocón  
y caí como un plomo entre la hierba.

# Lambert Hutchins

Aparte de este obelisco de granito tengo dos monumentos:  
uno, la casa que construí en la colina,  
con columnas, ventanales y techo de pizarra;  
el otro, el muelle del lago en Chicago,  
donde el ferrocarril maniobra  
entre máquinas que silban y ruedas que chirrían,  
y el humo y el hollín que se esparcen sobre la ciudad,  
y el fragor de los carros a lo largo del bulevar—  
un manchón como un chiquero en el puerto  
de una gran metrópoli, pestilente como una pocilga.  
Yo ayudé a dejarle esta heredad  
a generaciones aún por nacer, con mi voto  
en la Cámara de Representantes,  
y la carnada del negocio era descansar en paz  
del eterno miedo a la necesidad,  
y darles a mis hijas una buena educación  
y una sensación de seguridad en la vida.  
Pero ya lo ven, aunque tuve la casa solariega  
y pases para viajar y distinción local  
podía escuchar las murmuraciones, murmuraciones, murmuraciones,  
dondequiera que iba, y mis hijas crecieron  
con la mirada de los que se sienten a punto de ser golpeados;  
y se casaron a lo loco, a los cipotazos,  
nada más por salir y tener un cambio.  
¿Y qué tanto valió todo ese esfuerzo?  
¡Pues bien, no valió un comino!

# Lillian Stewart

Yo era hija de Lambert Hutchins,  
y nací en una granja vecina al molino,  
me crié en la mansión allá en la colina,  
con columnas, ventanales y techo de pizarra.  
¡Lo orgullosa que estaba mamá de su mansión!  
¡Lo orgullosa que estaba de la altura de papá en el mundo!  
Y cómo nos amaba y nos cuidaba papá,  
y le montaba guardia a nuestra felicidad.  
Pero creo que la casa tenía una maldición,  
porque aparte de ella papá no tenía casi fortuna;  
y cuando mi esposo descubrió que se había casado  
con una muchacha realmente pobre,  
se burló de las columnas,  
y les dijo a todos que la casa era un fraude,  
una trampa con carnada, para atraer jóvenes despertando ilusiones  
de una dote que no existía,  
y que un hombre que vende su voto  
debería sacar lo bastante de su traición al pueblo  
para amurallar bien a toda la familia.  
Humilló mi vida hasta que me volví a casa  
a vivir como una vieja hasta mi muerte,  
de ama de casa de papá.

# Hortense Robbins

Mi nombre aparecía en la prensa todos los días,  
en una cena o en cualquier sitio,  
o viajando a alguna parte,  
o alquilando una casa en París  
donde agasajar a la nobleza.  
Siempre de viaje o de comida,  
o tomando una cura en Baden-Baden.  
Ahora estoy aquí para honrar  
a Spoon River, al lado de la familia en que nací,  
¡a nadie le importa ahora dónde cené,  
o estuve, o a quién agasajaré,  
o con qué frecuencia me voy de cura a Baden-Baden!

# Batterton Dobyns

¿Mariposeaba mi viuda  
de Mackinac a Los Ángeles,  
reposando y bañándose y sentándose una hora  
o más a la mesa para la sopa y las carnes  
y los dulces finos y el café?  
Me troncharon en la flor de la vida  
el trabajo en exceso y la ansiedad.  
Siempre pensé, pase lo que pase  
mantendré mi seguro al día  
y en el banco siempre habrá algo,  
y un pedazo de tierra en Manitoba.  
Pero mientras caía tuve una visión  
de último delirio:  
me vi acostado y lavado en una caja  
de corbata blanca y flor en la solapa  
y a mi mujer sentada ante la ventana  
mirando el mar en un lugar lejano;  
se veía reposada, rubicunda y gorda  
aunque de pelo blanco.  
Y ella sonreía y le decía a un mesonero negro:  
“Otra rodaja de rosbif, George.  
Y ten cinco centavos para tu problema”.

# Jacob Godbey

¿Cómo se sintieron ustedes, los libertarios  
que malgastaron su talento desfilando por muy nobles razones  
alrededor de la cantina, como si hubiese otro lugar para encontrar  
la Libertad que no sea la barra,  
o en alguna mesa, empinando el codo?  
¿Cómo te sientes, Ben Pantier, tú y todos los demás,  
que casi me lapidaron como a un tirano,  
trajeados de moralistas,  
y caras de asceta que fruncen el ceño ante el pudín de Yorkshire,  
el rosbif y la cerveza y el buen talante y el alegre brindis—  
cosas que en su vida vieron en taberna alguna?  
¿Cómo se sintieron después de muerto e ido yo,  
con su diosa Libertad desenmascarada como una ramera,  
que les vendió las calles de Spoon River  
a los gigantes insolentes  
que manejaban las cantinas a distancia?  
¿Se les ocurrió acaso que la libertad personal  
es la libertad de la mente  
y no la libertad de la panza?

# Walter Simmons

Mis padres pensaron que sería  
igual de grande, o más, que Edison:  
de chico construía globos aerostáticos  
y cometas prodigiosas y juguetes de relojería  
y pequeñas locomotoras con rieles para que corrieran  
y teléfonos con latas vacías y un hilo conductor.  
Tocaba la corneta y pintaba cuadros.  
Modelaba en arcilla y hacía de villano en *El mulato*.  
Pero a los veintiuno me casé  
y tuve que ganarme la vida, y así, para ganármela,  
aprendí el arte de hacer relojes  
y tuve la joyería de la cuadra,  
y pensaba, y pensaba, y pensaba, y pensaba—  
no en el negocio, sino en la máquina  
que al fin calculé y construí.  
Y todo Spoon River observaba y esperaba  
para verla funcionar, pero nunca funcionó.  
Y algunas almas bondadosas creyeron que a mi genio  
lo atascó la tienda.  
No era verdad. La verdad era esta:  
no tenía el cacumen.

# Tom Beatty

Yo fui un abogado como Harmon Whitney  
o Kinsey Keene o Garrison Standard,  
pues litigué sobre los derechos de propiedad,  
durante treinta años, aunque a la luz de una lámpara  
en el salón de póquer del Teatro de la Ópera.  
Y le digo que la vida es una apostadora  
que a todos nos lleva una morena.  
No hay alcalde viviente que pueda cerrar ese garito.  
Y si pierdes, bien puedes chillar todo lo que quieras,  
que no te van a devolver el dinero.  
Ella dificulta que superes el promedio;  
amaña las cartas para atraparte en tus debilidades  
y no para enfrentar tu fuerza.  
Y te da setenta años para que juegues:  
pues si no puedes ganar en los setenta,  
entonces ya no ganarás jamás.  
Así que si pierdes, abandona el salón—  
abandona el salón cuando sea el momento.  
Es indigno quedarse sentado y chapucear con las cartas,  
y maldecir cuando pierdes, con ojos somnolientos,  
implorando seguir y seguir.

# Roy Butler

Si la ilustre Corte Suprema de Illinois  
resolviese los secretos de todos los casos  
como hace con las violaciones,  
sería la mejor corte del mundo.

Un jurado, casi todo de vecinos, con “Butch” Weldy  
como presidente, me halló culpable en diez minutos  
y dos votaciones en un caso como el que cuento:  
tuve un problema con Richard Bandle por una cerca  
y mi esposa peleó con la de Bandle  
sobre si Ipava era o no mejor pueblo que Table Grove.

Una mañana desperté con el corazón rebosante  
de amor a Dios, y fui a ver a Richard  
para arreglar la cerca en el espíritu de Jesucristo.

Toqué la puerta y abrió su esposa;  
sonrió y me hizo pasar; yo entré—  
tiró la puerta y empezó a chillar,  
“¡Quíteme las manos de encima, so muérgano!”.

Ahí entró su esposo.

Agité las manos, atragantado de palabras.

Buscó su escopeta y yo salí corriendo.

Pero ni la Corte Suprema ni mi esposa  
creyeron una palabra de lo que ella dijo.

# Searcy Foote

Quise ir a la escuela,  
pero mi tía rica, Persis, no me ayudó.  
Así que arreglé jardines y rastrillé la grama  
y con las ganancias compré los libros de John Alden  
y así fui bregando por ganarme la vida.  
Quise casarme con Delia Prickett,  
¿pero cómo podía, con lo que ganaba?  
Y ahí estaba tía Persis, mayor de setenta,  
medio viviendo en su mecedora,  
con la garganta tan tiesa que cuando tragaba  
la sopa le salía de la boca como a los patos—  
Con todo y eso una glotona que invertía en hipotecas  
cuanto le entraba, metida todo el día  
en sus pagarés y sus alquileres y sus letras.  
Aquel día yo le aserraba la madera  
y leía a Proudhon en los descansos.  
Entré a la casa por un vaso de agua,  
¡y ella dormía en la mecedora,  
y Proudhon sobre la mesa  
y sobre el libro una botella de cloroformo  
que usaba a veces para el dolor de muelas!  
Empapé un pañuelo en el cloroformo  
y lo sostuve sobre su nariz hasta que murió—  
Ay, Delia, Delia, tú y Proudhon  
me sostuvieron la mano, y el forense  
dijo que murió de una falla en el corazón.  
Me casé con Delia y tomé el dinero—  
¿Te la jugué acaso, Spoon River?

# Edmund Pollard

Quisiera haber introducido estas manos hechas de mi carne  
entre girasoles repletos de abejas,  
en el disco de fuego, que parece un espejo,  
de la luz de la vida, el sol del deleite.  
¿Porque de qué valen anteras, o pétalos,  
o aureolas radiantes? ¡Remedos, sombras  
del corazón de la flor, la llama central!  
Es todo tuyo, joven que transitas;  
entra en la sala del banquete con el pensamiento;  
no con timidez, como si dudases  
de ser bienvenido—¡el festín es para ti!  
Toma nada más un poco, rechaza la demasía  
con un “muchas gracias” ruboroso, aunque tengas hambre.  
¿Tienes viva el alma? ¡Pues déjala que se alimente!  
¡No evites balcones a los que puedas trepar,  
ni pechos blancos como la leche para tu reposo,  
ni cabelleras de oro con almohadas para compartir,  
ni copas de oro si es dulce el vino;  
ni el embeleso del cuerpo o del alma,  
vas a morir, sin duda, pero muere mientras vives  
sumido en el azul, arrobado y apareado,  
¡besando a la abeja reina, la Vida!

# Thomas Trevelyan

Se lee en Ovidio la triste historia de Itis,  
hijo del amor de Tereo y Procné, muerto  
por la pasión culpable de Tereo por Filomela,  
cuya carne de hijo le sirvió Procné a Tereo,  
y la ira de Tereo, que persiguió a la asesina  
¡hasta que los dioses convirtieron a Filomela en ruiseñor,  
el laúd de la luna naciente, y a Procné en golondrina!  
¡Oh, moradores y artistas de la Hélade siglos ha,  
que sellaron en pequeños inciensarios los sueños y la sabiduría,  
incienso invaluable, aromado por siempre,  
que aclara los ojos del alma de tan solo inhalarlo!  
¡Cómo aspiré su dulzura aquí en Spoon River!  
El inciensario se abrió cuando ya había vivido y aprendido  
que todos matamos los hijos del amor, y todos  
sin saber lo que hacemos devoramos su carne;  
y nos volvemos cantores, aunque sea  
por una vez en la vida, o nos volvemos —¡ay, dolor!— golondrinas,  
para gorjear entre los vientos helados y las hojas que caen.

# Percival Sharp

¡Observen las manos entrelazadas!  
¿Serán acaso manos de despedida o de salutación,  
Manos que ayudé o manos que me ayudaron?  
¿No hubiese sido bueno tallar una mano  
con el pulgar al revés, como la de Heliogábalo?  
Y más allá está una cadena rota,  
—a lo mejor la idea del eslabón más débil—  
¿pero en verdad qué era?  
Y corderos, algunos acostados,  
otros en pie, como escuchando al pastor  
—y otros portando una cruz, con una pata levantada—  
¿por qué no cincelar algunas arrastrando el paso?  
¡Y columnas derruidas! Excaven el pedestal, por favor,  
o las bases; veamos las causas de la caída.  
Y luego compases e instrumentos de aritmética,  
como ironizando la ignorancia de los inquilinos de abajo  
acerca de las determinantes y los cálculos de las variables.  
Y anclas, para unos que jamás navegaron.  
Y puertas de par en par —sí, así lo están,  
las dejadas abiertas y las cabras descarriadas se meten en tu jardín.  
Y hay un ojo que vigila, igual que Arimaspi—  
con un solo ojo —como tú lo hacías.  
Y ángeles haciendo sonar trompetas —tus heraldos—  
es tu corneta y tu ángel y la estima de tus familiares.

Todo está muy bien, pero en lo que a mí respecta sé  
que desperté ciertas vibraciones en Spoon River  
que son mi verdadero epitafio, más perdurable que la piedra.

# Hiram Scates

Traté de ganar el nombramiento  
de presidente del concejo  
y discurseé por todo el condado  
denunciando a Solomon Purple, mi rival,  
como enemigo del pueblo,  
aliado de los peores enemigos de la humanidad.  
Los jóvenes idealistas, los guerreros mutilados,  
cojeando sobre una muleta de esperanza,  
almas que se lo jugaron todo a la verdad,  
perdedores de mundos por apostarle al cielo,  
se congregaron conmigo y siguieron mi voz  
como el salvador del condado.  
Pero Solomon ganó el nombramiento;  
entonces di la media vuelta,  
y metí a mis seguidores bajo su estandarte  
y lo proclamé victorioso, lo hice rey  
de la Montaña Dorada, y la puerta se cerró a mis espaldas  
en cuanto entré, halagado por la invitación de Solomon  
para ser secretario del concejo.  
Y afuera, en el frío, se quedaron mis seguidores:  
los jóvenes idealistas, los guerreros mutilados  
cojeando sobre una muleta de esperanza—  
almas que se lo jugaron todo a la verdad,  
perdedores de mundos por apostarle al cielo,  
mirando al demonio patear al milenio  
allá arriba en la Montaña Dorada.

# Peleg Poague

Los caballos son como los hombres.

Ahí estaba mi padrillo, Billy Lee,  
negro como un gato y de líneas finas como un ciervo,  
con fuego en la mirada, presto para la arrancada,  
y más veloz que cualquier otro caballo en Spoon River  
y sus alrededores.

Pero cuando ya pensaban que no podía perder,  
con esa ventaja de más de cuarenta metros,  
se echó hacia atrás y derribó al jinete,  
y cayó sobre su propio lomo, enredadas las patas,  
virtualmente desmoronado.

Como ustedes ven, era un fraude perfecto:  
no podía ganar, no podía trabajar,  
demasiado liviano para el tiro o el arado;  
y nadie quería potrillos suyos.

Y cuando traté de montarlo yo —bueno,  
se desbocó y me mató.

# Jeduthan Hawley

Alguien vendría a tocarme la puerta  
y yo me levantaría a medianoche para ir a la tienda,  
donde viajeros retrasados me escucharían martillar  
tablones sepulcrales y entachuelar el raso.  
Y muchas veces me pregunté quién se iría conmigo  
a la lejana tierra, nuestros nombres tema de la conversación,  
en la misma semana, porque había notado  
que siempre se iban de a dos.  
Chase Henry en pareja con Edith Conant;  
y Jonathan Somers con Willie Metcalf;  
y el editor Hamblin con Francis Turner,  
cuando este rogaba vivir más que el editor Whedon,  
y Thomas Rhodes con la viuda McFarlane;  
y Emily Sparks con Barry Holden;  
y Oscar Hummel con Davis Matlock;  
y el editor Whedon con el violinista Jones;  
y Faith Matheny con Dorcas Gustine.  
Y yo, el hombre más solemne del pueblo,  
me marché con Daisy Fraser.

# Abel Melveny

Compré cuanta máquina se conociese—  
amoladoras, desgranadoras, sembradoras, segadoras,  
moledoras y trilladoras, y rastrillos y arados—  
y todas ellas terminaron al sol y al agua,  
oxidándose, estropeadas y maltrechas,  
por no tener un cobertizo donde resguardarlas,  
ni cómo darle uso a la mayoría.  
Y ya al final, cuando pensaba que todo estaba terminado,  
sentado ante la ventana, cada vez más claro  
acerca de mí mismo, mientras el pulso me disminuía,  
y mirando una de las moledoras que compré—  
a la que no necesitaba para nada  
tal y como las cosas resultaron, y que nunca utilicé—  
una buena máquina, alguna vez brillante de barniz  
y con deseos de funcionar,  
ahora con la pintura decolorada—  
me vi a mí mismo como una buena máquina  
que la vida nunca utilizó.

# Oaks Tutt

Mi madre estaba por los derechos de la mujer  
y mi padre era el molinero de London Mills.  
Yo soñaba con las iniquidades del mundo y quería corregirlas.  
Cuando murió mi padre, salí a ver pueblos y países  
para aprender cómo reformar el mundo.  
Viajé por muchas tierras.  
Vi las ruinas de Roma,  
y las ruinas de Atenas,  
y las ruinas de Tebas  
y me senté a la luz de la luna en la necrópolis de Menfis.  
Allí fui atrapado por alas llameantes  
y hubo una voz del cielo que me dijo:  
“¡La Injusticia, la Falsía, las destruyeron. Sigue tú adelante!  
¡Predica la Justicia, predica la Verdad!”  
Volví de inmediato a Spoon River  
a despedirme de mi madre antes de dar inicio a mi tarea.  
Todos veían una luz extraña en mi mirada  
y poco a poco, de oír lo que decía  
fueron descubriendo lo que tenía en mente.  
Entonces Jonathan Swift Somers me retó a debate  
sobre el tema (llevando yo la parte de la negación):  
“Poncio Pilato, el Filósofo más Grande del Mundo”.  
Y él ganó el debate al decir al final  
“Antes de que usted reforme al mundo, señor Tutt,  
por favor, responda la pregunta de Pilatos:  
“¿Qué es la Verdad?”

# Elliott Hawkins

Tenía un parecido a Abraham Lincoln.  
Era uno de los tuyos, Spoon River, en todas tus agrupaciones,  
pero siempre en defensa de los derechos de la propiedad y el orden.  
Iba a la iglesia con regularidad,  
y a veces me aparecía en tus asambleas populares para prevenirte  
contra los males del descontento y de la envidia,  
y para denunciar a los que intentaban destruir la Unión,  
y para señalar el peligro de los Paladines de la Clase Obrera.  
Mi éxito y mi ejemplo han sido influencias inevitables  
para tus jóvenes y las generaciones por venir,  
a pesar de los ataques de diarios como el *Clarín*.  
Visitante regular de Springfield  
cuando había sesión de la Legislatura,  
para prevenir ataques por sorpresa contra los ferrocarriles  
y los hombres que construían el estado.  
Ellos y tú, Spoon River, confiaban en mí por igual,  
a pesar de las acusaciones de cabildero en mi contra.  
Me desplazaba por el mundo discretamente, rico y adulado.  
Al final, morí por supuesto, pero para yacer aquí  
bajo una losa sobre la que cincelaron un libro abierto  
y las palabras “De ellos es el Reino de los Cielos”,  
y ahora ustedes, salvadores del mundo, que nada cosecharon en vida  
y en la muerte no tienen ni losa ni epitafios,  
¿disfrutaban mucho de su silencio de bocas tapadas por el polvo  
de mi carrera triunfal?

# Voltaire Johnson

¿Por qué me zaherías con tus palurdeces  
si no querías que te hablara de ellas?  
¿Y me atosigaste con tus imbecilidades  
si no querías que te las destapase?  
¿Y me enterraste los clavos de la crueldad  
si no querías que me los arrancase  
para clavarlos en tu cara?  
¿Y me sometiste a privaciones porque me negaba a obedecerte,  
si no querías que socavara tu tiranía?  
¡Pude haber sido un alma tan serena,  
como la de William Wordsworth de no ser por ti!  
¡Pero qué cobarde eres, Spoon River,  
que me obligaste a permanecer de pie en el círculo mágico  
que la espada de la Verdad trazó!  
¡Y luego a quejarme de tus quemaduras y a maldecirlas,  
y maldecir mi fuerza que se mantenía erguida y se reía  
en medio de los rayos de la ironía!

# English Thornton

¡Presentes! ¡Ustedes, los hijos de los hombres  
que combatieron junto a Washington en Valley Forge,  
y le dieron una paliza a Águila Negra en Starved Rock,  
a levantarse! ¡Denle la batalla a los descendientes de los que compraron  
tierras en El Recodo cuando era un arenal baldío,  
y le vendieron mantas y armas al ejército de Grant,  
y se sentaron en la legislatura de los comienzos,  
a aceptar el soborno de los ferrocarriles!  
¡A levantarse! ¡Denle la batalla a los embaucadores y los farsantes,  
los aparentadores y los figurones de las columnas de sociales,  
y los patanes cuyas hijas se casan con los condes;  
y los parásitos de las grandes ideas,  
y los aprovechadores de las grandes causas,  
y los herederos de los antiguos ladrones!  
¡A levantarse! Y hagan suya la ciudad,  
y suya la Nación!—  
¡Ustedes que son los hijos de los esforzados voluntarios de los cuarenta!  
¡Por Dios! Si ustedes no destruyen a esos bribones,  
mi fantasma vengador borraré del mapa  
a su ciudad y su estado.

# Enoch Dunlap

¿Cuántas veces, en mis cuarenta años como líder,  
amigos de Spoon River,  
descuidaron la convención y la asamblea  
y dejaron sobre mis espaldas el peso  
de salvaguardar y salvar la causa de nuestro pueblo?—  
unas veces porque se enfermaron;  
o se les enfermó la abuela,  
o bebieron demasiado y se quedaron dormidos;  
o si no, decían: “Él es nuestro líder,  
todo estará bien; él pelea por nosotros;  
solo tenemos que seguirlo”.  
¡Ah, pero sí que me maldijeron cuando caí,  
y me maldijeron diciendo que los traicioné  
cuando salí del salón de la asamblea por un instante,  
y los enemigos del pueblo reunidos allí  
aguardaban y acechaban por una oportunidad de destruir  
los Sagrados Derechos del Pueblo.  
¡Sepan ustedes, vulgar chusma: yo me salí de la asamblea  
para ir a orinar!

# Ida Frickey

Nada en la vida te es ajeno:  
yo era una chica sin un céntimo que vino de Summum.  
Me apeé del tren de la mañana en Spoon River,  
y todas las casas se me plantaron enfrente con puertas cerradas  
y persianas corridas —me excluían;  
no había espacio ni lugar para mí en ninguna de ellas.  
Y pasé por frente a la vieja casona de los McNeely,  
un castillo de piedra entre caminerías y jardines,  
con hombres de guardia por todas partes  
y el sostén del condado y el estado  
por el señorío de su propietario, ahíto de orgullo.  
Estaba tan hambrienta que tuve una visión:  
unas tijeras gigantescas  
caer del cielo como una guillotina  
y cortar en dos la casa como un lienzo.  
Pero al llegar al “Commercial” vi aquel hombre  
que me guiñó un ojo cuando pedí trabajo—  
era el hijo de Wash McNeely.  
Demostró ser el eslabón en la cadena de la propiedad  
que me concedió mi mitad de la casona  
por haber roto el compromiso ante la ley: eran las tijeras.  
Como ven, aquella casa, desde que nací  
solo esperaba por mí.

# Seth Compton

Cuando me morí, la librería circulante  
que le construí a Spoon River,  
y dirigí para bien de las mentes despiertas,  
fue vendida en remate en la plaza pública  
como para destruir el último vestigio  
de mi memoria y de mi influencia.  
Porque aquellos de ustedes que no podían ver la virtud  
de conocer las *Ruinas* de Volney, o la *Analogía* de Butler,  
o el *Fausto*, o bien *Evangelina*  
constituían en verdad el poder en el pueblo,  
y muchas veces me preguntaron  
“¿De qué sirve conocer el mal del mundo?”  
Ya estoy fuera de tu camino ahora, Spoon River.  
Elige lo que creas es el bien y llámalo el bien.  
Pues nunca pude hacerte ver  
que nadie sabe qué es el bien  
si no sabe qué es el mal;  
y nadie sabe qué es lo cierto  
si no sabe qué es lo falso.

## Felix Schmidt

Nada más una casita con dos cuartos—  
casi como una casa de muñecas—  
y apenas dos hectáreas de tierra alrededor;  
y yo con tantos hijos para alimentar,  
y darles ropa y escuela, y una mujer enferma  
de tanto parir.

Un día apareció el abogado Whitney  
y me probó que Christian Dallman,  
que ya era dueño de mil doscientas catorce hectáreas de terreno,  
había adquirido en mil ochocientos setenta y uno  
las treinta y dos que me colindaban  
por once dólares, en una compra de derecho de tierra  
cuando papá yacía enfermo de muerte.

Así que se inició la querrela y yo acudí a la ley.

Pero a la hora de las pruebas el peritaje dejó tan claro como el sol  
que los derechos de Dallman incluían mi terreno  
y mi casita de dos cuartos.

De eso me valió haberlo hecho enojar.

Perdí mi caso y perdí mi casa.

Salí de la sala del juicio y me fui a trabajar  
como arrendatario de Christian Dallman.

## Schroeder, el pescador

Me sentaba en la orilla, allá por Bernadotte,  
y echaba migajas en el agua,  
nada más por ver atropellarse a las carpas,  
hasta que la más fuerte se llevaba el premio.  
O me iba a mi corral,  
donde los puercos apacibles dormían en el lodo,  
o se hociqueaban amorosos,  
y les vaciaba una cesta de maíz amarillo,  
y los miraba empujarse, chillar y morderse,  
y pisarse para comerse el maíz.  
Y vi cómo la granja de Christian Dallman,  
de más de mil doscientas hectáreas,  
se tragó el pedacito de Felix Schmidt,  
como una puerca se traga a una carpa.  
Y digo que si hay algo en el hombre—  
espíritu, o conciencia, o hálito de Dios—  
que lo hace diferente de los peces o los puercos,  
¡me gustaría verlo en acción!

# Richard Bone

Cuando llegué a Spoon River,  
no sabía si lo que me contaban  
era cierto o falso.

Me encargaban un epitafio  
y se quedaban rondando la tienda mientras trabajaba  
y decían “Tan bueno que era”, “Él era maravilloso”,  
“Ella era la más dulce de todas las mujeres”, “Era un cristiano verdadero”.

Y yo les cincelaba lo que me pedían,  
sin conocer para nada sus verdades.

Pero más tarde, cuando conviví con la gente,  
supe cuán cerca de la vida real  
estaban los epitafios que me encargaban cuando morían.  
Pero así y todo cincelaba lo que me pagaban por cincelar  
y me hacía partícipe de las crónicas falsas  
de las lápidas,  
igual que el historiador que escribe  
sin conocer la verdad,  
o porque fue influenciado para ocultarla.

## Silas, el loco

Había luz de luna y resplandecía la tierra  
con la nevada recién caída.  
Era medianoche y no había un alma alrededor.  
Naciendo de la chimenea del tribunal  
saltó a la caza del viento del noroeste  
un sabueso de humo.  
Cargué una escalera hasta el rellano de las escalinatas  
y la recosté del marco de la trampilla  
en el techo del pórtico  
y me arrastré bajo el techado y por entre los travesaños  
y arrojé entre los maderos curados  
un puñado de estopa empapado en gasolina, encendido.  
Entonces bajé y me perdí de vista.  
Al poco rato sonó la campana de incendios—  
¡Clang! ¡Clang! ¡Clang!  
El cuerpo de bomberos de Spoon River  
llegó con una docena de baldes y empezó a echarle agua  
a la hoguera magnífica, cada vez más ardiente,  
y alta y brillante, hasta que las paredes se desplomaron,  
y las columnas de piedra caliza donde Lincoln posaba  
se vinieron abajo como los árboles que el leñador tala...  
Cuando volví de Joliet,  
había un tribunal nuevo con su cúpula.  
Y a mí me castigaron como a todos los que destruyen  
el pasado en aras del futuro.

## Dillard Sissman

Los zamuros vuelan en círculos lentos  
en un cielo con calina  
como de polvo de la carretera.  
Y el viento sopla entre el pasto sobre el que reposo  
batiendo la hierba en oleadas.  
Mi cometa flota sobre el viento,  
aunque de vez en cuando cabecea  
como un hombre sacudiéndose de hombros,  
y la cola se dispara por momentos  
para luego hundirse en el reposo.  
Y los zamuros dan vueltas y más vueltas,  
barriendo el cielo en amplios círculos  
sobre mi cometa. Y las colinas duermen.  
Y una casa de campo, blanca como la nieve,  
se empina para ver entre los árboles verdes— a lo lejos.  
Y yo contemplo mi cometa,  
pues la luna tenue asomará dentro de poco  
y entonces se mecerá como un disco colgado  
a la cola de mi cometa.  
Un chorro de fuego como un dragón acuático  
me deslumbra la vista—  
¡Soy ondeado como una bandera!

# Jonathan Houghton

Está el graznido del cuervo  
y el indeciso canto del tordo.  
Y el cencerro que campaneaba a lo lejos  
y la voz de un labriego en la colina de Shipley.  
El bosque más allá del huerto está en sosiego  
con esa paz de mediados del verano;  
y por el camino traquetea un carretón,  
cargado de maíz camino a Atterbury.  
Y un anciano se sienta bajo un árbol dormido,  
y una anciana cruza el camino  
viniendo del huerto con un canasto de moras.  
Y un muchacho acostado en la hierba  
a los pies del viejo,  
mira navegar a las nubes,  
y añora, y añora, y añora  
aunque no sabe qué:  
¡llegar a hombre, la vida, el mundo que no conoce aún!  
Luego pasan treinta años  
y el muchacho regresa gastado por la vida  
y descubre que el huerto ha desaparecido,  
y ya no existe el bosque,  
y la casa fue vendida,  
y el camino está lleno del polvo de los automóviles—  
¡y a sí mismo deseando La Colina!

## E. C. Culbertson

¿Es cierto, Spoon River,  
que en el vestíbulo del nuevo tribunal  
hay una placa de bronce  
en la que se ven las caras en relieve  
del editor Whedon y Thomas Rhodes?  
¿Y es verdad que de mis esfuerzos exitosos  
en el Concejo Municipal, sin los cuales  
no se hubiese puesto ni una sola piedra sobre otra piedra,  
y de las contribuciones que di de mi propio bolsillo  
para construir el templo ya no queda sino el recuerdo en las personas,  
y se va perdiendo con el tiempo, para bajar con ellas  
hasta este olvido en el que yazgo?  
En verdad, puedo creerlo  
porque es ley en el Reino de los Cielos  
que quien entre en esta viña a la hora oncena  
recibirá la paga de una jornada entera.  
Y es ley en el Reino de este Mundo  
que quienes se opondan primero a una buena obra,  
le echen mano luego y se la apropien  
cuando se ponga la primera piedra  
y se coloquen las placas conmemorativas.

# Shack Dye

Los blancos me gastaban toda clase de bromas.  
Me sacaban el pez grande del anzuelo  
y ponían en su lugar uno pequeño cuando iba  
a buscar una cuerda, y me hacían creer  
que no había visto bien el pez.  
Cuando el circo de Burr Robbins vino al pueblo,  
hicieron que el maestro de ceremonias soltara un leopardo domado  
en la arena, y me hicieron creer  
que le daba latigazos a una fiera salvaje, cual Sansón,  
cuando acepté el reto de meterlo en su jaula  
por cincuenta dólares.  
Una vez entré en mi herrería  
y me asusté al ver las herraduras arrastrarse  
por el piso, como si estuvieran vivas—  
Walter Simmons había puesto un imán  
bajo el barril del agua.  
Pero a todos ustedes, los blancos,  
los engañaban también con leopardos y pescados,  
y tampoco se daban cuenta, como yo con mis herraduras,  
de qué era lo que los movía en Spoon River.

# Hildrup Tubbs

Libré dos combates por el pueblo.  
Primero me salí de mi partido, portando la bandera  
de la independencia, en pro de la reforma, y fui derrotado.  
Después utilicé mi fuerza de insurrecto  
para capturar el estandarte de mi antiguo partido—  
y lo capturé, pero fui derrotado.  
Desacreditado y descartado, misantrópico,  
busqué el consuelo del oro  
y usé lo que me quedaba de poder  
para aferrarme como un saprofito  
al cadáver putrefacto  
del banco de Thomas Rhodes en bancarrota  
como beneficiario de los fondos.  
Ahora todo el mundo me voltea la cara.  
Se me ha puesto el pelo blanco.  
Mis dorados placeres se volvieron grises,  
el tabaco y el whisky perdieron su sabor  
y durante años hasta la Muerte me ignoró  
como a un cerdo.

# Henry Tripp

El banco quebró y yo perdí mis ahorros.  
Estaba harto de los juegos pesados en Spoon River  
y decidido a escapar  
y dejar el lugar de mi vida y mi familia;  
pero en cuanto el tren de medianoche entró en la estación,  
del peldaño saltaron Cully Green  
y Martin Vise, y empezaron a pelear  
para saldar su vieja rivalidad,  
dándose de puñetazos que resonaban  
como mazazos.

Me parecía que Cully iba ganando,  
cuando en su cara ensangrentada se abrió de pronto una sonrisa  
de repugnante cobardía, y se recostó de Martin gritando  
“Somos buenos amigos, Mart,  
tú sabes que soy tu amigo”.

Pero un terrible puñetazo de Martin lo hizo rodar  
y rodar hecho un ovillo.

Entonces me arrestaron como testigo,  
y perdí mi tren y me quedé en Spoon River  
para librar mi pelea con la vida hasta el final.  
¡Ay, Cully Green, fuiste mi salvador—  
Tú, tan avergonzado y cabizbajo durante años,  
que vagabas sin voluntad por esas calles,  
el alma lastimada envuelta en trapos sucios,  
tú, el que no supo resolver peleando.

# Granville Calhoun

Quería ser juez del distrito  
un período más, para redondear un servicio  
de treinta años.  
Pero mis amigos me abandonaron para unirse a mis enemigos,  
y eligieron a uno nuevo.  
Entonces me atrapó un espíritu de venganza  
y se lo contagié a mis hijos,  
y viví rumiando mi desquite,  
hasta que la Naturaleza, ese gran médico,  
me abatió con la parálisis  
para dar descanso a mi cuerpo y a mi alma.  
¿Consiguieron mis hijos poder y dinero?  
¿Le sirvieron al pueblo o lo uncieron al yugo  
para arar y cosechar las tierras del egoísmo?  
¿Porque cómo podrían olvidar jamás  
mi rostro ante la ventana de mi dormitorio,  
sentado sin poder valerme, entre mis jaulas doradas  
con canarios cantores,  
mirando hacia el viejo edificio del tribunal?

# Henry C. Calhoun

¡Logré escalar la máxima altura en Spoon River,  
pero gracias a cuánta amargura del espíritu!  
El rostro de mi padre, sentado en silencio,  
como un niño, vigilando sus canarios,  
y contemplando la ventana del juez del distrito  
en el edificio del tribunal,  
y sus exhortaciones a que me impusiera  
en la vida, y castigara a Spoon River  
para vengar la injusticia que cometieron con él,  
me llenaron de furiosa energía  
para procurar la riqueza y procurar el poder.  
¿Pero qué otra cosa hizo sino enviarme  
a la senda que conduce a la gruta de las Furias?  
Seguí la senda, y esto les digo:  
por el camino a la gruta se pasa frente a las Parcas,  
los ojos en sombras, inclinadas sobre su telar.  
Deténganse por un momento, y si ven  
que el hilo de la venganza salta de la lanzadera  
entonces arranquen las tijeras de las manos de Atropos  
y córtlenlo de inmediato, no vaya a ser que los hijos de ustedes  
y los hijos de los hijos  
terminen por vestir el manto emponzoñado.

# Alfred Moir

¿Por qué no fui devorado por el desprecio de mí mismo,  
ni aniquilado por la indiferencia  
y la sublevación impotente, como “Indignación” Jones?

¿Por qué, con todos los pasos erráticos que di,  
no seguí el destino de Willard Fluke?

¿Y por qué, aunque estaba en la barra del Burchard,  
como una especie de señuelo de la casa para que los muchachos  
pagaran más tragos, la maldición de la bebida  
cayó sobre mí como una lluvia pasajera  
y me dejó el alma seca y limpia?

¿Y por qué nunca maté a un hombre,  
como Jack McGuire?

Pero en cambio algo ascendí en la vida,  
y todo se lo debo a un libro que leí.

¿Por qué tuve que ir a Mason City,  
donde por casualidad vi el libro en una vidriera,  
con esa portada llamativa que atrajo mi mirada?

¿Y por qué mi alma le respondió al libro  
cuando lo leí y lo releí?

# Perry Zoll

Mis agradecimientos, amigos de la Asociación Científica del Distrito,  
por esta modesta piedra  
y su plaquita de bronce.

Dos veces traté de ingresar a ese honorable cuerpo,  
y fui rechazado.

Y cuando mi breve tratado  
acerca de la inteligencia de las plantas  
comenzó a atraer la atención,  
casi aprobaron mi ingreso.

Después de eso crecí sin necesidad de ustedes  
ni de su reconocimiento.

Pero no rechazo su piedra conmemorativa,  
en vista de que si lo hiciera,  
les privaría del honor de honrarse.

# Dippold, el optometrista

¿Y ahora qué ve?

Pelotas negras, amarillas, moradas.

¡Un momento! ¿Y ahora?

Papá, mamá y mis hermanas.

¡Sí! ¿Y ahora?

Caballeros en armas, mujeres hermosas, caras simpáticas.

Probemos este.

Un campo de trigo —una ciudad.

¡Muy bien! ¿Y ahora?

Una mujer joven con ángeles que se inclinan sobre ella.

¡Un lente más fuerte! ¿Y ahora?

Muchas mujeres con los ojos brillantes y los labios abiertos.

Probemos este.

Solo una copa sobre una mesa.

¡Ajá, ya veo! Probemos este lente.

Solo un espacio abierto —no veo nada en particular.

¡Bien! ¿Y ahora?

Pinos, un lago, un cielo de verano.

Eso está mejor. ¿Y ahora?

Un libro.

Léame una página.

No puedo. Los ojos se me van de la página.

Pruebe con este lente.

Abismos de aire.

¡Excelente! ¿Y ahora?

Luz, solo luz, que vuelve todo allá abajo un mundo de juguete.

Muy bien, le haremos sus lentes apropiados.

# Magrady Graham

Cuéntenme, ¿a Altgeld lo eligieron gobernador?  
Porque cuando comenzaron a llegar los resultados  
y Cleveland estaba arrasando en el Este  
fue demasiado para ti, mi viejo y querido corazón,  
que se había batido por la democracia  
en los largos, largos años de la derrota.  
Y como un reloj que se echa a perder  
te sentía marchar cada vez más lento, hasta que te detuviste.  
Cuéntenme, ¿eligieron a Altgeld?  
¿Y qué hizo?  
¿Le regaló su cabeza en una bandeja a una bailarina  
o logró triunfar para su pueblo?  
Porque cuando lo vi  
y tomé su mano,  
el azul infantil de su mirada  
me hizo llorar,  
y había un aire de eternidad en torno suyo,  
¡como la clara y fría luz que reposa al amanecer  
sobre las colinas!

# Archibald Higbie

Te detestaba, Spoon River. Traté de elevarme por sobre ti.  
Me avergonzabas. Te despreciaba  
como lugar de nacimiento.  
Y allá en Roma, entre los artistas,  
hablando en italiano, hablando en francés,  
me parecía a veces estar libre  
de todo vestigio de mi origen.  
Me parecía llegar a la cumbre del arte  
y respirar el aire que respiraban los maestros  
y mirar el mundo con los ojos de ellos.  
Pero al pasar ante mi obra decían:  
“¿Qué es lo que buscas, amigo?  
A veces las caras tienen un parecido a Apolo  
y a veces se dan un aire a Lincoln”  
No había cultura en Spoon River, lo sabemos.  
Y yo ardía de vergüenza y guardaba silencio.  
¿Pero qué podía hacer cubierto del todo  
y aplastado por la tierra del oeste,  
sino anhelar y rogar por un nuevo nacimiento  
en otro lugar del mundo, con todo cuanto fuese de Spoon River  
arrancado de mi alma?

# Tom Merritt

Al comienzo algo sospeché—  
ella actuaba tan calmada y distraída.  
Y un día escuché que la puerta trasera se cerraba  
al entrar yo por el frente, y lo vi escabullirse  
tras el ahumadero hasta el solar,  
y correr por el campo.  
Y tuve la intención de matarlo al verlo no más.  
Pero ese día, caminando por Fourth Bridge,  
sin un palo o piedra en mano,  
de pronto lo vi ahí parado  
muerto de miedo, sosteniendo sus conejos,  
y solo pude gritarle “No, no, no,”  
cuando apuntó y me tiró al corazón.

# La señora Merritt

Callada ante el jurado,  
sin responder una palabra al juez cuando me preguntó  
si tenía algo que decir contra la sentencia,  
solo meneando la cabeza.

¿Y qué iba yo a decirle a la gente que pensaba  
que una mujer de treinta y cinco está en pecado  
cuando su amante de diecinueve mata al esposo?

Aunque ella le hubiese dicho una y otra vez

“Vete, Elmer, vete lejos,  
te enloquecí cuando te regalé mi cuerpo:  
terminarás haciendo algo terrible”.

Y tal como temía, mató a mi esposo;  
¡con eso, ante Dios, nada tuve que ver!

¡Callada por treinta años de cárcel!

Y las puertas de hierro de Joliet se abrieron  
cuando los presos de confianza, grises y silenciosos  
me sacaron en el ataúd.

# Elmer Karr

¿Qué sino el amor de Dios pudo haber ablandado  
y vuelto indulgente a la gente de Spoon River  
para conmigo que ofendí el lecho nupcial de Thomas Merritt  
y además lo maté?

¡Oh, amorosos corazones que me volvieron a aceptar  
cuando volví de mis catorce años en prisión!

¡Oh, manos solidarias que me recibieron en la iglesia  
y escucharon entre lágrimas mi confesión penitente  
al tomar el sacramento del pan y el vino.

Arrepiéntanse, ustedes los que aún viven y están con Jesús.

# Elizabeth Childers

¡Polvo de mi polvo,  
y polvo en mi polvo  
oh, niña muerta al venir al mundo,  
muerta en mi muerte!  
Sin conocer el Aliento de la Vida, aunque lo procuraste con afán,  
con un corazón que latió mientras viviste en mí,  
y se detuvo cuando me dejaste para siempre.  
Todo está bien, mi niña. Porque nunca recorriste  
el largo, largo camino que comienza con los días de la escuela,  
cuando los deditos borronean bajo las lágrimas  
que caen sobre los garabatos de las letras.  
Y la primera herida, cuando un compañerito  
te deja por otra;  
y las enfermedades, y el rostro del Miedo junto a tu cama;  
la muerte del padre o de la madre,  
o avergonzarte de ellos, o la pobreza.  
Termina el pesar inocente de los días de escuela  
y ya la ciega naturaleza te hace beber  
de la copa del Amor, aunque sepas que está envenenada;  
¿hacia quién te obliga a volver la flor de tu rostro,  
al jardinero o al inútil? ¿Cómo es la sangre que nos llama?  
Pura o inmunda, qué más importa,  
la sangre que llama nuestra sangre.  
Y luego tus hijos— ¡Ay!, ¿qué podrá ser de ellos?  
¿Y cuál tu sufrimiento? ¡Niña! ¡Niña!  
¡La muerte es mejor que la vida!

# Edith Conant

Deambulamos por el lugar, nosotros, los recuerdos,  
y nos cubrimos los ojos por el temor a leer:

“17 de junio de 1884, a la edad de 21 años y tres días”.

Y es que todas las cosas han cambiado.

Y nosotros, nosotros, los recuerdos, permanecemos aquí por nuestra propia cuenta,  
pues ya no hay mirada que nos advierta, o sepa por qué seguimos aquí.

Murió tu esposo, tu hermana vive lejos,  
a tu padre lo encorvó la edad,  
se olvidó de ti, ya casi no sale de la casa.

¡No hay quien recuerde tu rostro exquisito,  
tu voz cantarina!

Y cómo cantabas, aún en la mañana del ataque,  
con penetrante ternura, con conmovedora tristeza  
antes de venir la niña que murió contigo.

Todo en el olvido, menos nosotros, los recuerdos,  
que el mundo ha olvidado.

Todo ha cambiado, menos el río y la colina...  
aunque hasta ellos cambiaron.

Solo son los mismos el sol ardiente y las estrellas serenas.

Y nosotros— nosotros, los recuerdos, seguimos aquí temerosos,  
los ojos cubiertos de un hastío de lágrimas

¡en el hastío inmenso!

# Charles Webster

¡Los pinares en la colina,  
y la casa de la grana en la distancia,  
nítidos como a través de un lente  
bajo un cielo azul pavorreal!  
Pero hacia la tarde llegó un manto de nubes  
a ensombrecer la tierra. Y caminaste por la carretera  
y el trebolar donde solo se escuchaba  
el líquido trémolo del grillo.  
Luego cayó el sol entre grandes jirones  
de tormentas distantes. Y un viento creciente  
despejó el cielo y avivó las llamas  
de las estrellas desnudas  
e hizo oscilar a la luna bermeja  
suspendida entre la ceja de la colina  
y las copas intermitentes del manzanar.  
Recorraste la playa del pensamiento  
donde las gargantas de las olas eran como chotacabras  
cantando bajo el agua y gritándole  
a la estela del viento entre los cedros,  
hasta detenerte, demasiado agobiado de lágrimas, cerca de la choza,  
y al mirar hacia arriba ahí estaba Júpiter  
jugando con la copa del pino gigante,  
y al mirar hacia abajo ahí estaba mi mecedora vacía,  
mecida por el viento en el porche solitario—  
¡Ten valor, amada!

# El padre Malloy

Su lugar es allá, padre Malloy,  
donde el campo es santo, y hay una sepultura en cada cruz,  
no aquí en la colina con nosotros—  
Nosotros los de la fe vacilante y la visión obnubilada  
y la esperanza a la deriva y los pecados sin perdonar.  
Era usted tan humano, padre Malloy,  
que de vez en cuando se tomaba un trago amistoso con nosotros,  
se ponía de nuestra parte para rescatar Spoon River  
de la tiesura y la monotonía de la moralidad pueblerina.  
Usted era como el viajero que nos trae una cajita con arena  
del desierto que rodea a las pirámides  
y las vuelve reales y vuelve a Egipto real.  
Era parte y relación con un gran pasado,  
y sin embargo tan cercano a muchos de nosotros.  
Usted creía en la alegría de vivir.  
No parecía avergonzarse de la carne.  
Encaraba a la vida tal cual es,  
y con sus cambios.  
Algunos casi fuimos hasta usted, padre Malloy,  
al ver como su iglesia había divinizado el corazón,  
y cuidado de él,  
por Pedro la Llama,  
Pedro la Roca.

# Ami Green

¡No “un joven de cabello cano y ojeroso”,  
sino un viejo de piel tersa  
y pelo negro!  
Cara de niño tuve toda la vida  
y por años el alma firme y decidida  
en un mundo que solo me vio como una chanza  
al que tratar como muchacho cuando le placía,  
o abrumar como hombre cuando le placía,  
pues ni era hombre ni era niño.  
En verdad nunca maduré  
ni de cuerpo ni de alma, y yo les digo  
que la tan anhelada juventud eterna  
no es más que detención del crecimiento.

# Calvin Campbell

Ustedes que se revuelven contra el Destino,  
díganme ¿cómo es que en este mismo lado de la colina,  
que baja al río  
y recibe el sol y el viento del sureste,  
esta planta solo extraiga veneno del aire y del suelo  
y se vuelva hiedra venenosa?  
¿Y que esta otra extraiga del mismo aire y del mismo suelo  
el elixir dulce y el colorido, y sea un cerezo?  
¿Y ambas florezcan?  
Podemos culpar a Spoon River por lo que es,  
¿pero a quién culpar por la voluntad tuya  
que se alimenta a sí misma y te hace ser cicuta,  
cizaña, amargón o barbasco,  
y no es capaz de aprovechar el suelo o el aire  
para hacerte jazmín o glicina?

# Henry Layton

Quienquiera que seas, tú que por aquí transitas,  
sabes que mi padre era amable,  
y mi madre violenta,  
y yo el conjunto de las mitades hostiles,  
sin mezcla ni fusión,  
sino distinta cada una, apenas soldadas.  
Algunos de ustedes me conocieron amable,  
algunos violento,  
otros las dos cosas,  
pero ninguna de ambas forjó mi ruina.  
Fue el derrumbe de las dos mitades  
que nunca encajaron  
lo que mató a mi alma.

# Harlan Sewall

Nunca comprendiste, oh desconocido,  
por qué retribuí  
tu amistad leal y tus atenciones delicadas  
primero con agradecimiento cada vez menor  
y luego con retiro gradual de tu presencia  
para no verme en la obligación de agradecerte,  
y después con el silencio que siguió  
a la separación definitiva.

Tú salvaste mi alma eterna. Pero para eso  
supiste de mi enfermedad, conociste mi secreto,  
y por eso hui de ti.

Pues cuando nuestros cuerpos se levantan de su sufrimiento,  
besamos para siempre las manos diligentes  
que nos daban ajeno, pero temblamos  
de solo pensar en el ajeno,  
un alma ya curada es otra cosa,  
porque borramos de nuestra memoria  
las palabras dichas con dulzura, los ojos preocupados,  
y nos plantamos en el olvido eterno,  
no tanto del sufrimiento mismo,  
sino de la mano que lo curó.

# Ippolit Konovaloff

Yo fui armero en Odessa.

Una noche la policía irrumpió en mi cuarto  
donde unos cuantos leíamos a Spencer.

Nos confiscaron los libros y nos arrestaron.

Pero hui y me vine a Nueva York

y de ahí a Chicago, y luego a Spoon River,

donde pude estudiar en paz a mi Kant

¡y ganarme la vida reparando pistolas!

¡Vean mis moldes! ¡Mi arquitectónica!

¡Uno para el cañón, uno para el percutor

y otros para las demás partes de la pistola!

Bien, supongan ahora que quien vive de la armería

no hace otra cosa que duplicar los moldes

que les muestro —bueno, todas las pistolas

serían iguales, con un percutor para golpear

el cartucho y un cañón para dirigir el tiro,

todos funcionando para sí mismos de la misma manera

y todos funcionando para los demás de la misma manera.

¡Y así sería vuestro mundo de las pistolas!,

al que nada podría liberar de sí mismo

salvo un moldeador con diferentes moldes

para moldear el metal.

# Henry Phipps

Yo era el supervisor de escuelas dominicales,  
y presidente títere de las obras del ferrocarril  
y de la enlatadora,  
a las órdenes de Thomas Rhodes y la pandilla de banqueros;  
mi hijo cajero del banco,  
casado con la hija de Rhodes.

Gastaba los días de semana en hacer dinero  
y los domingos en orar en la iglesia.

Para todo efecto un diente en el engranaje de las cosas como son:  
el dinero, el patrono y el hombre, todo blanqueado  
con la pintura del credo cristiano.

Y entonces:

se desplomó el banco. Me quedé mirando la maquinaria arruinada—  
los engranajes con los agujeros tapados con masilla pintada,  
los pernos con herrumbre, las varillas rotas;  
y solo en buen estado el depósito de almas, listo para usar  
en una nueva devoradora de vidas, cuando los diarios, los jueces  
y los magos del dinero  
la vuelvan a construir.

Me dejaron en el hueso, pero echado sobre la Roca de los Tiempos,  
sabedor ahora de cómo se batía el cobre, ya no el incauto de antes,  
y enterado de que “los rectos perdurarán sobre la tierra,  
pero los días de los deshonestos serán acortados”.

De pronto el doctor Meyers me descubrió  
un cáncer en el hígado.

¡Después de todo Dios no tenía un interés particular en mí!

Pues sí, cuando estaba en la cima  
hasta donde escalé superando las nubes,  
y listo para una larga vida en el mundo,  
las fuerzas de la eternidad  
me dieron un empujón hacia el frente.

# Harry Wilmans

Recién cumplí los veintiuno  
y Henry Phipps, superintendente de escuelas municipales,  
dio un discurso en el Teatro de la Ópera de Bindle.  
“Debemos mantener en alto el honor de la bandera”, dijo,  
“así la ataque una banda de bárbaros tagalos  
o la potencia más poderosa de Europa”.  
Y nosotros aplaudimos y aplaudimos el discurso y la bandera que él hacía ondear  
mientras hablaba.  
Y me fui a la guerra a pesar de mi padre,  
y seguí la bandera hasta que la vi izarse  
sobre nuestro campamento en un arrozal cerca de Manila,  
y todos la aplaudimos y la aplaudimos.  
Pero había moscas y bichos venenosos;  
y había un agua mortífera,  
y un calor despiadado,  
y comida malsana, putrefacta,  
y la hediondez de las zanjas tras las tiendas de campaña  
donde iban los soldados a aliviarse;  
y estaban las putas que nos seguían, llenas de sífilis;  
y actos bestiales entre nosotros o en solitario,  
y nos atropellábamos, nos detestábamos, nos degradábamos,  
y días de odio y noches de miedo  
a la hora de ir a la carga por el pantano humeante  
tras la bandera,  
hasta que caí con un grito, con un tiro en las tripas.  
Ahora hay una bandera sobre mí en Spoon River.  
¡Una bandera! ¡Una bandera!

## John Wasson

¡Oh, la hierba humedecida de rocío en la pradera de Carolina del Norte  
por la que Rebecca me seguía llorando y llorando  
con un niño en brazos, y tres detrás llorando,  
prolongando el adiós de mi ida a la guerra con el inglés,  
y luego los largos, largos años hasta lo de Yorktown.  
Y después mi búsqueda de Rebecca,  
para hallarla por último en Virginia  
con dos niños muertos en el entretanto.  
Nos fuimos en carreta para Tennessee,  
y de allí, tras años, hasta Illinois  
y por fin a Spoon River.  
Cortamos el pasto del búfalo,  
talamos los bosques  
construimos escuelas y puentes  
allanamos caminos y aramos los campos,  
a solas con la pobreza, las calamidades, la muerte—  
Si Harry Wilmans, que peleó en Filipinas,  
ha de tener una bandera sobre su tumba,  
¡tómenla de la mía!

# Muchos soldados

La idea ondeó ante nosotros como una bandera,  
el sonar de la música marcial,  
la emoción de portar un arma,  
conquistar posiciones al volver a casa,  
un destello de gloria, la furia contra los villanos,  
el sueño de deberse a la patria o a Dios.  
Solo cosas en nuestro interior brillando ante los ojos,  
no el poder tras de nosotros,  
la Todopoderosa mano de la Vida  
como el fuego del centro de la tierra, hacedor de montañas,  
o las aguas represadas que se abren paso entre ellas.  
¿Recuerdan aquella banda de hierro  
que Shack Dye, el herrero, soldó  
en torno al roble del jardín de Bennet  
para colgar de él una hamaca  
en la que Janet, su hija, pudiese reposar  
y leer en las tardes de verano?  
¿Y que el árbol, al engrosar, partió en dos  
la banda de hierro?  
Pero ni una sola célula del árbol  
se enteró de que una vez había vibrado de vida,  
ni le importó que la hamaca  
cayese a tierra con los poemas de Milton.

# Godwin James

¡Harry Wilmans! Tú que caíste en un pantano  
cerca de Manila, siguiendo a la bandera,  
no fuiste herido por la grandeza de un sueño,  
o destruido por una labor inútil,  
o llevado a la insania por tropiezos diabólicos,  
ni te destrozó el mal de nervios,  
ni llegaste a la vejez cubierto de heridas.  
No moriste de hambre, porque el gobierno te alimentaba.  
No padeciste el grito de “adelante”  
a un ejército que encabezabas  
contra un enemigo de sonrisa burlona  
más aguda que las bayonetas. No te aniquilaron  
bombas invisibles. No te rechazaron  
quienes te vencieron.  
No comiste el pan insípido  
que una alquimia miserable cuece con los ideales.  
Tú fuiste a Manila, Harry Wilmans,  
y yo me alisté en el ejército destartalado  
de divinos jóvenes de mirada brillante  
que avanzamos en oleada, que nos hicieron retroceder y caer,  
enfermos, quebrados, llorosos, despojados de fe,  
siguiendo la bandera del Reino de los Cielos.  
Tú y yo, Harry Wilmans, caímos  
cada uno a su manera, sin distinguir  
el bien del mal, la derrota de la victoria,  
ni cuál es esa cara que sonrío  
tras la máscara demoníaca.

# Lyman King

Podrías pensar, transeúnte, que el Destino  
es una trampa que te acecha allá afuera,  
a la que puedes darle la vuelta si empleas la prudencia  
y la sabiduría.

Eso crees, contemplando la vida de los demás,  
como el que imita a Dios y se inclina sobre el hormiguero  
a ver como son evitables las dificultades.

Pero trasládalo a la vida:

a su debido tiempo verás aproximarse a tu Destino  
con la forma de tu propia imagen en el espejo;  
o estarás sentado a solas frente al hogar  
y de pronto habrá un huésped en la silla a tu lado,  
y sabrás quién es ese huésped,  
y leerás el auténtico mensaje en su mirada.

## Caroline Branson

¡Con nuestros corazones como soles errantes paseamos,  
tantas veces, por los campos de abril hasta que la luz de las estrellas  
tapizase con gasa invisible la penumbra  
bajo la cuesta, el lugar de nuestras citas de la arboleda,  
en el recodo del arroyo! ¡Pasando del embeleso  
en notas musicales, conjugándose a las caricias  
que el amor inspirado improvisa!  
¡Pero cerrarnos como termina un cántico  
el arrobado encantamiento de la carne  
en el que se hundían nuestras almas hondo, hondo,  
hasta donde ya no había ni tiempo ni espacio ni nosotros—  
aniquilados de amor!  
Dejar atrás todo eso, por un cuarto con lámparas,  
y nuestro Secreto burlándose de sí mismo,  
ocultándose entre flores y mandolinas  
a la vista de todos entre la ensalada y el café.  
Y verlo temblar, y sentir  
que me conozco el futuro, como quien firma un pagaré—  
ni ostentosa de obsequios ni colmada de prendas,  
con las manos rosadas tapándole el rostro.  
Y entonces, ¡la noche! ¡premeditada! ¡desamorada!  
¡Y todo el embeleso ensuciado por caricias  
en la habitación elegida y a la hora sabida por todos!  
Al día siguiente se sentó allí, tan indiferente, casi frío,  
tan raramente cambiado, extrañado de mi llanto,

hasta que en una especie de enfermo desespero y voluptuosa insania  
nos arrastró hasta el pacto de la muerte.

Apenas un retoño de la esfera de la tierra,  
frágil como la luz de las estrellas;  
a la espera de ser echado de nuevo  
al torrente de la creación.

Pero la próxima vez para ser puesto a nacer  
de vez en cuando contemplado por Rafael y San Francisco  
a su paso.

Porque yo soy su hermanito,  
al que se conocerá claramente cara a cara  
a lo largo del ciclo del nacimiento que aquí comienza.

Puedes conocer la semilla y el suelo,  
pueden ustedes sentir caer la lluvia fría,  
pero tan solo la esfera de la tierra, tan solo el cielo  
conoce el secreto de la semilla  
en la cámara nupcial en el subsuelo.

Échenme de nuevo al torrente,  
concédanme otro intento—  
¡Sálvame, Shelley!

# Anne Rutledge

De mí, una desconocida que no valgo nada,  
brotan las vibraciones de una música que no muere:  
“Sin malicia para nadie, con caridad para todos”.  
De mí surge el perdón de millones para otros millones,  
y el rostro benefactor de una nación  
resplandeciente de justicia y de verdad.  
Yo soy Anne Rutledge, la que duerme bajo estos rastrojos,  
amada en vida por Abraham Lincoln,  
casada con él, pero por separación,  
no por unión.  
¡Florece por siempre, oh República,  
desde el polvo de mi corazón!

# Hamlet Micure

En la fiebre persistente nos vienen muchas visiones:  
estaba de vuelta en la casita  
del gran jardín de tréboles  
que llegaban a la cerca,  
a la sombra del roble  
donde los niños colgamos el columpio.  
Pero la casita era el zaguán de una finca  
puesta en un prado, y al lado del prado el mar.  
Yo estaba en el cuarto donde el pequeño Paul  
se ahogaba de difteria,  
pero tampoco era ese cuarto—  
era un mirador asoleado  
entre ventanas con parteluces,  
y en una silla había un hombre sentado con un manto negro  
con un aire a Eurípides.  
Había venido a visitarme, o yo había ido a visitarlo—  
no sabría decirlo.  
Podíamos oír el ritmo del mar, el trebolar asentía  
al viento del verano, y el pequeño Paul vino a la ventana  
con flores de trébol y se sonrió.  
Entonces le dije: “¿Qué es el ‘desespero divino’, Alfred?”.  
“¿Leíste *Lágrimas, lágrimas vanas?*”, me preguntó.  
“Sí, pero no veo expresado el desespero divino”.  
“Mi pobre amigo”, me respondió, “por eso era divino  
el desespero”.

# Mabel Osborne

¡Tus brotes rojos entre las hojas verdes  
languidecen, bello geranio!

Pero no pides agua.

¡No puedes hablar! No necesitas hablar:

¡todos saben que te mueres de sed,  
pero no te dan agua!

Pasan de largo, diciendo:

“El geranio quiere agua”.

Y yo, que tenía felicidad para compartir

y quería compartir su felicidad;

yo que te amaba, Spoon River,

y que les imploraba amor,

me marchitaba ante tus ojos, Spoon River—

sedienta, sedienta,

muda por un alma casta para pedir amor

a quienes me conocían y me veían perecer ante ellos,

como ese geranio que alguien plantó sobre mí

y lo dejó morir.

## William H. Herndon

Junto a la ventana de la vieja casa  
posada sobre el risco, oteando millas de valle,  
concluidos mis días de trabajo, sentado en la decadencia de la vida,  
día tras día miraba en mi memoria,  
como el que observa en la bola de cristal de la adivinadora,  
y veía las figuras del pasado  
moverse por la increíble esfera del tiempo  
como en desfile tras el vidrio de un sueño esplendoroso.  
Y vi a un hombre levantarse del suelo como un gigante mítico  
y arrojarse sobre un destino sin muerte,  
señor de grandes ejércitos, líder de la república,  
recogiendo en un ditirambo del canto recreativo  
las esperanzas épicas de un pueblo,  
y al mismo tiempo el Vulcano de los fuegos supremos  
donde se forjaron escudos y espadas imperecederos  
con espíritus templados en el cielo.  
¡Véanlo en el cristal! Miren cómo aprieta el paso  
hacia el lugar donde su senda empalma con la senda  
de un hijo de Plutarco y Shakespeare.  
Oh, Lincoln, actor de veras, que hiciste bien tu rol,  
y tú, Booth, que irrumpiste con una pieza mímica en la pieza,  
muchas veces los vi,  
mientras los cuervos cruzaban graznando rumbo al bosque  
sobre el techado de mi casa en los ocasos solemnes,  
allí junto a mi ventana,  
solo.

# Rebecca Wasson

¡Primavera y verano, otoño e invierno  
arrastrándose uno tras otro, arrastrándose por ante mi ventana!  
¡Y he yacido durante tantos años viéndolos arrastrarse y contando  
los años hasta que el terror llegaba a mi corazón en ocasiones,  
cuando sentía que me había vuelto eterna; y así hasta llegar  
a los cien años! ¡Y todavía yazgo  
escuchando el tictac del reloj, y el mugir del ganado  
y el chillido del grajo volando entre las hojas que caen!  
Día tras día sola en un cuarto de la casa  
de una nuera gris golpeada por los años.  
Y en la noche, o mirando por la ventana en pleno día,  
mi pensamiento volaba atrás, al parecer, por el tiempo infinito  
hasta Carolina del Norte y todos los días de mi infancia,  
y a John, mi John. Ido a la guerra contra el inglés,  
y todos los niños, las muertes, y todas las tristezas,  
y esa extensión de años como una pradera en Illinois,  
a través de la cual grandes figuras cruzaban como jinetes presurosos,  
Washington, Jefferson, Jackson, Webster, Clay.  
¡Oh, hermosa joven república a la que mi John y yo  
le dimos toda nuestra fuerza y nuestro amor!  
¡Y, oh, mi John!,  
¿por qué, cuando yacía en cama tan desasistida por años,  
rezando para que vinieras, se demoró tu venida?  
Viendo que con un grito de júbilo, como el que di  
cuando me hallaste en la vieja Virginia al terminar la guerra,  
volví a gritar cuando te vi al lado de la cama

mientras el sol permanecía bajo en el oeste y se iba empequeñeciendo y apagando a la luz de tu rostro.

# Rutherford McDowell

Me trajeron ambrotipos<sup>7</sup>  
de los viejos pioneros para que los ampliara.  
Y a veces alguno posaba para mí—  
alguno que estuvo ahí  
cuando las manos de los gigantes del vientre del mundo  
desgarraron la república.  
¿Qué había en sus miradas?—  
porque nunca pude desentrañar  
ese dolor místico de párpados caídos  
y la serena tristeza de sus ojos.  
Era como un pozo de agua  
entre los robles a la vera del bosque  
donde caen las hojas  
mientras se escucha el canto del grillo  
de una granja lejana, allá por las colinas  
donde vive la tercera generación, y los hombres fuertes  
y las mujeres fuertes están ausentes y olvidados.  
¡Y esos son los nietos y biznietos  
de los pioneros!  
En verdad mi cámara grabó, también, sus rostros  
con mucha de la vieja fuerza ida,  
y la vieja fe ida,

.....  
7      Fotografía en positivo hecha mediante el proceso del colodión sobre vidrio y que se mira sobre un fondo oscuro.

y el viejo dominio de la vida ido,  
y la vieja valentía ida,  
¡la que se esfuerza y ama y sufre y canta  
bajo el sol!

# Hannah Armstrong

Le escribí una carta para pedirle a nombre de los viejos tiempos  
que licenciara a mi hijo enfermo del ejército;  
pero quizá no pudo leerla.

Entonces fui a la ciudad, y puse a James Garber,  
que redactaba tan bonito, a escribirle otra carta.  
Pero quizá se perdió en el correo.

Así que me eché todo el viaje hasta Washington.  
Me costó más de una hora hallar la Casa Blanca.  
Y cuando la hallé no me dejaban entrar,  
tapándose las sonrisas.

Entonces pensé: “Ah, bueno, ya no es el mismo de cuando lo alojé  
y él y mi esposo trabajaban juntos  
y todos lo llamábamos Abe, allá en Menard”.

Como último intento me volví hacia un guardia y le dije:  
“Por favor, dígame que es la tía vieja Hannah Armstrong,  
de Illinois, que vino a verlo por lo de su hijo enfermo  
en el ejército”.

¡Bueno, en un santiamén me dejaron entrar!

Y cuando él me vio, se echó a reír,  
y dejó sus asuntos de presidente,  
y escribió con su propia mano la licencia de Doug  
mientras hablaba de aquellos tiempos  
y echaba los cuentos.

# Lucinda Matlock

Yo iba a los bailes en Chandlerville,  
y jugaba en Winchester a cambiar de parejas.  
Una vez cambiamos de pareja  
camino a casa a la luz de la luna, a mediados de junio,  
y ahí conocí a Davis.  
Nos casamos y vivimos juntos por setenta años,  
dichosos, trabajando, criando doce muchachos.  
Perdimos ocho  
antes de yo llegar a los sesenta.  
Hilaba, tejía, llevaba la casa, cuidaba a los enfermos,  
arreglaba el jardín, y los días de fiesta  
paseaba por el campo donde cantaban las alondras,  
y por las orillas del Spoon recogiendo conchitas  
y flores y yerbas medicinales—  
gritándoles a las colinas cubiertas de árboles, cantándoles a los verdes valles.  
A los noventa y seis ya había vivido suficiente, eso es todo,  
y entré al dulce reposo.  
¿Qué es eso que oigo decir de la tristeza y el hastío,  
la rabia, el descontento y las esperanzas por el suelo?  
Hijos e hijas degenerados,  
la vida es demasiado fuerte para ustedes—  
se necesita vida para ansiar la Vida.

# Davis Matlock

Suponte que solo existe la colmena:  
que hay zánganos y obreras  
y reinas, y nada más almacenamos miel—  
(cosas materiales junto a la cultura y la sabiduría)—  
para la siguiente generación, la generación que aún no vive,  
sino bulle bajo el sol de la juventud,  
estirando sus alas sobre lo recolectado  
y saboreando, camino a la colmena  
desde el trebolar, el botín delicado.  
Supón todo eso, y supón la verdad:  
que la naturaleza del hombre es mayor  
que la necesidad de la naturaleza en la colmena,  
y que debes soportar la carga de la vida  
junto al impulso de los excesos del espíritu—  
Bueno, diría yo vivirla como un dios  
seguro de su inmortalidad, aunque dudando  
de la forma de vivirla.  
Si eso no hace que Dios sienta orgullo de ti,  
entonces Él no es más que fuerza de gravedad,  
o el sueño la meta dorada.

# Herman Altman

¿Seguí a la Verdad a donde me llevara,  
y me enfrenté al mundo por una causa,  
y defendí a los débiles de los poderosos?  
Si tal hice, sería recordado entre los hombres  
como fui conocido en vida entre la gente,  
y como me odiaron y me amaron en la tierra,  
así que no me construyan monumento alguno  
ni me erijan ningún busto,  
a menos que, aunque no me convierta en semidiós,  
se haya perdido la realidad de mi alma,  
y entonces los ladrones y los mentirosos,  
que fueron mis enemigos y me destruyeron,  
y los hijos de los ladrones y los mentirosos  
me puedan rebatir y afirmar ante mi busto  
que estuvieron conmigo en los días de mi derrota.  
No me construyan monumento alguno  
a menos que a mi memoria la perviertan  
a favor de la mentira y la opresión.  
Quienes me amaron y sus hijos no deben ser despojados de mí;  
yo debería ser la inmaculada posesión eterna  
de aquellos por los que viví.

# Jennie M'Grew

¡No la figura encapuchada en el recodo  
de la escalera a oscuras, encogida bajo la capa ondeante!  
¡No los ojos amarillos en el cuarto por las noches,  
que te miran desde una telaraña gris!  
¡Y no el batir de las alas del cóndor  
cuando el rugir de la vida arranca en tus oídos  
como un sonido jamás escuchado!  
Pero sí en una tarde de sol,  
en un camino del campo,  
donde florece la ambrosía púrpura a lo largo de la cerca raleada,  
y el terreno está espigado, y el aire es sereno,  
ver recortarse contra la luz algo que es negro,  
como una mancha de bordes irisados:  
es esa la señal para los ojos que ven más allá...  
¡Y eso fue lo que vi!

# Columbus Cheney

¡Este sauce llorón!

¿Por qué no plantas unos cuantos  
para los millones de niños aún por nacer  
como hacen con nosotros?

¿Acaso no tienen existencia, o son células dormidas  
sin mente?

¿O es que cuando vienen a la tierra  
su nacimiento rompe la memoria del ser anterior?

¡Respondan! El campo de la intuición inexplorada es vuestro.

Pero en todo caso ¿por qué no plantarles sauces  
como a nosotros?

## Wallace Ferguson

Allá en Génova, donde el Mont Blanc flotaba  
como una nube sobre el lago vino tinto, cuando algo soplabla una brisa  
desde el cielo azul vacío, y el Ródano rugiente  
se precipitaba bajo el puente entre los abismos rocosos,  
y la música a lo largo de los cafés se integraba al esplendor  
del agua que danzaba bajo un torrente de luz,  
y la parte más pura del genio de Jean Rousseau  
era la música silente de cuanto veíamos u oíamos—  
¿Allá en Génova, digo, no era tan grande el arrebató  
porque no podía vincularme a mi antiguo yo  
de hacía veinte años, cuando vagaba por Spoon River?  
¿Ni recordar lo que yo era o lo que yo sentía?  
Vivimos a la hora, libres de las horas pasadas.  
Así que, oh alma mía, si te pierdes en la muerte  
y despiertas en cualquier Génova vecina a algún Mont Blanc,  
¿de qué preocuparse si no te reconoces como aquel  
que vivió y amó en un rincón de la tierra  
que llamaban Spoon River y se desvaneció hace una eternidad?

# Marie Bateson

Mira esta mano esculpida  
con el índice apuntando al cielo.  
Es esa la dirección, no cabe duda.  
¿Pero cómo hacer para seguirla?  
Va bien abstenerse de matar y de fornicar,  
perdonar, hacer el bien al prójimo, adorar a Dios  
sin imágenes talladas.  
Pero después de todo son métodos externos  
más bien al servicio de tu propio bien.  
La médula interior es la libertad,  
la luz, la pureza—  
Yo no puedo más,  
halla tú la meta, o piérdela, de acuerdo con tu visión.

## Tennessee Claflin Shope

Yo era el hazmerreír del pueblo  
sobre todo de los cuerdos, como se llaman ellos,  
y también de los sabios, como el reverendo Peet, que leía griego  
igual que inglés.  
Porque en vez de hablar del libre comercio  
o predicar alguna forma de bautismo;  
en vez de creer en la eficacia  
de caminar sobre las grietas en el piso, de recoger los alfileres como debe ser,  
de ver la luna nueva por sobre el hombro derecho,  
o curar el reumatismo con un vidrio azul,  
yo afirmaba la soberanía de mi alma.  
Antes incluso de que Mary Baker G. Eddy comenzara  
con lo que ella llamó ciencia,  
yo dominaba ya el “Bhagavad Gita”  
y curé mi alma antes de que Mary  
empezara a curar los cuerpos con las almas—  
¡Paz para todos los mundos!

# Plymouth Rock Joe

¿Por qué correr con tanta prisa de aquí para allá  
a la caza de mosquitos o mariposas?  
Algunos se instalan solemnemente a escarbar gusanos;  
otros esperan a que se riegue el maíz.  
Es la vida, ¿no es así?  
¡Kikirikí! Muy bien, Thomas Rhodes,  
sin duda que eres el gallo del corral.  
Pero ahí viene Elliot Hawkins,  
kluk, kluk, kluk, atrayendo seguidores políticos;  
¡cuá, cuá, cuá! ¿por qué tan poética, Minerva,  
esta mañana gris?  
¡Gati-cuá, cuá! ¡qué vergüenza, Lucius Atherton,  
el graznido ronco que arrancaste de la garganta  
de Aner Clute lo retomará más adelante  
la mujer de Benjamin Pantier como un grito  
de voto para las mujeres: ¡Ka-duk-duk!  
¿Qué inspiración te ha llegado, Margaret Fuller Slack?  
¿Y por qué tu ojo de grosella  
se revuelve tan mojado, Tennessee Claflin Shope?  
¿Tratas de desentrañar lo esotérico del huevo?  
Tu voz está muy metálica esta mañana, Hortense Robbins:  
¡casi de gallineta!  
¡Cuá! Ese fue un suspiro gutural, Isaiah Beethoven;  
¿viste una sombra de águila  
o tropezaste con los muslos de pollo  
que botó el cocinero esta mañana?

¡Así seas caballero, héroe o pretendiente,  
metafísico, religioso o rebelde,  
jamás saldrás del patio de la granja  
si no te vuelas la cerca  
confundido con las conchas de papa y directo hasta el otro lado!

# Immanuel Ehrenhardt

Empecé con conferencias de Sir William Hamilton.  
Luego estudié a Dugald Stewart;  
y después a John Locke acerca del Entendimiento,  
y más tarde Descartes, Fichte y Schelling,  
Kant y de seguidas Schopenhauer:  
libros que el viejo juez Somers me prestaba.  
Todos leídos con fervor extasiado  
en el deseo de que me estuviese reservado  
tomar de la cola al secreto supremo  
y arrastrarlo fuera de su escondrijo.  
El alma se me remontó a una altura de diez mil millas,  
pero solo la luna lucía algo mayor;  
de ahí caí de vuelta, ¡feliz de estar en tierra!  
Y todo gracias al alma de William Jones  
que me mostró una carta de John Muir.

# Samuel Gardner

Yo, el encargado del invernadero,  
amante de árboles y flores,  
vi tantas veces en vida aquel umbroso olmo.  
Medía sus ramas generosas con mi vista  
y escuchaba el regocijo de sus hojas  
que se daban palmaditas amorosas  
murmurando con dulzura al viento,  
como debía ser:  
porque las raíces le crecieron tan vastas y profundas  
que el suelo de la colina no podía contener  
tanta virtud nutrida por la lluvia  
y calentada por el sol;  
se lo dejó todo a las raíces recrecidas  
que ascendieron y se le enroscaron en el tronco,  
y pasaron a las ramas, y por entre las hojas,  
donde la brisa cobraba vida y cantaba.  
Ahora, como inquilino de debajo de la tierra, puedo ver  
que las ramas de un árbol  
no sobrepasan lo que crecen sus raíces.  
¿Y cómo iba a poder el alma de un hombre  
ir más allá de la vida que ha vivido?

## Dow Kritt

Samuel habla eternamente de su olmo—  
pero no necesito morir para saber de raíces:  
yo, que excavé todas las zanjas de Spoon River.  
¡Vean mi olmo!  
Nació de una semilla tan buena como la de él,  
sembrada al mismo tiempo,  
se muere allá en la copa:  
no por falta de vida, ni por hongos  
ni insectos destructores, como piensa el sacristán.  
Ve, Samuel, donde tocaron roca las raíces  
y ya no pueden extenderse.  
Y mientras tanto la copa del árbol  
se extenúa y agoniza  
tratando de crecer.

## William Jones

De vez en cuando un yerbajo que no conozco  
y necesita un nombre de mis libros;  
de vez en cuando la carta de algún agricultor.  
De las conchas de los mejillones recogidos en la costa  
sale a veces una perla con brillo como de arrayán,  
y entonces una carta de Tyndall en Inglaterra  
con estampilla de Spoon River.  
Yo, amante de la Naturaleza, amado por mi amor a ella,  
mantenía esa plática de lejos con el grande  
que la conocía más que yo.  
Oh, no existe ni pequeñez ni grandeza  
salvo que la acrecentemos y logremos de ella un deleite mayor.  
Cúbranme con conchas recogidas en el río, cúbranme.  
Viví maravillado adorando tierra y cielo.  
Transcurrí en la marcha eterna de la vida sin fin.

# William Goode

A todos los del pueblo les parecía, sin lugar a dudas,  
que yo iba de aquí para allá, sin rumbo fijo.  
Pero de este lado del río se puede ver en el crepúsculo  
cómo aletean los murciélagos en zigzag de un lado a otro:  
deben volar así para cazar comida.  
Y si has perdido el camino en la noche  
en el bosque espeso cerca de Millers' Ford,  
y cogiste por donde la luz de la Vía Láctea se abre paso  
tratando de hallar tu senda,  
deberías comprender ahora que yo buscaba el camino  
tenazmente, y todas mis andancias  
eran de andar en busca de respuesta.

## J. Milton Miles

Cada vez que la campana presbiteriana  
sonaba por su cuenta, yo sabía que era la campana presbiteriana.  
Mas cuando su sonido venía confundido  
con el sonido de la metodista, la cristiana,  
la baptista y la congregacional,  
ya no podía distinguirla,  
ni a alguna entre las demás, a ninguna de ellas.  
Y pues tantas voces me llamaron en la vida,  
no se maravillen entonces de que no pueda distinguir  
lo verdadero de lo falso,  
ni siquiera, al final, la voz que sí debí reconocer.

# Faith Matheny

Al comienzo no sabrás lo que quieren decir,  
y puede que jamás lo sepas,  
y puede que jamás te lo digamos:  
esas llamas súbitas en tu alma,  
como el rayo centelleante en las nubes nevosas  
a la medianoche con la luna llena.  
Vienen en la soledad, o a lo mejor  
estás sentado con tu amigo y de repente  
el silencio se abate sobre la conversación, y sus ojos  
sin un parpadeo fulguran para ti:  
ambos han visto juntos el secreto,  
él lo ve en ti y tú en él.  
Y se quedan ahí, conmovidos, con temor de que el Misterio  
se presente ante los dos y los fulmine  
con un esplendor como el del sol.  
¡Sean valientes, almas que tienen visiones como esa!  
Pues sus cuerpos viven, pero el mío ha muerto,  
ustedes perciben ese pequeño soplo del éter  
que le está reservado solo a Dios.

# Scholfield Huxley

¡Dios! No me pidas que dé cuenta de tus prodigios,  
reconozco las estrellas y los soles  
y los mundos incontables.  
Pero he medido sus distancias  
y he pesado y descubierto sus sustancias.  
He inventado alas para el aire  
y quillas para el agua,  
y caballos de hierro para la tierra.  
Extendí la visión que me diste un millón de veces.  
Y el oído que me diste un millón de veces.  
He volado por el espacio con el lenguaje  
y le he sacado al aire el fuego de la luz.  
Construí grandes ciudades y perforé las montañas,  
y tendí puentes sobre las aguas majestuosas.  
Escribí la *Ilíada* y *Hamlet*;  
y he explorado tus misterios,  
y te he buscado sin cesar,  
y te volví a encontrar tras haberte perdido  
en horas de fatiga—  
Y te pregunto:  
¿qué te parecería crear un sol  
para tener al día siguiente a los gusanos  
escurriéndose por entre tus dedos?

# Willie Metcalf

Yo fui Willie Metcalf.  
Me llamaban “Doctor Meyers”  
porque, decían, me le parecía.  
Y él era mi padre, según Jack McGuire.  
Yo vivía en la caballeriza,  
y dormía en el piso  
junto al bulldog de Roger Baughman  
o a veces en un establo.  
Me podía arrastrar entre las patas de los caballos más salvajes  
sin que me patearan —nos conocíamos todos.  
En primavera vagaba por la comarca  
para recuperar la sensación, a veces perdida,  
de que yo tenía algo que ver con la tierra.  
Solía perderme, como dormido,  
acostado en el bosque con ojos semiabiertos.  
A veces hablaba con los animales —incluidos sapos y culebras—  
con cuanto tuviera un ojo al cual mirarle.  
Una vez vi una piedra al sol  
tratando de volverse gelatina.  
En los días de abril en este cementerio  
se agolpaba la gente muerta en torno mío,  
en completa quietud, como una congregación en rezo silencioso.  
Nunca supe si formaba parte de la tierra,  
con flores creciéndome por dentro, o si iba caminando—  
Ahora sé.

# Willie Pennington

Me llamaban el debilucho y el simplón,  
porque mis hermanos eran fuertes y hermosos,  
mientras yo, el último retoño de unos padres ya viejos,  
nada más heredé los residuos de su fuerza.

Pero a ellos, mis hermanos, los devoró  
el furor de la carne, del que yo carecía.

Los molió la actividad de los sentidos, de la que yo carecía.

Los endureció el incremento del deseo, del que yo carecía,  
y les dio el renombre y la riqueza.

Entonces yo, el debilucho, el simplón,  
guarecido en un rinconcito de la vida,  
ví una visión, y gracias a mí la vieron muchos,  
sin saber que era por mí.

Así nació un árbol  
de mí, una simple semilla de mostaza.

# El ateo del pueblo

Es con ustedes, jóvenes que debaten sobre la doctrina  
de la inmortalidad del alma.

Yo, quien aquí yace, era el ateo del pueblo,  
hablador, discutiador, ducho en los argumentos  
de los descreídos.

Pero en una larga enfermedad  
con una tos a muerte  
leí los *Upanishads* y la poesía de Jesús.

Y ellos encendieron una antorcha de intuición y de esperanza  
y anhelo que la Sombra,  
que me llevaba a toda prisa por las cavernas de las tinieblas,  
no la pudo apagar.

Óiganme, ustedes que viven en los sentidos  
y solo piensan mediante los sentidos:  
la inmortalidad no es un regalo,  
la inmortalidad es un merecimiento;  
y solo los que se esfuerzan una enormidad  
pueden poseerla.

## John Ballard

En el arrebató de mi fuerza  
maldije a Dios, pero no me hizo caso:  
igual pude maldecir a las estrellas.  
En mi última enfermedad agonizaba, pero no cejé  
y lo maldije por mi sufrimiento.  
Y Él seguía sin hacerme caso;  
me dejó por mi cuenta, como siempre.  
Igual pude maldecir la torre de la iglesia presbiteriana.  
Me fui debilitando y me sobrecogió el terror:  
quizá de tanto maldecirlo había enajenado a Dios.  
Un día Lydia Humphrey me trajo un ramo  
y se me ocurrió amistarne con Él.  
Así que traté de amistarne con Dios;  
pero igual pude tratar de amistarne con el ramo.  
Ahora estaba yo bien cerca del secreto,  
porque en verdad podía amistarne con el ramo  
estrechando el amor que había en mí para ese ramo  
y arrimarme así al secreto, pero—

## Julian Scott

Ya al final

la verdad de los demás era para mí la no verdad;

la justicia de los demás para mí injusticia,

sus razones para la muerte, mis razones para la vida;

sus razones para la vida, mis razones para la muerte;

mataría a quienes ellos salvaban

y salvaría a quienes matasen.

Y veía como un Dios, si era traído a tierra,

tendría que actuar según viese y pensase,

y no podría vivir en este mundo de hombres

ni actuar entre ellos y a su lado

sin chocar continuamente.

El suelo para arrastrarse, el cielo para volar:

por eso, oh Alma, cuyas alas crecieron,

¡dispárate hacia el sol!

# Alfonso Churchill

Se reían de mí para llamarme “profesor Luna”  
de niño en Spoon River, pues nací con la sed  
de saber de las estrellas.  
Se burlaban cuando hablaba de los montes lunares,  
y del calor y del frío pavorosos  
y de valles de ébano entre picos de plata,  
y los billones de Espigas muchas millas más lejos  
y la pequeñez del hombre.  
Pero ahora que se honra mi tumba, amigos,  
que no sea porque enseñé  
la ciencia de las estrellas en Knox College  
sino por esto: que mediante las estrellas  
prediqué la grandeza del hombre,  
que es nada más que una parte del diseño de las cosas  
para la distancia de la Espiga o la Nebulosa Espiral,  
y nada menos que una parte de la cuestión  
de qué es lo que este drama significa.

# Zilpha Marsh

Cuatro en punto a finales de octubre.  
Sentada a solas en la escuela rural,  
de espaldas al camino por entre campos agotados,  
y un remolino soplabla hojas sobre los cristales  
y cantaba en el caño de la estufa  
con la trampilla abierta enturbiando las sombras  
con el relumbre espectral del fuego que se muere.  
Sin mucho interés yo corría la ouija—  
y de repente se aflojó mi muñeca  
y la mano echó a correr sobre el tablero  
hasta deletrear “Charles Guiteau”,  
quien amenazó con materializarse ante mis ojos.  
Me levanté y hui del cuarto con la cabeza descubierta  
hacia la oscuridad, con temor de mi don.  
Y después de eso los espíritus acudieron en enjambre—  
Chaucer, César, Poe y Marlowe,  
Cleopatra y la señora Surrat—  
dondequiera que fuese, con mensajes,—  
puras patrañas, acordó Spoon River.  
Uno les dice disparates a los niños, ¿no es así?  
Y supongan que yo veo lo que ustedes jamás vieron  
y jamás oyeron, y no tienen la palabra que lo diga.  
¡Debo decirles disparates cuando me preguntan  
qué es lo que veo!

# James Garber

¿Recuerdas, viandante, el camino  
que seguía por el solar donde hoy está el teatro de la ópera,  
a paso vivo hacia el trabajo, a lo largo de los años?  
Ahonda en su significado:  
puedes caminar también hasta que los cerros de Miller's Ford  
ya no parezcan tan lejanos;  
hasta casi verlos al alcance de la mano,  
tras cuatro millas de pradera;  
y hasta que el amor de la mujer haga silencio,  
y ya no diga: “Yo te salvaré”.  
Y hasta que los rostros de los amigos y los parientes  
se vuelvan retratos desvaídos, lastimeramente silenciosos,  
tristes por esa mirada que significa “no podemos ayudarte”.  
Y hasta que ya no le reproches a la humanidad  
que haya estado en alianza contra las manos alzadas de tu alma—  
ellos mismos contemplando a toda hora  
con la mirada fija sus destinos.  
¡Y cuando lo hayas comprendido todo, piensa en mí,  
y en mi camino, adentrado hasta allí y ya enterado  
de que no hay hombre, mujer ni esfuerzo  
ni deber, oro o poder,  
que pueda calmar los anhelos del alma,  
la soledad del alma!

# Lydia Humphrey

De allá para acá, de acá para allá, desde y para la iglesia,  
con mi Biblia bajo el brazo  
hasta que me puse gris y vieja;  
soltera, sola en el mundo,  
hallé hermanos y hermanas en la congregación,  
y niños en la iglesia.  
Yo sé que se reían y me creían rara.  
Sabía de las almas águilas que volaban alto hacia la luz  
por sobre el campanario, y reían en la iglesia  
desdeñándose sin verme.  
Pero si lo alto del aire les placía, a mí me placía la iglesia.  
¡Era la visión, la visión, la visión de los poetas  
democratizada!

# Le Roy Goldman

“¿Cómo harás cuando te llegue la hora  
si toda la vida rechazaste a Jesús,  
y ahora que allí yaces Él no es tu amigo?”.  
Una y otra vez lo dije, yo el predicador.  
¡Ah, sí! Pero hay amigos y amigos.  
Y bendito seas digo, yo que ahora lo sé todo,  
tú, que has perdido antes de morir  
padre o madre, abuelo o abuela,  
algún alma hermosa que vivió con gran fuerza  
y te conoció por entero y te amó por siempre,  
que no dejará de hablar por ti  
y le dará a Dios una visión íntima de tu alma,  
como solo podría hacerlo alguien de tu propia carne.  
¡Esa es la mano hacia la que se estirará tu mano  
y te conducirá por el pasillo  
hasta el jurado en el que nadie te conoce!

# Gustav Richter

Después de un largo día de trabajo en mis invernaderos  
dormir era una delicia, pero si te dormías sobre el lado izquierdo  
tus sueños podían tener un final brusco.

Yo estaba entre mis flores y alguien  
parecía experimentar en su cultivo  
como para trasplantarlas con el tiempo  
a un jardín más amplio de aire más libre.

Y yo era una visión sin cuerpo  
en medio de una luz, como si el sol  
hubiese venido flotando a tocar el techo de cristal  
como un globo de juguete, y luego estallado sin violencia,  
para eterealizarse en un aire dorado.

Y todo era silencio salvo el esplendor  
inmanente al pensamiento, tan claro  
como una voz que hablase, y yo, cual pensamiento  
podía escuchar la Presencia pensante mientras él caminaba  
por entre los cajones entresacando hojas,  
buscando chinches y observando cualidades  
con un ojo que todo lo veía:

“¡Homero, oh, sí! Bien, Pericles.

César Borgia, ¿qué haremos con él?

Dante, demasiado abono, quizá.

Napoleón, dejémoslo estar por un tiempo.

Shelley, más tierra. Shakespeare, necesita riego...”

¡Nubes, hey!—

# Arlo Will

¿Has visto alguna vez un cocodrilo  
subir del pantano al aire  
a contemplar a ciegas el claror de la luna?  
¿Has visto a los caballos en las cuabras por la noche  
temblar y recular a la luz de una linterna?  
¿Has caminado alguna vez en lo oscuro  
cuando una puerta desconocida se abre ante nosotros  
y nos quedamos, así parecería, a la luz de mil velas  
de suave cera?  
¿Has andado con el viento en los oídos  
rodeado de luz  
y hallado de repente que ella brilla con esplendor interno?  
¡Fuera del pantano muchas veces,  
ante muchas puertas de luz,  
por entre muchos campos de esplendor,  
donde en torno a tus pasos se esparce una gloria silente  
como nieve recién caída,  
por allí pasarás a través de la tierra, oh tú, fuerte de alma,  
y a través de innumerables cielos  
hasta la llama final!

# El capitán Orlando Killion

¡Oh, ustedes, jóvenes radicales y soñadores,  
ustedes, intrépidos pichones  
que pasan ante mi lápida,  
no se burlen del registro de mi capitanía en el ejército  
y mi fe en Dios!

Una no niega la otra.

Desfilen con reverencia y lean con atención  
cómo un gran pueblo, cabalgando con gritos desafiantes  
el centauro de la Revolución,

espoleaba y foeteaba con frenesí,  
estremecido de terror, viendo la bruma del mar  
sobre el precipicio al que se acercaban,  
cayó de su lomo con el pavor atropellado  
para celebrar la Fiesta del Ser Supremo.

Movido por la misma sensación de vasta realidad  
de vida y muerte, y con la carga igual que ellos  
del destino de una raza,

¿cómo iba yo, pequeño blasfemador,  
cogido en el torrente desatado de una nación,  
a seguir siendo blasfemo  
y capitán en el ejército?

# Jeremy Carlisle

¡Viandante, el pecado más allá de todo pecado  
es el pecado de la ceguera de las almas para las otras almas.

Y la alegría más allá de toda alegría es la alegría  
de haber visto en ti el bien, y ver el bien  
en el momento milagroso!

Confieso aquí un altivo desprecio  
y un amargo escepticismo.

¿Pero recuerdas aquel líquido que Penniwit vertía  
sobre los ferrotipos, poniéndolos azules  
con una bruma como humo de nogal?

¿Y cómo entonces el retrato comenzaba a aclararse  
hasta que el rostro aparecía como si estuviera vivo?

Así se me aparecieron ustedes, los ignorados,  
y también los enemigos, mientras yo proseguía  
con un rostro que se iba aclarando para ustedes,  
como el de ustedes se aclaraba para mí.

Entonces estuvimos listos para caminar juntos  
y cantar en coro y entonar un canto a la aurora  
de la vida que es la vida entera.

## Joseph Dixon

¿Quién esculpió esta arpa arruinada en mi tumba?  
Por ti morí, no cabe duda. ¿Pero cuántas arpas y pianos  
encordé yo, y tensé, y desenredé para ustedes  
haciéndolos meliosos otra vez —con o sin diapasón?  
¡Ah, bien! El arpa brota del oído del hombre, dicen,  
¿pero de dónde el oído que ordena la longitud de las cuerdas  
hasta que una magia de número revolotea ante tu pensamiento  
a través de una puerta que se cierra contra tu pasmado asombro?  
¿No existe el Oído que rodea al oído del hombre, que sienta  
a través de las cuerdas y las columnas de aire el alma del sonido?  
Me emocio al llamarlo el diapasón que capta  
las ondas de la música en fusión y la luz en lejanía,  
la antena del Pensamiento que escucha a través del espacio más externo.  
Seguramente la concordancia que regía mi espíritu es la prueba  
de un Oído que me afinaba, capaz de afinarme otra vez  
y volverme a utilizar si merezco ser utilizado.

## Judson Stoddard

En la cima de un monte sobre las nubes  
ondulando como un mar bajo de mí  
dije que ese pico es el pensamiento de Buda,  
y aquel otro la prédica de Jesús,  
y este el sueño de Platón  
y aquel de allá el canto de Dante,  
y este es Kant y este es Newton,  
y este es Milton y este es Shakespeare  
y este la esperanza de la Madre Iglesia  
y este —vaya, todos estos picos son poemas,  
poemas y plegarias que perforan las nubes.  
Y dije: “¿qué hace Dios con montañas  
que se elevan casi hasta tocar el cielo?”

# Russell Kincaid

En la última primavera todo el tiempo lo supe,  
en esos días últimos,  
me sentaba en la huerta abandonada  
donde allende los campos de verdor relumbraban  
los cerros de Miller's Ford;  
tan solo para contemplar el manzano  
de tronco arruinado y las ramas marchitas  
y los retoños verdes cuyos brotes tiernos  
se esparcían por el enramado de esqueleto,  
para no fructificar jamás.  
Y ahí estaba yo con el espíritu envuelto  
en carne medio muerta y los sentidos embotados,  
y no obstante pensando en juventud y en la tierra en juventud—  
brotes fantasmales relumbrando de palidez  
sobre las ramas sin vida del Tiempo.  
¡Oh, tierra, que nos permites estar hasta que el cielo nos toma!  
Fui nada más árbol para estremecerme  
con sueños de primavera y una juventud frondosa,  
abatido luego por el ciclón  
que me arrebató de la suspensión del alma  
donde ya no es ni el cielo ni la tierra.

# Aaron Hatfield

Mejor que el granito, Spoon River,  
es el retrato de recuerdo que conservas de mí,  
de pie ante los pioneros y las pioneras,  
allá en la iglesia de la Concordia el día de la Comunión.  
Hablando con la voz quebrada acerca del joven campesino  
de Galilea, aquel que fue a la ciudad  
y lo mataron los banqueros y los abogados;  
la voz fundida con el viento de junio  
que soplabla sobre los campos de trigo desde Atterbury;  
mientras las losas blancas en el camposanto  
en torno a la iglesia relumbraban en el sol del verano.  
Y allí, aunque mis propios recuerdos eran muy grandes para soportarlos,  
estaban ustedes, oh pioneros,  
las cabezas bajas liberando la tristeza  
por los hijos muertos en batalla y las hijas  
y los pequeños que desaparecen en la mañana de la vida,  
o a la hora intolerable del mediodía.  
Pero en aquellos momentos de trágico silencio,  
cuando se pasaba el pan y el vino,  
llegó la reconciliación para nosotros—  
a nosotros los labriegos y los leñadores,  
a nosotros los campesinos, hermanos del campesino de Galilea—  
nos llegó El Confortador  
¡y la consolación de las lenguas de fuego!

# Isaiah Beethoven

Me dijeron que me quedaban tres meses de vida,  
así que me arrastré hasta Bernadotte,  
y me senté ante el molino por horas y horas  
donde las aguas retenidas se mueven en lo hondo  
sin que parezca que se mueven:

¡igual que tú, oh mundo!

¡No eres más que un lugar más amplio en el río  
donde la Vida mira hacia abajo y nos regocijamos  
porque se refleja en nosotros, y así soñamos  
y desviamos la mirada, pero cuando de nuevo  
buscamos ese rostro, vemos las tierras bajas  
y los álamos desgajados allí donde desembocamos  
en la gran corriente!

Pero aquí ante el molino las nubes encerradas  
se burlan de sí mismas en el agua en remolino;  
y sobre su piso de ágata en la noche  
la llama de la luna corrió bajo mis ojos  
por entre una quietud de selva rota  
por una flauta en una choza en la colina.  
Y al final, cuando me eché sobre la cama  
débil y adolorido, rodeado de sueños,  
el alma del río había penetrado mi alma  
y la fuerza recogida de mi alma se movía  
tan velozmente que parecía en reposo  
bajo las ciudades de nubes y bajo  
las esferas de plata y los mundos cambiantes—

¡hasta que vi un relámpago de trompetas  
sobre las almenas encima del Tiempo!

# Elijah Browning

Estaba entre multitudes de muchachos  
bailando al pie de una montaña.  
Sopló una brisa del este y los barrió como hojas  
y depositó algunos sobre la ladera... todo estaba cambiado.  
Había aquí luces que volaban, y lunas místicas, y música de sueños.  
Nos cayó encima una nube. Cuando se levantó, todo estaba cambiado.  
Estaba ahora entre multitudes que reñían.  
Entonces una figura en oro reluciente, y otra con una trompeta,  
y otra con un cetro, aparecieron ante mí.  
Se burlaron, bailaron un rigodón y se desvanecieron...  
De nuevo todo estaba cambiado. De un enramado de amapolas  
salió una mujer que desnudó sus brazos y alzó su boca abierta hacia la mía.  
La besé. Sus labios sabían como a sal.  
Dejó sangre en los míos. Me sentí desfallecer.  
Me levanté y ascendí a mayor altura, pero una niebla como de iceberg  
nubló mis pasos. Tenía frío y estaba adolorido.  
Entonces el sol me inundó de nuevo  
y vi las brumas debajo de mí ocultarse debajo de ellas.  
Y yo, doblado sobre mi cayado, sabía  
que mi silueta se recortaba contra la nieve. ¡Y sobre mí  
estaba el aire silencioso, perforado por un cono de hielo,  
sobre el que colgaba una estrella solitaria!  
Un escalofrío de éxtasis, un escalofrío de miedo  
me atravesó. Pero no podía volver a la ladera—  
no, no quería regresar.

Porque las ondas moribundas de la sinfonía de la libertad  
lamían los riscos etéreos a mi alrededor.

Entonces trepé hasta la cumbre.

Arrojé mi cayado.

Toqué aquella estrella  
con la mano extendida.

Me desvanecí de un todo.

¡Porque la montaña deposita en la Verdad Infinita  
a quienquiera que toque la estrella!

# Webster Ford

¿Recuerdas, oh Apolo délfico,  
la hora del ocaso junto al río, cuando Mickey M'Grew gritó:  
“¡Hay un fantasma!”, y yo: “¡el Apolo délfico!”;  
y el hijo del banquero se burló: “Es la luz  
de los lirios en la orilla, imbéciles.”  
Y desde entonces, en el transcurso de los años silenciosos, muy después  
de que el pobre Mickey se mató al caer del depósito del agua,  
abajo, abajo, por entre la negrura aullante, cargaba yo  
con la visión que pereció con él como cohete que cae  
para apagar su luz en tierra, y la oculté por miedo  
al hijo del banquero, rogándole a Plutón que me salvara?  
¡Vengado fuiste por la vergüenza de un corazón temeroso  
que me dejó en paz hasta volver a verte en la hora  
en que parecí volverme árbol de tronco y ramas  
cada vez más tiesas, que se hacían piedra, pero retoñando  
en hojas de laurel, en brotes de laurel radiante,  
vibrando, tremolando, encrespándose, combatiendo el entumecimiento,  
reptando por sus venas desde el tronco y las ramas moribundas!  
¡Inútil es, oh jóvenes, volar al llamado de Apolo.  
Arrojándose al fuego, morir con una canción de primavera  
si habéis de morir en primavera. Ninguno que contemple  
el rostro de Apolo vivirá, y tendréis que optar  
entre morir en llamas o morir sufriendo de dolor por años  
arraigados con tesón a la tierra, sintiendo la mano aterradora,  
más aún en el terrible entumecimiento que en el tronco,  
y trepando hasta las hojas de laurel que nunca cesan

de florecer hasta que caes. Oh, mis hojas,  
muy marchitas para guirnaldas de corona, solo me sirven  
de urnas para los recuerdos atesorados, tal vez, como materia  
para heroicos corazones, para cantores y activistas valerosos—  
délfico Apolo!

# La Spooniada

*(El difunto Jonathan Swift Somers, laureado de Spoon River, planificó La Spooniada como un poema épico en veinticuatro libros, pero desafortunadamente no vivió para completar ni siquiera el primero. El fragmento fue hallado entre sus papeles por William Marion Reedy y se publicó por primera vez en el Reedy's Mirror del 18 de diciembre de 1914).*

De la ira de John Cabanis y el encono  
de los hostiles bandos, y su derrota infausta  
que llevó al pueblo llano hasta la causa  
de la libertad para Spoon River, y la caída  
del banco de Rhodes que acarreó sinnúmero de males  
y pérdidas a tantos, y engendró un intenso odio  
que encendió la tea en manos anarquistas  
para hacer arder al tribunal, sobre cuyas ruinas renegridas  
se levantó un templo más hermoso y se plantó el Progreso,  
canta, Musa, tú que encendiste en sonrisas el rostro del Quío<sup>8</sup>,  
aquel que vio a griegos y troyanos bullir cual hormigas  
disputando el Escamandro, sobre la muralla, perseguidos  
o perseguidores, y las piras funerarias  
y las sagradas hecatombes, por causa de Helena, primero  
que huyó a Troya con Paris  
su amante; y la ira del hijo de Peleo,  
conminado a perder a Criseida, botín preciado  
de guerra y muy amada concubina.

.....  
8 Natural de Quíos: según la tradición, Homero, el personaje aludido en estos versos, nació en esa isla del mar Egeo (N. del T.).

Decid en primer término,  
tú, hijo de la noche a quien Momo llaman y ante cuyos ojos  
no existen los secretos, y tú, Talía, la sonreída,  
¿qué fue lo que entre Thomas Rhodes y John Cabanis  
sembró mortal rencilla? La hija de este último, Flossie,  
de vuelta de sus errancias con una compañía  
de actores ambulantes, recorrió las calles de la aldea  
entre el tintineo de sus brazaletes y el relumbrar de sus anillos  
y sus palabras de serpiente sabia y aquella sonrisa astuta  
en la mirada. Y Thomas Rhodes,  
que mandaba en la iglesia y en el banco  
desaprobó en público a la doncella;  
y Spoon River murmuró y el ceño de los feligreses  
se frunció contra ella, y ella se dio cuenta  
de que era temida y repudiada.

Mas para hacer burla de ellos  
dio ella un baile con flautas y violines  
traídos de Peoria, y muchos jóvenes,  
más adelante regenerados con los rezos  
de fervorosos curas y almas puras,  
danzaron gozosos en procura todos de bailar con ella,  
que portaba un vestido de tan bajo escote  
que los ojos se deslizaban por entre la hondonada nívea  
hasta perderse en la blancura.

Con aquel baile  
la aldea pasó de la tristura a la alegría.  
La sombrerera, la señora Williams, no se daba abasto  
para tantos encargos de sombreros nuevos, y las costureras  
hubieron de afanarse en las agujas con los vestidos de estreno,  
se abrieron los viejos baúles y los cofres que guardaban encajes,

y de sus escondites resurgieron los anillos y los dijes,  
y las jóvenes andaban pendientes de sus trajes;  
circulaban esquelas, y a la puerta de más de una bella al caer de la noche  
llegaba un ramo de flores, y multitud de parejas se iban de paseo  
por las colinas que miran al río.

Entonces, desde los píos bancos de la iglesia ya casi en abandono,  
se oyó decir a uno de los seres escogidos del Señor:

“La mujer de Babilonia está entre nosotros; levantémonos,  
hijos de la luz, y echemos fuera a la impúdica”.

Así que John Cabanis abandonó la iglesia y abandonó  
las huestes de la ley y el orden,  
límpida la mirada airada, y la causa de los liberales  
lo proclamó candidato a la alcaldía  
para derrotar a A. D. Blood.

Mas cuando la guerra  
por los votos se desató furiosa y corrieron los rumores  
sobre el banco y los préstamos enormes  
que hizo el hijo de Rhodes para contrarrestar las pérdidas  
con el trigo, y muchos retiraron su dinero y dejaron  
al banco de Rhodes más hundido todavía,  
con las habladurías de los liberales acerca de otro banco  
que abriría pronto, he aquí que estalló la burbuja  
entre lamentos y maldiciones; pero los liberales se reían  
y en la sala de Nicholas Bindle sostenían  
sabias conversaciones y debates inspirados.

Sobre un estrado más elevado que las sillas  
en las que se habían sentado por docenas,  
y presidido desde un burdo proscenio  
por un tosco retrato de Shakespeare,

igualito al peón de Christian Dallmann,  
de ojos saltones, barba en punta y mirada extraviada,  
allí estaba Harmon Whitney, hasta esas alturas elevado  
por mérito de impudicia y triquiñuelas,  
que a los rebeldes allí conjurados habló así:  
“¿Permanecer postrados permitiendo que una pandilla  
despiadada, insidiosa, ávida y cantora de salmos  
nos devore la esencia, haga quebrar nuestros bancos y diezme  
nuestros modestos ahorros apostándoles a los precios  
del trigo o el cerdo, o agazaparnos a la sombra  
de una torre levantada como albergue  
de una caterva de lacayos para satisfacer al banco  
coadjutor en su codicia? Esa es la cuestión.

¿Iremos a tener música y gozosa danza?, les pregunto,  
¿o doblar de campanas? ¿Se paseará el romance entre los jóvenes  
por entre las colinas que rodean al río, floreciendo ahora  
a las lágrimas de abril, o habrá de permanecer en casa,  
o jugando al croquet, donde Thomas Rhodes lo pueda vigilar?  
Si la sangre juvenil se enardece  
y se subleva contra este régimen sombrío,  
¿iremos a permitir que a nuestros jóvenes y sus doncellas  
se les tilde de libertinos y licenciosas?”

Cuando  
terminó el discurso, una voz de mujer respondió “¡No!”,  
y se elevó un estruendo de sillas que se mueven, cual  
piara de cerdos que desborda el chiquero,  
y todas las cabezas voltearon a una, como cuando  
la bandada de gansos vira al unísono del cazador que acecha,  
y al momento se sacudió la sala  
en bulliciosa risa, pues de pie con su sombrero astroso

puesto de lado sobre la cabeza y el puño  
alzado como en desafío, estaba allí Daisy Fraser.  
De una buena vez la hubieran echado de la sala  
si no es por Wendell Bloyd, que invocó los derechos de la mujer,  
y la tonante voz de Burchard.  
Entre aplausos ella se apresuró al estrado,  
y depositó oro y plata para la causa  
y salió de la sala de inmediato.

Entonces se levantó  
una figura gigantesca, barbudo como el hijo  
de Alcmena, de poderoso pecho y redondeada panza,  
y habló con voz atronadora: “Vosotros que aquí estáis, contemplad  
a un hombre que de verdad se enfrentó a su esposa—  
tal es nuestro espíritu— cuando A. D. Blood  
me obligó a que mudara el Dom Pedro”.

Rápidamente  
antes de que Jim Brown pudiera terminar, Jefferson Howard  
le robó la palabra y habló: “Mal se aviene el tiempo  
con las payasadas, y banal es nuestra causa  
si lo único que importa es la ira de John Cabanis,  
quien de no ser por él estaría aún del otro lado  
y a nosotros vino por venganza. Hay más en juego  
que triunfar en Nueva Inglaterra o en Virginia,  
y poco interesa que se venda ron, o por dos años más  
como en los anteriores, el pueblo siga sin beber.  
—¡Ah, sí, cobrar impuestos para hacer aceras  
y alcantarillas, eso es muy bueno!  
Desearía con el alma que a esta lucha de hoy la inspirase  
una pasión distinta a la de andar salvándole  
el orgullo a Cabanis o a su hija. ¿Por qué

las contiendas memorables nacen tan solo  
de las nimiedades? En fin, si es así como siempre  
han de actuar los hombres, y es el ron  
el símbolo y el medio de nuestra liberación  
de la negación de la vida y de la esclavitud,  
¡pues dadme ron entonces!”

Estallaron gritos jubilosos.

Ahora George Trimble logra vencer su miedo  
y su vacilación y va a romper a hablar,  
mas la puerta chirría y el idiota, Willie Metcalf,  
sin aliento y sin sombrero, y blanco como una sábana,  
irrumpe gritando: “¡Allá viene el alguacil  
a arrestarlos a todos! Y si supieran ustedes  
quién llega aquí mañana; escuchando estaba  
bajo la ventana donde el otro bando  
está haciendo planes”.

Así que a una sala más pequeña  
a escucharle al idiota su secreto algunos se retiran,  
escogidos por quien los preside: el propio presidente,  
y Jefferson Howard, Benjamin Pantier,  
y Wendell Bloyd, George Trimble, Adam Weirauch,  
Immanuel Ehrenhardt, Seth Compton, Godwin James  
y Enoch Dunlap, Hiram Scates, Roy Butler,  
Carl Hamblin, Roger Heston, Ernest Hyde  
y Penniwit el artista, Kinsey Keene,  
y E. C. Culbertson y Franklin Jones,  
Benjamin Fraser, hijo de Benjamin Pantier  
y de Daisy Fraser, más algunos de menor notoriedad,  
y todos conferenciaron en secreto.

Pero en la sala  
el desorden reinaba y cuando el alguacil llegó  
y de tal guisa los halló, pues en fila los puso a marchar  
y a todos los encarceló.

Mientras tanto en un cuarto trasero  
del sótano de la iglesia, con Blood conspiraban  
las mentes más sabias. Primero el juez Somers,  
sabedor de la vida, y junto a él Elliott Hawkins  
y Lambert Hutchins; y junto a él Thomas Rhodes  
y Whedon, el editor; y junto a él Garrison Standard,  
traidor a los liberales, que con labio recogido  
en mueca de desprecio y befa:

“Tanto lío por el insulto a una mujer, una chica  
de dieciocho”, y también Christian Dallmann  
y otros desapercibidos. Había quien sin ser  
enemigo del trago repudiaba una ley  
que volviese a la democracia símbolo  
de vida libre y lujuriosa.

Apenas la mañana de nevados dedos  
lanzó al cielo, cual naranja en plena fiesta  
al rojizo sol, cuando arrojados fueron  
de sus urgidos lechos las hostiles fuerzas,  
resonaron en las calles el trepidante ir y venir de ruedas,  
recogiendo votantes remolones  
y los gritos de los cabecillas de la batalla.  
Pero a las diez en punto  
clamaron fraude los liberales y en las urnas  
los candidatos rivales se gruñeron y a los puños se fueron.

Allí se comprobó cuán cierta era la advertencia del cuento del idiota en la víspera. De pronto recorriendo las calles apareció Ojos de Puerco Allen, terror de las colinas, morador de Bernadotte, a unas diez millas. Ningún otro pudo en este malhadado día levantar peñones como los que él lanzó, y cuando hablaba se estremecían las ventanas, y bajo el ceño suyo, como techado de paja de pelambre negra, relumbraban los ojillos del jabalí cuando enloquece. Y al caminar por las aceras traqueteaban las maderas, sí, al caminar retumbaba un canto amenazante. Se presentó así el paladín de A. D. Blood, comisionado para sembrar el terror entre los liberales. Muchos huyeron, como cuando el gavilán sobrevuela el gallinero. Pasó frente a las urnas y con mano juguetona tocó al gigante Brown, que cayó, como si fuera un niño, sobre la pared; así de fuerte era Ojos de Puerco Allen. Pero los liberales sonrieron. Pues al no más pisar la acera Ojos de Puerco Allen, siguiéndole los pasos apareció Bengala Mike, a quien Kinsey Keene, el de sutil mente, trajo para enfrentar a Ojos de Puerco Allen. No llegaba ni a tres cuartos de la mole de este, pero con brazos de acero y corazón de tigre. Matador de dos hombres y heridor de muchos en los pasados días, y temedor de nada.

Mas cuando el de la mirada porcina vio a Bengala Mike, se le ensombreció el talante, las cerdas sobre los ojos crispadas por la ira, y bajó el volumen de su estentóreo canto. Vueltas y vueltas

dio en torno al tribunal con Bengala Mike, pegado de sus pies, provocándolo a cada tranco recorrido:

“¡Vamos, elefante, párate y pelea! ¡Vamos, cobarde Ojos de Puerco! ¡Vamos, date vuelta y pelea conmigo, serpiente boba! ¡Vamos, bola de carne, pégame si puedes! ¡Saca ese cacharro que tienes por revólver, dame un buen motivo para sacar yo y matarte. Saca tu cachiporra, que te parto esa cabeza de marrano de un solo ladrillazo!”. Pero Ojos de Puerco no respondió ni una sola vez a esas palabras, solo caminaba en torno al tribunal, los dos seguidos de un tropel de chiquillos y la mirada de los hombres. El día pasaron rondando la manzana. Pero cuando Apolo detuvo su marcha sobre las colinas como para así ver el final, y todos los votos estaban depositados, y las urnas cerraron, frente a la puerta de la farmacia de Trainor, Bengala Mike le gritó a voz en cuello:

“¿Quién fue tu madre, Ojos de Puerco?”. Y en un tris, como cuando en un día de agosto entre la maleza el jabalí se vira contra el perro que le clavó los dientes, Ojos de Puerco echó sus brazos de gigante sobre Bengala Mike y lo asió por la garganta. Hasta el cielo llegaron los chillidos de terror de los chiquillos, y los gritos de los hombres arremolinándose en la calle. Y Bengala Mike brincó de un lado a otro, y encogió la cabeza como para acortar su cuello, y se dobló a ver si rompía el apretón mortal de Ojos de Puerco; en medio de la ira atragantada y las fuerzas que lo abandonaban golpeaba con sus puños el pecho invulnerable

de Ojos de Puerco Allen. Y si algunos acudieron a apartarlos, muchos otros se quedaron contemplando, y la pelea cundió por todas partes, y a muchos espíritus valientes los abatieron porras y ladrillos.

Mas dime, Musa,  
¿qué dios o diosa rescató a Bengala Mike?  
En un último intento poderoso logró asir  
las mortíferas manos y en un giro patear a su enemigo.  
Entonces, como herido por el rayo, a Ojos de Puerco Allen  
se le desvaneció toda la fuerza, a los costados  
cayeron inertes sus brazos de gigante, y a su cara  
la cubrió la palidez del pavor y el sudor de la angustia.  
Y aquellas rodillas enormes, una vez invencibles,  
flaquearon con su peso. Y veloz cual el felino  
que salta sobre la herida presa, así Bengala Mike  
le dio con una piedra en la sien a su enemigo.  
Y aquel se vino abajo, y sobre su mirada la oscuridad  
pasó como una nube.

Como cuando el leñador derriba  
algún roble gigante un día de verano  
y los cantores del bosque emiten su chillido,  
y el gran águila que guarda su nidada  
en lo más alto de la copa grita, y el fragor  
se escucha de las ramas cayendo entre los entrelazados brazos  
de los robles hermanos, así cayó Ojos de Puerco  
entre las lamentaciones de los amigos  
de A. D. Blood.

Y en aquel mismo momento cuatro hombres robustos  
cargaban al alcalde del pueblo, sobre su faz de hierro  
la soledad de la muerte se asentaba,  
hasta la farmacia de Trainor, mal herido por Jack McGuire,  
y se elevaban gritos de “¡A lincharlo!”, y el resonar  
de pisadas corriendo por doquiera se escuchó.  
Reclinado sobre



# Epílogo

*(El cementerio de Spoon River. Se escuchan dos voces detrás de una pantalla decorada con figuras diabólicas y angélicas en varias alusiones alegóricas. Una luz tenue se muestra vagamente a través de la pantalla, como si esta fuese un tejido de hojas, ramas y sombras)<sup>9</sup>.*

PRIMERA VOZ: ¿Jugamos una partida de ajedrez?

SEGUNDA VOZ: Por mí está bien. Juguemos.

PRIMERA VOZ: Muevo la Voluntad.

SEGUNDA VOZ: Juegas a ciegas.

PRIMERA VOZ: Y aquí viene el Alma.

SEGUNDA VOZ: La Voluntad le da jaque.

PRIMERA VOZ: ¡El Bien Eterno!

SEGUNDA VOZ: Y el mal eterno.

PRIMERA VOZ: Corro a la línea del Rey.

.....  
9 En el original en inglés varios parlamentos riman, y en su gran mayoría están constituidos por versos yámbicos de unas 4 o 5 sílabas métricas (N. del T.).

SEGUNDA VOZ: No te quedes sin aliento.

PRIMERA VOZ: Movía la Vida.

SEGUNDA VOZ: Jaque de la Muerte.

PRIMERA VOZ: Muy bien, aquí va Moisés.

SEGUNDA VOZ: Y aquí el Judío.

PRIMERA VOZ: Próxima jugada: Jesús.

SEGUNDA VOZ: ¡Saco a San Pablo!

PRIMERA VOZ: Sí, pero San Pedro...

SEGUNDA VOZ: Debiste preverlo.

PRIMERA VOZ: Estás en fila de Rey...

SEGUNDA VOZ: ¡Con Constantino!

PRIMERA VOZ: Me devuelvo a Atenas.

SEGUNDA VOZ: Bien. Aquí tienes el Persa.

PRIMERA VOZ: Pues bien, la Biblia.

SEGUNDA VOZ: ¿Y en cuál versión?

PRIMERA VOZ: Tomo el Buda.

SEGUNDA VOZ: No te servirá.

PRIMERA VOZ: Mahoma, desde la esquina.

SEGUNDA VOZ: Muevo al Turco.

PRIMERA VOZ: Se enredó el juego. ¿Por dónde vamos?

SEGUNDA VOZ: Tú, soñando mundos. Yo, en la fila del Rey.

Muevo lo que quieras. Si no desmonto el plan,  
te bloqueo, te estorbo, te acoso, te doy jaque.

PRIMERA VOZ: Me cansé. Traeré a jugar a mi Hijo.

Creo que él sí te gana...

SEGUNDA VOZ: ¿Cómo?

PRIMERA VOZ: Presidiré la convención estelar.

SEGUNDA VOZ: Muy bien, mi señor, permítame decirle  
que pondré en el juego toda mi atención.

PRIMERA VOZ: ¡Un juego, sí. Pero busco la Verdad!

SEGUNDA VOZ: Batido, y se va haciendo burla.

Golpeo la mesa, desparramo las piezas.

*(Estruendo de mesa que cae y piezas arrojadas al piso).*

¡Ajá, tus ejércitos y tu armada,

tu gente y tus propiedades en un cataclismo—  
¡por un solo día de ateísmo!

*(La pantalla se desvanece y entra Belcebú con una trompeta, que toca a muy bajo volumen. De inmediato Loki y Yogarindra saltan de las sombras nocturnas).*

BELCEBÚ: ¡Buenas noches, Loki!

LOKI: ¡Igual te deseo!

BELCEBÚ: ¡Y Yogarindra!

YOGARINDRA: Mis saludos, también.

LOKI: ¿De dónde vienes, camarada?

BELCEBÚ: De aquella pantalla.

YOGARINDRA: ¿Haciendo qué?

BELCEBÚ: Haciéndolo molestar.

LOKI: ¿Y cómo lo haces?

BELCEBÚ: Me porto grosero en el ajedrez.

LOKI: ¡Buenísimo!

YOGARINDRA: Me pareció escuchar una batalla.

BELCEBÚ: ¡Sin duda! Traqueteé las piezas  
volteé la mesa y desperdigué las figuras de madera  
como a un ejército.

YOGARINDRA: ¡Yo tengo un juego! Hagamos un hombre.

LOKI: Si tú puedes, mi red lo espera.

YOGARINDRA: Y aquí está mi espejo para engañarlo con...

BELCEBÚ: Misterio, falsedad, creencia y mito.

LOKI: Pero el que puede darle forma, amigo, eres tú.

BELCEBÚ: Manos a la obra, sin más dilación.

YOGARINDRA: Apura el trabajo, que se hace tarde.

BELCEBÚ: Empezaré de una vez. ¿Dónde está la arcilla?

*(Escarba en la tierra con las manos y comienza a moldear).*

Con tierra,  
con lodo,  
un poco de herrumbre,  
y un poco de cal.  
Músculo y cartílago,  
mucina, piedra  
trituro en mortero,  
grasa y hueso,  
de ciénagas,  
de criptas,

materia molida  
gas y sales.  
¿Es lo que llaman mente  
esta volátil, flotante, pálida y ciega  
alma del pantano que cabalga el viento?  
¡Fuego fatuo, eso eres!  
Sueña con el cielo, empínate a las estrellas  
corretea a tus hermanos de un lado a otro  
que al final al pantano volverás.  
¡Jilú! ¡Jilú!

EL VALLE: ¡Jilú! ¡Jilú!

*(Belcebú sigue escarbando. Desentierra una calavera).*

BELCEBÚ: Ah, viejo; ah, viejo.

Ahora te parto,  
te muelo y te vuelvo  
arcilla para mi uso,  
déjame observarte:  
tú fuiste audaz,  
fuerte de cabeza,  
sólido de pies.  
Falso por dentro,  
duro de cara,  
exento de miedo.  
Pero tu cabello  
ocultaba  
lo que eras.  
Ahora, para revivirte—

*(Tritura el cráneo entre sus manos y lo mezcla con la arcilla).*

Ahora eres polvo,  
piedra caliza y herrumbre.  
Te moldeo y agito  
y te hago de nuevo.

EL VALLE: ¿De nuevo? ¿De nuevo?

*(De la misma manera Belcebú modela varias figuras y las va recostando de los árboles).*

LOKI: Solo falta el hálito de vida. Si recuerdo bien,  
primero moldeas lo que creas  
y después lo pones en pie.

BELCEBÚ: De la gravedad saco la voluntad.

YOGARINDRA: De la sensación  
les viene el mal.  
De mi espejo  
nace su error.  
¿Quién fue tan cruel  
como para hacerlo esclavo  
de mí, la hechicera, de ti, el bribón  
y de ti, el maquinador,  
atrapadores de su pensamiento  
haga lo que haga, busque lo que busque?  
De esencia dual,  
de voluntad y mente,  
algo que ve, algo sin vista.

¡Vamos! ¡Bailemos! Algo que lo odiaba  
nos puso sobre él y selló su destino.

*(Se toman de las manos y bailan).*

LOKI: Pasión, razón, costumbre, reglas,  
creencias de las iglesias, erudición de las escuelas,  
tintura en la sangre y fuerza en el alma.  
Carne muy débil para controlar la voluntad;  
pobreza, riqueza, orgullo de cuna,  
sollozo, carcajada, sobre la tierra,  
los vuelvo a atrapar,  
caigan en mis redes, oh hijos del hombre.

YOGARINDRA: ¡Mírense en mi espejo! ¿No es lo real?  
¿Qué piensan ahora, qué tal se siente?  
Contemplan el oro como se amontona;  
he aquí la copa de festivo vino.  
Brotan los zarcillos, látigos se vuelven,  
el amor y sus pechos y los labios rojos.  
El hálito aspiran.

BELCEBÚ: El hálito de la falsedad.  
De la nada a la muerte  
vienen, salidos del moho, de las rocas  
¡maravilla, parodia, paradoja!  
Espíritu que remonta, carne que reptar,  
traga el cebo, y tiende la red.  
Denle hambre, tíntenlo con la verdad,  
denle el iris de esperanzas de la Juventud.

Mátenlo de hambre, avergüencenlo, húndanlo,  
que se lo trague el remolino de la aldea.  
Quiébranlo, envejeczanlo, hasta que maldiga  
el rostro de idiota del universo.  
Una y otra vez mezclamos la arcilla—  
lo que polvo era cobra vida hoy.

LOS TRES: Así es la herida de caos que nace en el infierno  
Pronto, pronto, vuelta y vuelta.

BELCEBÚ: (*Agitando su trompeta*). ¡Tienen vida! ¡Márchense!

UNA DE LAS FIGURAS: ¡Qué raro! ¡Qué nuevo!  
Yo soy yo, y también otro.

OTRA FIGURA: Yo era una hoja muerta, pero ahora  
¿qué es todo este anhelar?—

OTRA FIGURA: Bajo tierra  
yo era una semilla imantada  
atraída hacia abajo—

OTRA FIGURA: Y yo era electrones  
atrapados en granito,  
me parece.

OTRA FIGURA: ¡Cuánta soledad!

OTRA FIGURA: ¡Para ti mis labios. Contigo hallo  
algo a lo que solo el amor adora!

BELCEBÚ: ¡Fuera de aquí! No, esperen. Pensándolo bien, amigos,  
juguemos un juego.  
*(Agita su trompeta).*  
Vayan a aquellos aposentos verdes.

*(Las figuras desaparecen).*

YOGARINDRA: ¡Oh, sí, un juego! Eso está muy bien, creo,  
¿pero y los espectadores? Debo arrojar  
ilusión sobre todos.

LOKI: Y yo debo cambiar el escenario,  
y enredar la trama.

BELCEBÚ: ¡Bien, sí que lo harás! Los espectadores vendrán  
de aquellas tumbas.

*(Hace sonar su trompeta un poco más alto que antes. La escena cambia. Se alza un estrado entre las tumbas. Baja el telón, ocultando las criaturas recién creadas, iluminadas a medias por luces espectrales. Belcebú queda de pie delante de la cortina).*

BELCEBÚ: *(Con un terrible estallido de trompeta).* ¡Juuuuuuu!

*(De inmediato se produce un crepitar como de caparazones de cigarras agitadas por el viento; y cientos de muertos, incluidos los que aparecen en la antología, acuden presurosos al sonar de la trompeta).*

UNA VOZ: ¡Gabriel! ¡Gabriel!

MUCHAS VOCES: ¡El Día del Juicio!

BELCEBÚ: Tranquilos, por favor,  
al menos hasta que caigan las estrellas y la luna.

MUCHAS VOCES: ¡Sálvanos! ¡Sálvanos!

*(Belcebú extiende sus manos sobre los congregados en un gesto benevolente y restablece el orden).*

BELCEBÚ: Damas y caballeros, su atención.

Les interpretaré la escena.

Me esforzaré para que la fantasía esté al acceso de su comprensión,  
y puedan analizar parte de lo que se maquina.

No estoy en ánimo de engañarlos,  
aunque soy el embustero y padre de la mentira,  
los salvaré de la fragilidad de su intelecto,  
aunque sea la falsedad mi arte y lo que amo.

Abajo, en la morada de donde provengo,  
se expanden al infinito las raíces del pesar humano.

Por largo tiempo las he visto succionar la fuerza que reside  
en la arcilla que nutren los muertos que se pudren.

Por aquí un botón, por allá un tallo retorcido,  
acá una fruta que se pasma amargamente antes de madurar,  
allá la rastrera que se expande por la senda,  
alimento para el gusano verde que la convierte en limo.

La roja manzana con corazón de corcho  
brota de una raíz que se enreda en el hueco,  
no hay diestra agricultura ni labor empeñosa  
que salve al árbol al que el rayo parte y tuerce.

¿Por qué el mastuerzo casi no florece,  
pero los insectos que de él se alimentan

proliferan y crecen, desde el momento mismo  
en que asoman las hojas y capullos?  
¿Por qué un árbol lozano que pronto madura  
echa ramas torcidas cubiertas de escamas?  
¿Por qué el árbol joven que menos prometía  
prospera y se mantiene, y los demás se mueren?  
Veo mucho bajo tierra. Conozco el suelo.  
Sé dónde la capa es gruesa y dónde está delgada.  
Veo las piedras que tropiezan la reja del arado,  
las torcidas raíces que el cura llama pecados.  
Sé todos los secretos, hasta las entrañas,  
qué será esa semilla, laurel, pino o roble;  
no la harán cambiar por mucho que lo intenten.  
El hombre es lo que él es, es esa la moral del diablo.  
Es lo que les pasa a las almas de este drama:  
nacen de cierta semilla en cierta tierra.  
Mírenlas, el ciclorama del diablo las proyecta,  
con la luz que cada cual merece.  
Ahora, a mi tarea: les daré una exhibición  
de cómo hay que mezclar los ingredientes del espíritu.  
*(Agita su varita).*  
¡Ven, crisol, a cumplir con tu trabajo mágico,  
ven, fuego creador, ponte a su lado!  
Haré un alma, o mostraré cómo hacer una.  
*(Agita de nuevo su varita. Aparecen llamas multicolores).*  
¡Esta es la mujer que ya verán!  
*(Aparece una llama roja).*  
Esta llama rojiza atemoriza a todos:  
atormentó a un soldado hasta roer su vida.  
Le parió una hija mientras tanto,

y a los treinta y nueve se murió de escrófula.  
Era una criatura dulce y atractiva,  
de obsesión por el sexo jamás vista.  
*(Aparece una llama púrpura).*  
¡Vean! Esta significa sangre azul  
de la era en que Francia era gloriosa.  
*(Aparece una llama azul).*  
Y esta la voluntad que no se doblega en las cadenas  
que su padre enfrentó hasta que encaneció su pelo.  
El pesar y el fracaso lo volvieron frío,  
nunca amó a la niña cuyo infortunio nuestro,  
por eso tanta pasión en ella por lo que el oro da  
en este mundo de arrogancia, lo único que él da.  
Al corazón humano que con hambre nace  
la riqueza ostentosa lo enamora, así de fácil es.  
Y la aspiración incumplida cubre la tierra  
como una selva de amargura y pena.  
¡De celta fuego, de fuego galo, nuestra heroína!  
Valiente, altiva, apasionada y cruel.  
Astuta, vengativa y falsa, sin temor a pecar.  
Cabeza a menudo sangrienta, pero nunca doblada.  
Y si se encuentra un hombre, nuestro héroe, pongamos,  
a quien su química la una, pero también la enfrente,  
como cierta Borgia ante algún Nerón,  
¡les parecerá triquiñuela de Satán!  
Pero así ha de ser. El gran jardín del mundo  
no es mío del todo. Yo solo siembro la cizaña.  
El trigo debe conservarse inmune, o el Guardián  
no volverá a meterse en las cosas del mundo.  
¡Pero vayamos a nuestro héroe! Al apenas nacer

yo ya sabía lo que rechazaba y lo que lo atraía.  
La matemática del espíritu, sea fruto o espina,  
la pronostico yo antes de que ocurra.  
*(Aparece una llama amarilla).*  
Esta es la traición de un señor en un huerto  
contra una doncella a quien desfloró.  
*(Aparecen llamas temblorosas).*  
Y este es su recuerdo confuso y torturado,  
que marcó con su odio a la niña, pues ella odiaba.  
La señora de nuestra heroína era prima suya,  
pero ni el señor ni ella lo supieron nunca.  
La doncella tuvo más tarde amantes por docenas,  
pero luego se casó con todo un caballero.  
Y así nuestro héroe tuvo doble esencia:  
una mitad mala, una mitad buena.  
El diablo tiene que agotar su verbo  
para que se entienda tal rompecabezas.  
Cuando se encontraron heroína y héroe  
prendados quedaron, y a la repulsión  
la cubrió la Pasión, con sus redes  
que te enredarían hasta sofocarte.  
La ponzoña corría por la sangre del soldado,  
el espectro del huerto, el parentesco ignorado,  
y los amantes maternos del héroe rondaban,  
sombras sonrientes viendo jugar al Destino.  
La pareja se unió en matrimonio, esa fue la jugada.  
Y entonces la tragedia nació y se afincó.  
Era un marido amoroso. Pero al alejarse,  
las serpientes del huerto penetran reptando.  
Nuestra heroína no es por naturaleza demasiado fiel,

toma la fruta del conocimiento, deja el árbol de la vida.  
Se imagina en la Francia cortesana y corrupta,  
pronto olvida su deber conyugal.  
Ustedes saben el resto, en todo lo que atañe.  
Fue descubierta y la mató el esposo.  
Perdió la razón, por el amor que ella mancilló.  
Creyó que era de él— qué mal la conocía.  
*(Agita la varita, y muestra a un hombre encerrado en una celda).*  
Ahora está sentado esperando la horca—  
no puede contar su historia —quedó mudo.  
El amor, dicen sus poetas, es una gracia que santifica,  
yo lo llamo sufrimiento y martirio.  
El juez señala con el dedo y acusa: “Usted la mató”.  
Sí que lo hizo, pero hay una explicación:  
no pudo soportarlo. Yo, el hacedor de dramas,  
les muestro las verdades y su relación.  
*(Agita su varita).*  
Ahora, a comenzar. El telón se levanta,  
ellos toman el té sobre un césped florido.  
Bonito, ¿no es así? Cuánta dulzura en la unión de sus almas—  
El autor titula a su pieza *Laoconte*.

UNA VOZ: Es nada más un sueño terrenal.

OTRA VOZ: De eso estamos hechos.

El celaje de un cometa  
sobre el curso de la tierra.

OTRA VOZ: Un sueño removido dos veces,  
una espectral confusión  
de la ilusión espantosa de la tierra.

UNA VOZ LEJANA: Esos son los fantasmas  
de las costas desoladas.  
¿Se unirán a ellos?  
Nada más persígales.  
Somos lo que llevamos dentro  
y nada más.  
En un lugar sin viento,  
lejos de lo húmedo,  
seamos como antorchas.  
Como llamas se elevan,  
lo único que es cierto,  
la Vida y el Fuego.

*(Belcebú, Loki y Yogarindra se desvanecen. La fantasmagoría se extingue. Donde parecía haber una asamblea de muertos, aparecen ahora tan solo montones de hojas. Hay una luz parecida al amanecer. Voces de la Primavera).*

PRIMERA VOZ: La primavera ha llegado, ya se fue el invierno,  
despierta de su sueño y danza alegremente.  
Regresa el sol,  
se acaban los temores,  
la tierra ofrece el rostro ardiente,  
estrechada en sus brazos.  
El sol es un águila  
volando en protección de su polluelo,  
la tierra es su retoño  
y en ella ha depositado  
la semilla de la llama de la vida,  
el botón del deseo,  
hasta que el fuego se convierta en vida  
y la vida en fuego.

SEGUNDA VOZ: Yo me evado y desaparezco,  
yo engaño tu vista,  
yo me hundo y yo asciendo,  
yo cambio y yo vuelo.  
Tú me tienes, tú me pierdes,  
quien bien me ha tenido,  
me halle y me use,  
estoy en la celda.

TERCERA VOZ: ¿Ahí en una celda?  
Si tuviese varita  
con qué adivinarte...

SEGUNDA VOZ: No, mi niño, soy Dios.

CUARTA VOZ: Cuando las andantes aguas salgan de sus camas de nieve, bajo la colina  
en los cuartos de piedra donde duermen cuando el hielo reina,  
las brisas de Abril se escurren entre los bosques diciendo “¡A cumplir!  
Despierten raíces bajo el manto de tierra: Primavera ha vuelto”.

Y el sol se alborozaba, la luna está en paz, y las voces  
convocan las sombras de plata a sacar a las flores de sus sueños.  
Y el anhelo, el anhelo llena mi alma de tristeza, mi corazón que se regocija  
en el vislumbre fugaz de un rostro radiante, y su cabellera que fulgura.

Me levanto y camino y sigo a solas por horas el curso ondeante del río,  
a la caza de una luz evanescente, y una paz muy grande para la alegría.  
¿A dónde me conducen, salvaje, ahora y para siempre?  
Sobre la colina, sobre la colina, y luego allá abajo a los prados del sueño.

EL SOL: Sobre las simas insondables del espacio a cientos de millones de millas  
vuela veloz mi alma, trueno silencioso, tañido de un arpa de fuego.  
Ante mis ojos orbitan los planetas y desfila el universo,  
yo apenas partícula de polvo suspendida en un vasto deseo.

¿Qué universo me obedece, obligado yo mismo a obedecer  
a una fuerza que me sostiene y me lanza rotando por un camino que no tiene final?  
Y ahí están mis hijos que me llaman grande, el dador del día y de la vida,  
a mí que imploro la vida y ni siquiera sé hacia dónde voy.

Hay millones y millones de soles sobre mí, como si el telón de la noche  
hubiese caído sobre la llama de la creación, y luz se filtrase entre la tela,  
cada sol con sus mundos, y más mundos, y más mundos implorando la luz,  
cada uno arrastrado en un curso nadie sabe a dónde, como la vela atrae a la polilla.

LA VÍA LÁCTEA: Órbitas sin fin.  
Interminable vida.  
Fuerza infinita.

UNA VOZ: Sé entonces tú el señor,  
no la paz, sino la espada.  
No lo que desea el corazón—  
Lo que se aspira siempre.  
Adorar tu poder,  
conquistar tu hora,  
porfiar sin reposo,  
así has de vivir.

LAS PROFUNDIDADES INFINITAS: Infinita Ley,  
infinita Vida.





# Índice

<i>Antología de Spoon River: la rebelión de los muertos</i>	9
¿Cómo fue que un libro de poesía llegó a convertirse en un éxito de ventas?	10
El texto	14
Pero, ¿qué es y cómo es Spoon River?	19
La estructura	21
El lenguaje y la forma	23
El cementerio	24
Antología de Spoon River	27
La colina	29
Hodd Putt	31
Ollie McGee	32
Fletcher McGee	33
Robert Fulton Tanner	34
Cassius Hueffer	35
Serepta Mason	36
Amanda Barker	37
Constance Hately	38
Chase Henry	39
Harry Carey Goodhue	40
El juez Somers	41
Kinsey Keene	42
Benjamin Pantier	43
La señora de Benjamin Pantier	44
Reuben Pantier	45

Emily Sparks	46
Trainor, el farmaceuta	47
Daisy Fraser	48
Benjamin Fraser	49
Minerva Jones	50
“Indignación” Jones	51
El doctor Meyers	52
La señora Meyers	53
“Butch” Weldy	54
Knowlt Hoheimer	55
Lydia Puckett	56
Frank Drummer	57
Hare Drummer	58
Conrad Siever	59
El doctor Hill	60
Andy, el guardia nocturno	61
Sara Brown	62
Percy Bysshe Shelley	63
Flossie Cabanis	64
Julia Miller	65
Johnnie Sayre	66
Charlie French	67
Zenas Witt	68
El poeta Teodoro	69
El alguacil del pueblo	70
Jack McGuire	71
Dorcas Gustine	72
Nicholas Bindle	73
Jacob Goodpasture	74
Harold Arnett	75

Margaret Fuller Slack	76
George Trimble	77
El doctor Siegfried Iseman	78
“El As” Shaw	79
Lois Spears	80
El juez Arnett	81
Willard Fluke	82
Aner Clute	83
Lucius Atherton	84
Homer Clapp	85
El diácono Taylor	86
Sam Hookey	87
Cooney Potter	88
El violinista Jones	89
Nellie Clark	90
Louise Smith	91
Herbert Marshall	92
George Gray	93
El honorable Henry Bennett	94
Griffy, el tonelero	95
Sexsmith, el dentista	96
A. D. Blood	97
Robert Southey Burke	98
Dora Williams	99
La señora Williams	100
William y Emily	101
El juez del distrito	102
Jack, el ciego	103
John Horace Burleson	104
Nancy Knapp	105

Barry Holden	106
El procurador del Estado, Fallas	107
Wendell P. Bloyd	108
Francis Turner	109
Franklin Jones	110
John M. Church	111
Sonia la Rusa	112
Isa Nutter	113
Barney Hainsfeather	114
Petit, el poeta	115
Pauline Barrett	116
La esposa de Charles Bliss	117
La señora de George Reece	118
El reverendo Lemuel Wiley	119
Thomas Ross, hijo	120
El reverendo Abner Peet	121
Jefferson Howard	122
El juez Selah Lively	123
Albert Schirding	124
Jonas Keene	125
Eugenia Todd	126
Yee Bow	127
Washington McNeely	128
Paul McNeely	130
Mary McNeely	131
Daniel M'Cumber	132
Georgine Sand Miner	133
Thomas Rhodes	134
Ida Chicken	135
Penniwit, el artista	136

Jim Brown	137
Robert Davidson	138
Elsa Wertman	139
Hamilton Greene	140
Ernest Hyde	141
Roger Heston	142
Amos Sibley	143
La señora Sibley	144
Adam Weirauch	145
Ezra Bartlett	146
Amelia Garrick	147
John Hancock Otis	148
Anthony Findlay	149
John Cabanis	150
El desconocido	151
Alexander Throckmorton	152
Jonathan Swift Somers	153
La viuda McFarlane	154
Carl Hamblin	155
Whedon, editor	156
Eugene Carman	157
Clarence Fawcett	158
W. Lloyd Garrison Standard	159
El profesor Newcomer	160
Ralph Rhodes	161
Mickey M'Grew	162
Rosie Roberts	163
Oscar Hummel	164
Roscoe Purkapile	165
La señora Purkapile	166

Josiah Tompkins	167
La señora Kessler	168
Harmon Whitney	169
Bert Kessler	170
Lambert Hutchins	171
Lillian Stewart	172
Hortense Robbins	173
Batterton Dobyns	174
Jacob Godbey	175
Walter Simmons	176
Tom Beatty	177
Roy Butler	178
Searcy Foote	179
Edmund Pollard	180
Thomas Trevelyan	181
Percival Sharp	182
Hiram Scates	184
Peleg Poague	185
Jeduthan Hawley	186
Abel Melveny	187
Oaks Tutt	188
Elliott Hawkins	189
Voltaire Johnson	190
English Thornton	191
Enoch Dunlap	192
Ida Frickey	193
Seth Compton	194
Felix Schmidt	195
Schroeder, el pescador	196
Richard Bone	197

Silas, el loco	198
Dillard Sissman	199
Jonathan Houghton	200
E. C. Culbertson	201
Shack Dye	202
Hildrup Tubbs	203
Henry Tripp	204
Granville Calhoun	205
Henry C. Calhoun	206
Alfred Moir	207
Perry Zoll	208
Dippold, el optometrista	209
Magrady Graham	211
Archibald Higbie	212
Tom Merritt	213
La señora Merritt	214
Elmer Karr	215
Elizabeth Childers	216
Edith Conant	217
Charles Webster	218
El padre Malloy	219
Ami Green	220
Calvin Campbell	221
Henry Layton	222
Harlan Sewall	223
Ippolit Konovaloff	224
Henry Phipps	225
Harry Wilmans	227
John Wasson	228
Muchos soldados	229

Godwin James	230
Lyman King	231
Caroline Branson	232
Anne Rutledge	234
Hamlet Micure	235
Mabel Osborne	236
William H. Herndon	237
Rebecca Wasson	238
Rutherford McDowell	240
Hannah Armstrong	242
Lucinda Matlock	243
Davis Matlock	244
Herman Altman	245
Jennie M'Grew	246
Columbus Cheney	247
Wallace Ferguson	248
Marie Bateson	249
Tennessee Claflin Shope	250
Plymouth Rock Joe	251
Imanuel Ehrenhardt	253
Samuel Gardner	254
Dow Kritt	255
William Jones	256
William Goode	257
J. Milton Miles	258
Faith Matheny	259
Scholfield Huxley	260
Willie Metcalf	261
Willie Pennington	262
El ateo del pueblo	263

John Ballard	264
Julian Scott	265
Alfonso Churchill	266
Zilpha Marsh	267
James Garber	268
Lydia Humphrey	269
Le Roy Goldman	270
Gustav Richter	271
Arlo Will	272
El capitán Orlando Killion	273
Jeremy Carlisle	274
Joseph Dixon	275
Judson Stoddard	276
Russell Kincaid	277
Aaron Hatfield	278
Isaiah Beethoven	279
Elijah Browning	281
Webster Ford	283
La Spooniada	285
Epílogo	297

Edición digital  
*marzo de 2016*  
Caracas - Venezuela.



## *Antología de Spoon River*

En 1914 la *Antología de Spoon River* fue publicada por entregas en la revista *Poetry*, cuya editora era Harriet Monroe, la misma que lo había estimulado a escribirla. Al año siguiente se publicará la primera edición del libro en su forma definitiva, con el agregado de dos textos: “La Spooniada” y “Epílogo”. La aparición del libro creará un inédito éxito de crítica y público. Lee Masters fue calificado como “un hijo natural de Walt Whitman”, y el propio Ezra Pound no dudó en aclamarlo con esta frase lapidaria (valga el adjetivo para quedar a la altura del tema): “Finalmente América ha descubierto un poeta”. Se calcula que para 1940 se habían realizado más de setenta ediciones. Este éxito quedó huérfano en la trayectoria literaria de Edgar Lee Masters. Los libros que publicó después (novelas, biografías, poemarios) quedaron sepultados bajo una gruesa capa de indiferencia por parte de la crítica y del público.

Nadie que lea la *Antología de Spoon River* podrá levantar la vista de ella y afirmar “aquí no pasa nada”. Es en ello donde reside la explicación del éxito del libro, vale decir, su multiplicidad. La pluralidad de las voces y la condición (que muchas veces se podía sustituir por miseria) humana que los personajes expresan, son el río donde el lector podrá sacar su pescado favorito y quedarse con él.

*¿Dónde está Jones el viejo violinista  
que jugó con la vida durante sus noventa años  
afrontando el viento helado a pecho descubierto,  
bebiendo, alborotando, sin pensar en esposa o parentela,  
ni en el oro, ni el amor, ni el cielo?*

